
SONIA
LÓPEZ SOUTO
GINNIE
CAMPBELL

GINNIE CAMPBELL



Sonia López Souto

@SONIA LÓPEZ SOUTO 2026
GINNIE CAMPBELL

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

NOTA DE LA AUTORA

Aunque, las que me conocéis, sabéis que suelo ser más bien discreta cuando narro escenas de sexo, debo advertir que, en los primeros capítulos de esta historia, encontraréis escenas violentas y desagradables que pueden herir la sensibilidad de algunas personas. Prometo que no se romantiza nada y que solo es parte de la trama.

No es un dark romance, sino una historia de amor como esas a las que os tengo acostumbradas. Dadle una oportunidad. No os defraudaré, a pesar de este inicio más duro.

Comentaros también que, si bien los MacDougall construyeron el castillo de Innis Chonnell en el siglo XIII y les perteneció hasta 1308, me he tomado ciertas licencias literarias para que la trama resulte mucho más interesante.

Gracias por darle una oportunidad a la historia. ¡¡Besos mil!!

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
EPÍLOGO
SOBRE LA AUTORA

CAPÍTULO UNO



Los tiempos de guerra siempre eran duros. Y mucho más para hombres humildes que no podían contribuir a la corona como su rey esperaba de ellos. Su padre pertenecía a esa categoría. Había perdido una pierna en una de las tantas batallas en las que había participado y ahora tenía que subsistir como zapatero. Lo que ganaba no era suficiente para cuidar de su familia, de modo que su mujer había tenido que emplearse como doncella de una marquesa rica que frecuentaba la corte real. Habían aprendido a vivir con poco y les bastaba. El amor que sentían el uno por el otro les ayudaba a no desesperar. Sin embargo, el día que su madre murió al dar a luz a un bebé que la siguió a la tumba poco después, todo cambió. Aquello supuso un duro golpe para el orgullo de un hombre ya de por sí sometido.

Tras varias semanas de luto interno y borracheras continuas para olvidar su desdicha, se encontró con dos hijos a los que cuidar y una deuda que no podía pagar con lo poco que ganaba. El

muchacho era su única fuente de esperanza. Lo alistaría en el ejército en cuanto tuviese edad suficiente y podría mantenerlos a ambos con su sueldo. Pero a ella, su preciosa hija, aquella que tanto le recordaba a la esposa que había perdido, no podía mirarla sin sentir la ausencia de su madre. Le recordaba el amor que había perdido y agudizaba el dolor de su corazón. No soportaba su presencia.

Había planeado emplearla en alguna casa donde le ofrecieran alojamiento también para no tener que verla más, pero, cuando un día, lo abordó un hombre con otro tipo de propuesta más lucrativa para él, no se lo pensó mucho.



Después de casi un año sin apenas mirarla, Virginia se sintió especialmente optimista cuando su padre le pidió que la acompañase aquella tarde. Tal vez, el dolor comenzase a remitir y pudiesen volver a sentirse como una familia. Había echado mucho de menos los tiempos en los que disfrutaban los cuatro de alguna salida por la ciudad, incluso si no podían darse muchos lujos.

Caminaron en silencio hasta entrar en una de las calles más cuidadas de la ciudad. Le gustaban aquellas casas, bonitas y

robustas, construidas en piedra; no como en la que vivían ellos y que, año tras año, se iba deteriorando por no tener dinero suficiente para reparar la madera podrida. Cuando entraron en una de ellas, se emocionó al pensar que su padre le había encontrado trabajo allí.

Tras la muerte de su madre, necesitaba sentirse útil para la familia. Había tenido que dejar de ayudar a sus vecinos con tanta frecuencia para ocuparse de la casa también. Y, ahora, sin más ingresos que unas pocas monedas de vez en cuando y lo que su padre ganaba como zapatero, cuando no estaba demasiado borracho para hacer su trabajo, apenas le alcanzaba para preparar una comida decente al día. Si la contrataban como doncella, las cosas sin duda mejorarían. Aunque a ella se le complicase la vida para atender a su padre y a su hermano también.

No era una casa grande, pero sí acogedora. El cuarto donde esperaban a los dueños decía mucho de la riqueza de la familia. Normalmente, los hogares tenían una única estancia, pero allí había más, lo que solo la gente con mucho dinero podía permitirse. Sería un placer ocuparse de un lugar como aquel. Sobre todo, porque resultaría muy fácil mantenerlo en perfectas condiciones. Le sonrió a su padre, feliz.

—Es una casa bonita, padre. ¿Trabajaré aquí? —tanteó.

—Con suerte, serás la dueña y señora —le dijo este con expresión lúgubre.

—¿Me habéis encontrado marido?

Ahora estaba incluso más sorprendida. Nadie que se pudiese permitir una casa en aquella calle querría casarse con una mujer sin dote. No entendía cómo lo había logrado su padre, pero aquello le pareció la mejor disculpa que este le habría podido dar por ignorarla durante un año. Y empezaba a pensar que, tal vez, lo había malinterpretado todo.

—Algo así —susurró este.

La joven lo miró con curiosidad. ¿Qué habría querido decir con eso? Se disponía a preguntarle, pero la llegada de un hombre trajeado y con rictus serio se lo impidió. Este se llevó a su padre a un pequeño cuarto que había al fondo de la casa, mientras que a ella la obligó a esperar en la sala. Aunque la idea de ser la dueña de aquel lugar le parecía un sueño, le inquietaba el trato que pudiese aceptar su padre cuando no tenían nada que ofrecer a cambio. Y quizá debió preocuparse más porque, cuando este regresó y le explicó los términos del contrato, la ilusión se vio transformada en espanto.

—No podéis hablar en serio, padre.

—Silencio, Virginia —la increpó—. Harás lo que yo te diga. Tienes suerte de que lord Ackerman haya accedido a comprarte como amante. Tendrás más lujos de los que podremos conocer nunca tu hermano y yo. Siéntete afortunada.

—¿Afortunada? Padre, si me convierto en su amante, jamás podré casarme honradamente.

—¿Quién necesita honradez cuando puede poseer todo lo que quiera sin esfuerzo? —Desechó sus palabras con un gesto brusco de la mano—. Si te portas bien con el conde, te concederá cualquier cosa que le pidas. Somos pobres, hija. Jamás podrías haber aspirado a esto sin convertirte en la amante de un hombre rico. Acéptalo y disfrútalo.

—No puedo, padre. No voy a…

—¡Harás lo que te diga! —la interrumpió—. Ya he cobrado el dinero, no hay vuelta atrás. Tu hermano y yo lo necesitamos para ir tirando hasta que lo ingrese en el ejército. Por una vez en tu vida, servirás para algo más que para gastar.

—He trabajado desde los ocho años, padre —le recordó, con el corazón roto por aquellas palabras—. Y, desde la muerte de mamá, he mantenido a flote a nuestra familia como buenamente he podido. No podéis hablar en serio.

—No menciones a tu madre. —Levantó la mano para golpearla, pero la bajó de nuevo—. No me importa lo que creas. Te quedarás aquí y aprovecharás la oportunidad que se te brinda. Con el tiempo, aprenderás que es mejor ser la puta de un conde que la esposa de un don nadie, y me darás las gracias.

Dicho aquello, su padre la dejó sola en la casa. Y, aunque no lo había dicho, le había quedado claro que no podría regresar a su hogar. No volvería a ver a su hermano. Ni siquiera había podido despedirse de él. Su cuerpo tembloroso cayó sobre el sillón que

había ocupado instantes antes. La preciosa salita que tanto había admirado ahora se le antojaba una cárcel.

—Buenas tardes, señorita. —El hombre que había hablado con su padre se presentó minutos después—. La despensa está llena y tenéis ropa en el armario de la habitación. Una vez por semana alguien repondrá lo que vayáis gastando. Si tenéis algún antojo, pedídselo y os lo traerán en la siguiente remesa. El conde espera que encontréis todo a vuestro gusto, pero si no es así, os da permiso para cambiarlo. Vendrá esta noche para conoceros en persona.

—¿Me quedaré sola aquí?

—Esta es vuestra casa ahora. Aparte de las visitas del conde, permaneceréis sola el resto del tiempo.

—¿Y qué se supone que he de hacer ahora?

—Hay una pequeña sala al fondo con buena luz donde podéis bordar. Y, si sabéis tocar algún instrumento, podéis pedirlo. El conde os proporcionará todo lo que queráis. —Se encogió de hombros—. O descansad. Me temo que por las noches no podréis hacerlo durante una temporada.

La implicación de lo que eso significaba y la mirada lastimera que le dedicó le decían que lamentaba la situación, pero que no haría nada por ella.

—Gra… gracias —tartamudeó. Le temblaban las manos y las escondió bajo la falda del vestido, avergonzada. Apenas lograba contener las lágrimas.

—Buenas tardes, señorita. —Vaciló antes de dirigirse a la puerta.

Por un momento, Virginia creyó que le diría algo más, pero luego oyó cómo pasaba la llave y comprendió que acababan de encerrarla en su prisión personal. Tendría todo el tiempo del mundo para sí misma y no le faltaría de nada, según le había asegurado el hombre, pero la habían privado de lo más importante para ella: su libertad.

Lloró toda la tarde, acurrucada en un rincón de la habitación, con los ojos fijos en la ropa que el conde le había comprado. Nunca en su vida había tenido nada tan bonito ni con aquella calidad, pero había vomitado al pensar en lo que tendría que hacer para «ganárselo».

Con el pasar de las horas, Virginia anheló que el conde la dejase en paz aquel primer día, pero este apareció bien avanzada la noche, muy borracho. Vendría de alguna de las fiestas organizadas por el rey con las que pretendía entretener a sus hombres para hacerles olvidar que en el norte se libraba una guerra. Una guerra que estaban perdiendo.

—Eres una muchacha preciosa. —La lujuria brilló en sus ojos mientras se desvestía con torpeza.

No era un hombre feo y todavía conservaba un cuerpo bastante en forma, a pesar de rondar la cincuentena. Su cabello, en cambio, mostraba el claro paso de los años. Aunque no le escaseaba, apenas

veía ya el negro de su juventud entre las canas que se habían apoderado de él. El deseo que notó en sus ojos marrones le recordó que había ido a verla para acabar con su inocencia aquella noche.

Ocultó el cuerpo bajo las sábanas por instinto y apoyó la espalda contra la cabecera de la cama para alejarse lo máximo posible del hombre, como si aquel gesto la fuese a salvar de su funesto destino.

—Eres una delicia para la vista —continuó hablando, ajeno al miedo de la joven. O, tal vez, no le importaba—. Si lo que tu padre ha dicho es cierto, habrás valido cada centavo invertido. Pero no estaré seguro de haber hecho un buen trato hasta que pruebe la mercancía. Comprobemos si no he sido timado.

Se acercó a ella, tambaleante, y trató de apartar las sábanas para verla bien. Gruño, con enfado, al descubrir que la muchacha las sujetaba con fuerza. Tiró de nuevo y sonrió con satisfacción cuando la joven quedó expuesta. La recorrió por entero, deteniendo el escrutinio en sus pechos, que ascendían y descendían por su agitada respiración.

—Por favor, milord —le suplicó.

—He pagado por ti, muchacha. Para esto estás aquí. Las únicas súplicas que atenderé serán las que me inviten a montarte de nuevo.

Le sujetó un tobillo y la arrastró sin dificultad hasta dejarla boca arriba y con la piel expuesta, cuando el camisón se le enroscó en la

cintura. Se colocó encima. Veía miedo en sus ojos, pero aquello solo lo excitó más. Le gustaba el dominio, someter a la mujer a sus deseos y, cuanto más se resistiese ella, más lo disfrutaba.

La había visto de casualidad una tarde y le había pedido a su hombre de confianza que localizase a su familia. El padre le había asegurado que era virgen y él no había dudado en pagar lo que le pedía. No era habitual que un progenitor vendiese a su propia hija cuando todavía era una doncella, así que no podía desaprovechar la ocasión. Ser el primero era un privilegio. Le gustaba el pánico en el rostro de las muchachas al penetrarlas antes de que supieran siquiera lo que les esperaba. Su miembro palpitaba solo de pensarlo.

Le rompió el camisón, a pesar de sus protestas, para descubrir sus pechos. No eran muy grandes, pero tenían la turgencia de la juventud. Le apretó uno para comprobar que le cabía en la mano y sonrió satisfecho. Apenas sentía los golpes que la muchacha le propinaba para intentar sacárselo de encima. En realidad, le gustaba que se resistiera. Aquello era más divertido.

Las últimas dos amantes que había tenido se habían vuelto muy solícitas en poco tiempo y eso le había hecho perder el interés. Porque él disfrutaba más con una mujer peleona a la que pudiese someter. Una como la joven que tenía bajo el cuerpo en ese instante.

Llevó una mano entre sus piernas e introdujo un dedo en aquel espacio tan estrecho. Apenas logró contenerse para no derramar su

semilla sobre ella.

—Parece que tu padre no mentía —gruñó—. Pero necesito comprobarlo.

Le sujetó los brazos sobre la cabeza para evitar que continuara pegándole y la embistió sin contemplaciones, sin prepararla. El grito de dolor que siguió a la invasión y la cara descompuesta de la joven supusieron una liberación para él. En apenas dos movimientos más, se corrió como hacía años que no lograba.

Su esposa era ardiente en la cama y lo satisfacía muy bien, pero obligar a una joven inexperta a darle placer era lo que él más disfrutaba. Muchos de sus amigos lo llamarían sádico si descubrían lo que hacía, pero era conde y, con su dinero y el título, el escándalo no llegaría lejos.

—Ha sido increíble, muchacha. Pena que no te pueda desvirgar más que una vez. Pero no lo olvidaré nunca. Gracias. —La besó en los labios antes de ponerse en pie—. ¿Cuál era tu nombre? Con la emoción de tenerte, olvidé preguntar.

—Virginia —susurró.

Tenía la vista perdida y temblaba. En cuanto se vio libre de su violador, se acurrucó en una esquina de la cama y se tapó de nuevo con las sábanas. Vio la sangre que las manchaba y se estremeció. Su madre le había dicho que la primera vez dolería y que podía sangrar, pero jamás habría imaginado aquella agonía en su interior.

—Virginia. —Rio—. Un nombre más que apropiado al momento. Aunque, tal vez debiera cambiártelo ahora, porque ya no eres tan virgen, ¿cierto?

La carcajada que soltó la hizo sentir más sucia y cerró los ojos para que no se le escapasen las lágrimas. Aquel hombre era horrible y ella estaba a su merced. Podría hacerle lo que quisiera y no se podría negar porque lo tomaría igualmente.

El conde la miró con posesividad. Había sido un pago justo, después de todo. Incluso se atrevía a decir que el padre de Virginia había salido perdiendo en el trato. Y, ahora que había comprobado que la joven no tendría la fuerza suficiente como para resistirse a él, disfrutaría probando con ella todo lo que su esposa no le permitía. El deseo volvió a crecer al imaginárselo y, aunque debería marcharse, pues la condesa lo esperaba en casa, después de una breve discusión consigo mismo, ganó la lujuria en lugar de la sensatez.

Se acercó de nuevo a la cama y se la frotó con la mano para tranquilizarla al ver cómo la muchacha intentaba alejarse, horrorizada. Era como una muñeca en sus manos y no le resultó difícil arrastrarla hacia él, tirando de nuevo de uno de sus pies.

—No tan deprisa, cielo. Todavía tengo tiempo para un asalto más.

Virginia había quedado de espaldas a él y pataleó para soltarse, lo que hizo que su pequeño y redondeado trasero le provocase un espasmo de placer. Sus ojos brillaron con malicia antes de

acariciárselo y bajar la boca hasta él para luego morderlo. No lo suficiente para dejarle marca, pero sí para que ella gritase. Su pene ya estaba listo de nuevo.

—Di mi nombre, muchacha —le pidió al oído mientras se ponía sobre ella—. Llámame Corvin. Quiero oírtelo decir.

Virginia notaba su erección sobre el trasero y temblaba de miedo al pensar en lo que estaba a punto de hacerle aquel hombre. ¿Acaso no se conformaba con haberle robado su inocencia de un modo tan brutal? ¿Era aquel el destino que le esperaba?

—Di mi nombre —le exigió más alto, al ver que permanecía callada.

—Corvin. —Apenas lo murmuró.

—Suplícame que te folle, Virginia. Hazlo. Ahora. Suplícame.

—Por favor. —Más bien pedía lo contrario. Algo que temía que no ocurriría jamás.

—Dilo todo, Virginia. Quiero oírlo. —Se apretó contra su trasero una vez más con violencia.

—Por favor, Corvin, hazlo. —Las lágrimas caían por su cara, pero apenas las notaba. Estaba aterrada.

—Sí, pequeña. —Le lamió la oreja mientras hablaba—. Lo haré con gusto. Te daré lo que quieres.

Y la penetró de nuevo con una fuerza descomunal. Virginia creyó que la rompería por dentro. Sentía su empuje una y otra vez, sin piedad. Forzándola a acogerlo por entero. Su interior, ya

magullado tras la violenta acometida anterior, palpitaba de dolor. El conde era grande y la lastimaba demasiado. Por eso, tras varias acometidas más, dejó de resistirse. No podría vencer y se resignó. Tal vez, si le permitía usar su cuerpo, acabase antes y se marchase.

En cambio, Corvin no conseguía terminar. Se movía dentro y fuera, cada vez con más violencia, para intentar sacarle algún grito que le ayudase a correrse. Frustrado, se separó de ella y la obligó a mirarlo de frente.

—Vas a hacer que me corra, muchacha, o no me iré en toda la noche. Créeme, hay formas más dolorosas de conseguir mis propósitos. Te conviene colaborar —la amenazó.

Se sentó en el borde de la cama y la obligó a ponerse de rodillas frente a él. Su pene estaba a escasos centímetros de la cara de Virginia, que lo miraba con horror. Había notado que era grande, pero tenerlo a esa distancia era más de lo que su inocencia podía soportar.

—Bien. —Sonrió satisfecho—. Eso está mejor. Ahora haz tu trabajo. No pares hasta que me corra en tu boca. Y mucho cuidado con lo que haces. No vas a salir de aquí jamás, así que no me importa si mañana estás llena de cardenales.

Y, aunque su intención había sido marcharse después de aquello, en cuanto sintió la cálida boca de la joven cubriéndolo, supo que aquella sería una noche muy larga. Ya encontraría una excusa que darle a su esposa. No regresaría a casa hasta dejarla tan

agotada que no pudiese levantarse de la cama hasta la noche siguiente, cuando empezasen de nuevo. Conseguir una nueva amante siempre era muy excitante.

CAPÍTULO DOS

Las dos primeras semanas habían sido las peores para Virginia. La novedad lo mantenía en su cama prácticamente todas las noches hasta cerca del amanecer, sin darle apenas descanso entre una violación y otra. Estaba dolorida, maltratada y avergonzada. La había obligado a hacer tales atrocidades, que por más veces que se limpiase se sentía sucia. Ella no quería hacerlo, por supuesto, pero el temor que le inspiraba el conde la obligaba a ceder ante cualquier petición, por más aterradora que le sonase. Sobre todo, después de las primeras palizas y de comprobar que la deseaba igual, aunque su cuerpo estuviese lleno de cardenales.

Cuando las visitas se acortaron en la tercera semana, sintió alivio. Al menos, solo tenía que complacerlo durante un par de horas al día. El resto lo ocupaba tratando de borrar las huellas del hombre de su maltrecho cuerpo, descansando para la siguiente batalla por la supervivencia y, en los días en que era capaz, se entretenía bordando. No había querido pedir nada más para ella, por miedo a

que el conde le exigiese un pago mayor en la intimidad. Salvo hierbas para evitar un embarazo, algo que el hombre celebró con regocijo. «Serían meses de no poder tocarte», había dicho, «y eso no me gusta». Ni siquiera se había planteado lo que sucedería con el bebé una vez naciese, así que Virginia supo que se habría deshecho de él sin miramientos. Una razón más para odiarlo.

Sin embargo, las horas que pasaba lejos de él suponían un bálsamo para su alma rota. Si no fuera por lo que sucedía en la cama, podría haber disfrutado de aquel lugar. No tenía servidumbre, pues nadie podía saber lo que pasaba allí, pero se las arreglaba bastante bien para tener la casa limpia y ordenada. Aquello le ayudaba a no pensar en lo que ocurría cada noche. Mantenerse ocupada la salvaba de volverse loca.

Tampoco pasaba hambre. Cada dos días, una mujer corpulenta traía comida y suministros. La primera vez que la había visto, había intentado congraciarse con ella. No le había dicho lo que pasaba, por temor a que ya lo supiese y le fuese con el cuento al conde, y este la castigase a ella después, pero había esperado hacerse amiga suya. Quizá, si se encariñaba lo suficiente, la ayudaría a escapar, incluso a riesgo de que su señor se enfadase por ello. Pero la mujer la había ignorado. Ni siquiera la miraba cuando iba a llevar la mercancía. Tampoco le hablaba.

Podía entender el miedo de la señora, pues el conde de Warwick era un lord importante, uno de los hombres de confianza del rey. Al

menos, de eso presumía mientras la sometía a sus deseos. Según le había contado, el favor del monarca le había granjeado grandes beneficios. Virginia sabía que se lo había dicho para que no soñase con escapar de la casa y denunciar lo que le hacía. Nadie movería un dedo por ella si lo intentaba.

Así que, resignada ante aquel cruel destino, permitía que él la humillase noche tras noche, mientras pensaba en el alivio que le suponían las horas que pasaría en soledad después, sin tener que verlo, ni oírlo… ni sentirlo. ¿Qué eran dos horas comparadas con la libertad de vivir bien alimentada y vestida el resto de sus días? «El resto de mis días», gimió. Era demasiado joven. Aquello suponía más tiempo del que, quizá, podría soportar.

—Sé fuerte —se decía cada día frente al espejo—. Unas semanas más y se cansará de ti. Entonces vendrá menos.

Trataba de autoconvencerse de que el futuro que le esperaba en aquella casa no estaría tan mal cuando la obsesión de aquel hombre por ella mermase. A veces incluso deseaba que se cansase y la echase de allí. Pero le preocupaba lo que sería de ella si eso sucedía, porque no podía volver con su padre. Tampoco es que quisiera hacerlo. Jamás le perdonaría que la hubiese vendido a aquel depravado. Pero estaría sola en el mundo, si lograba salir de allí, y eso la asustaba. Temía que nadie la contratase si descubrían lo que le había hecho el conde. No sería a él al que culparían.

Lloró una vez más. Ya no solo porque cada parte del cuerpo le dolía y porque su interior clamaba por una clemencia que no podía esperar del conde, sino por el miedo a acabar acostumbrándose a aquella tortura diaria y a que dejara de importarle o de molestarle que el hombre la usase a su antojo. Había supuesto que, a esas alturas, ya no le quedarían lágrimas por derramar, pero se equivocaba. Como siempre. Aquella situación la superaba cada día más, pero tampoco sabía cómo ponerle fin.



Era de madrugada y llevaba varias horas durmiendo cuando escuchó cómo alguien arrastraba una mesa en el cuarto de la entrada. Al momento, Virginia se había puesto en alerta. Después de que el conde no apareciese a la hora habitual, se había relajado, segura de que ya no la visitaría aquella noche; sin embargo, aquel ruido no podía ser otra cosa que él, borracho una vez más.

Aunque había aprendido por las malas que no servía de nada esquivarlo y que el castigo era peor después, no pudo evitar intentarlo una vez más y corrió al cuarto de bordado para encerrarse en él. Tal vez, si estaba lo suficientemente alcoholizado como para chocarse con los muebles, acabaría inconsciente antes de lograr

abrir la puerta. Siempre anhelaba aquello, pero, hasta el momento, nunca había sucedido. Por muy afectado que estuviese, la sometía cada noche.

—Así que quieres jugar, pequeña zorrita.

Lo oyó moverse por la casa y se cubrió la boca con las manos, como si así pudiese impedir que la encontrase. Aunque no tuvo esa suerte, pues tampoco había muchos lugares donde buscar. Pronto se movió la manilla de la puerta y retrocedió hasta la pared del fondo, mientras contenía el aliento. Si no abría, se condenaría a sí misma, pero el miedo no le permitió desechar la esperanza de que se cansase y la dejase en paz.

Notó cómo se iba enfadando con cada intento de entrar y ella temió cada vez más las consecuencias de lo que estaba haciendo, así que, en el último momento, le dejó pasar.

—Lo siento —susurró nada más verlo—. Yo…

La golpeó con tal fuerza que acabó en el suelo, goteando sangre por la boca. Se le nubló la vista, y no solo por las lágrimas que acudieron a sus ojos.

—Estúpida niña, ¿creías que podías escapar de mí? ¿Es que no has aprendido nada todavía? —Se agachó a su lado para alzarle la barbilla. Sus dedos apretaron hasta lastimarla—. Eres mía y haré contigo lo que quiera. —La liberó y se puso en pie para propinarle una patada en el estómago—. Si lo vuelves a intentar, te mato, maldita zorra desagradecida.

La pateó una vez más, antes de sujetarla por el cabello y arrastrarla por toda la casa hasta la alcoba. Poco le importaron los gritos de Virginia ni sus intentos por liberarse. Que la joven hubiese intentado huir de él lo había enfurecido.

Ella le pidió perdón mientras él le rasgaba el camisón sin miramientos, y le juró que no volvería a hacerlo, en un intento de que no fuese muy rudo con ella, pero el conde solo podía pensar en hacerle daño para darle una lección. Así que la poseyó con rabia, al tiempo que la abofeteaba hasta que también la nariz le empezó a sangrar. Escuchar sus gritos lo hizo venirse demasiado rápido, por la excitación que le provocó, lo que aumentó su enfado. Habría querido durar más para infligirle un mayor castigo.

—Es culpa tuya —le repetía una y otra vez, mientras la giraba en el colchón para dejarla de espaldas y le ataba los brazos al cabecero de la cama, que había mandado hacer tiempo atrás según sus propias especificaciones, precisamente para ese tipo de situaciones.

Con la cuerda sobrante, la que solía usar para los pies, la azotó hasta que lo único que se oyeron fueron sus jadeos por el esfuerzo. Solo en ese momento se detuvo, consciente de que la muchacha se había desmayado.

—Así aprenderás —dijo en voz alta y sofocada. Después se marchó a casa, sin haberla soltado.

Virginia se despertó al amanecer, con un intenso dolor en la espalda y en los brazos, que habían permanecido en una mala postura durante horas. Se le escapó un quejido lastimero al intentar moverse.

Había sangre seca a su alrededor y la piel le latía al ritmo del corazón. Por un momento, no supo qué había pasado, tal era la niebla mental en la que se había sumido tras los azotes. Para cuando se despejó, las lágrimas regresaron por la impotencia de saberse en desventaja. Nada de lo que hiciera para librarse del conde serviría. Ella siempre perdería.

Se arrastró hacia la cabecera, con ayuda de las ataduras, hasta que la cuerda estuvo lo suficientemente floja como para poder soltar sus muñecas. Tuvo que usar la boca para deshacer el primer nudo y eso le reabrió la herida del labio.

Caminar hasta la parte trasera se convirtió en una agonía constante, pero no dejó de mover los pies hasta que alcanzó la jofaina, que había llenado aquella mañana con agua fresca. La casa tenía su propio pozo en un pequeño jardín aislado del mundo. El

conde sabía bien cómo hacer las cosas para que nadie supiese que allí retenía a jóvenes en contra de su voluntad.

Ni siquiera se molestó en mojar el trapo de lino para lavarse, sostuvo la jarra y se echó el agua por encima, ropa incluida. Soltó un grito al notar el ardor en la espalda, pero no fue eso lo que le hizo llorar más, sino saber que el hombre no le daría tregua hasta haber curado las heridas. Solo de pensar en el dolor que le causaría cuando regresase la noche siguiente, se le encogía el corazón de pánico.

Ya no estaba segura de cuánto sería «el resto de sus días». Ni si quería que durase mucho más. Si lo único que iba a encontrar en su vida eran sufrimiento y humillación, prefería morir de una vez.

Regresó a la cama a paso lento y se dejó caer sobre ella de frente. Pretendía recuperar fuerzas antes de secarse y cambiar el camisón ensangrentado, pero el agotamiento hizo mella en ella y, cuando el malestar se atenuó, cerró los ojos y se quedó dormida.

—No —gritó, sobresaltada, al sentir presión en el cuerpo. El movimiento brusco para alejarse la hizo gemir de dolor.

—Estaos quieta —la reprendió una voz femenina— o estropearéis el vendaje.

Virginia se retorció sobre sí misma hasta que vio a la mujer inclinada sobre la cama, con una tela blanca en las manos. Era la señora que le traía los suministros.

—¿Qué… hacéis? —inquirió, sorprendida.

—Curaros —respondió sin más.

—¿Ahora me habláis? —se atrevió a decir después de un rato. No pudo evitar que su voz se tiñese de rencor. Tantas veces había intentado iniciar una conversación con ella sin éxito.

—No soléis durar mucho en esta casa —añadió la mujer, vacilante—. Resulta más fácil hacer mi trabajo si no os conozco.

—Así que… sabéis lo que pasa aquí. —La acusación implícita en sus palabras provocó una mueca de disgusto en la mujer.

—Todos necesitamos el dinero. —Esa fue su excusa.

Y, aunque Virginia se resintió porque fuese capaz de ignorar el sufrimiento de los demás, en el fondo, la entendía. Había pasado suficientes penurias como para saber que la desesperación te obligaba a tomar decisiones difíciles. A pesar de ello, quería creer que ella no buscaría prosperar a costa del dolor de otros.

—Aunque quisiera ayudaros, no puedo. —La mujer supo leer su mirada—. El conde es un hombre poderoso, si me enfrentase a él… No lo haré.

La rotundidad de su respuesta le dijo a Virginia que no hablaría más del tema, así que se limitó a dejar que la mujer terminase de vendarle las heridas en silencio. Le hubiese gustado preguntar qué había pasado con las mujeres que habían estado allí antes que ella, pero era probable que no le gustase la respuesta.

—Si me aceptáis un consejo —se despidió la mujer cuando terminó—, no os opongáis a él. Eso nunca acaba bien.

Virginia se estremeció tras la advertencia, segura de haber entendido cuáles eran las consecuencias finales de resistirse.

CAPÍTULO TRES



—Estos dos últimos meses has estado demasiado tiempo ausente, esposo mío.

Jocelyn Ackerman era una mujer exuberante. De pechos grandes y caderas anchas. Con unos ojos azules de largas pestañas y un cabello espeso que le llegaba a la cintura y enmarcaba su bello rostro cuando lo soltaba. «Lujuriosa», pensó su esposo al observarla.

Debía admitir que, tras años de matrimonio y un par de hijos, todavía sabía cómo complacerlo en la cama. Compartían el mismo apetito, pero incluso su lasciva esposa tenía ciertos límites que no estaba dispuesta a sobrepasar. Por eso, cada cierto tiempo, se buscaba una amante a la que hacer todo aquello que su mujer no le permitiría. Y ella lo consentía en aras de una convivencia feliz y de unos privilegios que deseaba más que nada. Era la hija de un gran jefe de clan escocés que apoyaba al rey inglés en su ansia por apoderarse de Escocia, pero ella quería los lujos y las libertades que

le ofrecía la Corte real. Casarse con un conde inglés se lo había proporcionado y, para no renunciar a ellos, había aceptado que este se tomase ciertas licencias extramatrimoniales, siempre que su posición no peligrase.

—He estado ocupado.

—¿Todas las noches? Te recuerdo que tenemos un trato, Corvin. —Su mirada se endureció—. Yo te permito jugar con tus putitas a cambio de mi estatus y tu sinceridad. Sé que tienes a una de esas furcias en la casa.

—¿Qué importa si la tengo? No he descuidado mi deber conyugal. Y te sigo acompañando a todos los bailes de la Corte.

—Cierto, pero sabes que no consentiré que me ignores por culpa de tus… deseos libidinosos.

—No te ignoro, querida. Es solo la novedad. —Se encogió de hombros—. Se me pasará pronto.

Sin embargo, lo sintió como una mentira porque, cuando más tiempo pasaba, más ansiaba que llegase la noche para poder disfrutar de Virginia. El deseo no menguaba, sino que iba en aumento. Se pasaba el día pensando en lo que le haría cuando se reencontrasen y en cómo lograría mantener la expresión de terror que veía siempre en sus ojos. Era, con creces, la mejor de todas las amantes que había tenido. Y puede que estuviese obsesionado porque la joven no tenía experiencia y porque nadie la había tocado antes de él, lo que le generaba un sentimiento de posesividad

enfermizo, pero le atraía mucho la idea de moldearla a su gusto, de someterla a sus caprichos sin que pudiese compararlo con nadie.

—Eso espero, Corvin —le advirtió su esposa—. Ya sabes lo que haré si no sucede así.

Aquella amenaza lo alertó, pues sabía, por experiencias pasadas, que no dudaría en deshacerse de la muchacha si sospechaba que podía ser una amenaza para ella. Así era su Jocelyn. Implacable para conseguir sus propósitos. Por eso se había casado con ella, eran idénticos.

—Se me pasará —repitió con seguridad para convencerla. No podía permitir que lo alejase de Virginia, así que tendría que ser más cuidadoso.

—Esta tarde iré a la Corte a tomar el té con la reina. —El cambio de tema le dijo que su esposa ya no estaba enfadada—. Intentaré convencerla para que tome a nuestra Alicia como dama de compañía. Si lo logro, podremos casarla con algún hombre del rey. Tal vez un duque.

—Su dote no es suficiente para aspirar a un duque, Jossie.

—Lo será si la reina intercede por ella. El rey se toma en serio sus opiniones. Si ella quiere un duque para nuestra pequeña, lo tendrá.

—Pero antes debes conseguir que la acepte.

—No será difícil. Ya casi está hecho.

Corvin conocía a su esposa y sabía que lo lograría. Siempre lo hacía. Una sombra oscureció su ánimo. Si descubría el embrujo que Virginia ejercía sobre él, haría desaparecer a la joven sin pensárselo dos veces. Y se lo haría pagar a él de alguna forma. Quizá debiera intentar mantenerse unos días lejos de la muchacha. Podía darle tiempo a que se le curase la espalda. Se había alterado tanto al ver que se había encerrado que no midió la fuerza del castigo. Y, aunque le gustaba que sufriese bajo su dominio, podía hacer una excepción. Por su esposa. Para que no sospechase que había algo más.

—¿Quieres que te acompañe, querida? —se ofreció.

—Por supuesto que vendrás —sentenció—. El rey espera tu visita tanto como la reina la mía. Si queremos que el plan tenga éxito, has de esforzarte Corvin. Esto nos incumbe a ambos.

—Está bien. Haré todo lo que esté en mi mano.

Para cuando regresaron a casa era de noche. La tarde de té se había alargado más de la cuenta, pero estaban satisfechos. Alicia formaría parte del séquito de damas de compañía de la reina. Era un principio muy prometedor. Ahora era el turno de la joven ganarse el

favor de la reina por encima de las demás. Jocelyn se encargaría de enseñarle cómo hacerlo.

—Todo marcha según lo planeado. —La mujer se acercó a su esposo y paseó las manos por los hombros de este, antes de sacarle la chaqueta con deliberada lentitud—. Deberíamos celebrarlo.

—Me parece una excelente idea. —Comenzó a desnudarla, aunque el cuerpo le pidiese a gritos que se reuniese con Virginia. Esa noche y, tal vez, un par más, debería mantenerse lejos para que Jocelyn no interviniese. Además, no es que no disfrutase con su esposa, así que el sacrificio no sería tan grande—. Nunca me cansaré de ti, Jossie —afirmó después de que esta lo besase—. Eres la mujer más maravillosa que podría haber desposado.

—Lo sé. Mi madre siempre me decía que a los hombres se los ganaba con el estómago y se los conservaba con el sexo. Tenía razón, desde luego.

—Dios bendiga a tu madre, amor. —La besó, dispuesto a dejar de hablar para concentrarse en tareas más placenteras.

Cuando Jocelyn lo notó, rio con picardía. A pesar de sus sospechas, su esposo todavía la deseaba como el primer día. Puede que no le hubiese mentido y solo fuese la novedad. Lo cierto era que, cada vez que adquiría una nueva amante, se obsesionaba con ella las primeras semanas. Aunque, ya habían pasado dos meses desde que la había comprado. La frecuencia de visitas debía

empezar a bajar; de lo contrario, se encargaría de la muchacha como había hecho en otras ocasiones.

Admiró el cuerpo de Corvin. A pesar de los años, todavía conservaba el vigor de cuando se habían conocido. Tenía unos músculos bien cincelados, aunque una incipiente barriga comenzaba a asomar. Le recorrió el pecho con dedos ansiosos. La piel le quemaba las yemas, estaba preparado. Siempre lo estaba para ella. Pero no le permitiría poseerla todavía. Antes debía suplicar.

Cuando se habían conocido, los rumores de que el conde de Warwick tenía gustos exóticos en la cama resonaban con fuerza. Por eso, decían, todavía no se había casado a sus treinta y dos años. Para poder cazarlo, sin tener que someterse a esas prácticas extremas, había tenido que hacer uso de todo su ingenio y había logrado darle la vuelta al tema. Le había hecho prometer que ella tendría siempre el poder en sus relaciones a cambio de darle vía libre con amantes de bajo rango. Nada de prostitutas en posadas de mala muerte, pues podían contagiarle algo, ni de viudas ricas que pretendieran ocupar su lugar. Por eso, en su matrimonio, ella era la de dominaba, la que ofrecía lo que le apetecía, y Corvin debía suplicar para obtener algún beneficio especial de su esposa.

Esa noche se esmeraría más, para grabársela en la mente y que la recordase incluso estando en brazos de la otra. Sabía cómo era aquel juego. Si no le ofrecía un aliciente para regresar a su cama, lo

perdería. Y con él, todos los privilegios. Había luchado mucho para llegar donde estaba. No dejaría que aquello pasase.

Bajó la mano hasta la cintura del pantalón de su esposo y este intentó frenarla sin éxito.

—No deberías… —susurró el hombre.

—Claro que sí —lo contradijo ella. Era, sin duda, una de las pocas esposas de alta cuna que hacía aquello por su hombre. Y, aunque él trataba de evitarlo en cada ocasión, la realidad era que lo deseaba—. Esta tarde has estado magnífico con el rey. Mereces un premio y voy a dártelo.

Le sujetó el miembro con la mano y jugueteó con él. La tensión era evidente cuando se endureció todavía más. Subió y bajó lentamente, torturando a su ya demasiado receptivo esposo.

—Te gusta esto, ¿verdad? —susurró cerca de su boca—. Sentir cómo aprieto sin compasión. —Mientras hablaba, su mano se cernía cada vez con más fuerza, sin llegar a dañarlo. Quería que sufriese, pero que obtuviese placer con ello. Eso era lo que a él le gustaba—. Tu putita no lo hace, ¿verdad? Al menos no como yo —se corrigió sin perder la sonrisa—. A ella la obligas, yo lo hago porque quiero. Siempre me tendrás dispuesta, amor.

Entonces bajó la boca y, antes de que Corvin pudiese decir nada, la introdujo hasta donde fue capaz. Era demasiado grande para abarcarla toda, pero su mano suplía el pequeño inconveniente.

El hombre cerró los ojos, como si así pudiese controlar la intensidad de su reacción a lo que le estaba haciendo. La experiencia que había adquirido su esposa a lo largo de los años ensombrecía, incluso, la estrechez que tanto adoraba en Virginia. Cuando Jocelyn usaba la boca sobre él, no podía pensar en nada más. Y eran pocas las ocasiones en que lo agasajaba de aquel modo. Disfrutaban del sexo, pues era muy fogosa en la cama, pero aquel era un privilegio que pocas veces obtenía. Un premio reservado para momentos especiales en los que lograba complacer a su esposa. Debía recordar esmerarse más con ella para merecer la recompensa.

—Déjame llenarte, mujer —le suplicó—. Quiero… necesito…

No podía pensar con claridad, aunque ambos sabían lo que pedía. Jocelyn lo torturaba a conciencia y eso despertaba más deseo en él. Era una dulce agonía que aceptaba con gusto.

Los primeros años de matrimonio hubiese preferido ser el dominante, pero había aprendido a apreciar que su esposa dirigiese el acto. Ya tenía a las amantes para someterlas a su antojo.

—Por favor, Jossie. —Había llegado al límite y ya no le importaba suplicar.

—Ven a mí, amor —le concedió. Se retiró y abrió las piernas para que Corvin la cubriese. Estaba tan preparada como él.

Cuando se habían casado, ella se había sentido torpe e inexperta. La primera vez que él intentó obligarla a hacer algo que

no le gustaba, supo que los rumores eran ciertos y que debía hacer algo para evitar que la usase sin más. Había pasado meses moldeándolo, después de hacer el trato de las amantes, pero ahora Corvin era un sumiso con ella y ambos lo disfrutaban. Sabía que sus gustos exóticos se habían intensificado y que las amantes que elegía no lo pasarían bien con él, pero a Jocelyn no le importaban más allá de que su esposo no quisiese reemplazarla por una de ellas.

—Ya casi estoy, amor —dijo entre jadeos su esposo.

Sin sentir ninguna vergüenza, ella se tocó para para alcanzar juntos el clímax. También le había llevado meses aceptar que ser libre en el sexo no era pecado y que podía hacer más cosas que yacer bajo él mientras este la penetraba.

—Cielo, eres perfecta —suspiró el hombre, exhausto pero complacido.

—No lo olvides —le advirtió ella.

—Nunca me cansaré de ti, amor. No temas.

Sin embargo, antes de dormirse, Corvin Ackerman pensó en Virginia.

CAPÍTULO CUATRO



Después de otros dos meses más soportando las vejaciones de Corvin, ya nada podía afectar a la joven Virginia. Su destino se había reído de ella, destrozándole el orgullo y despojándola de su tan apreciada dignidad. Había dejado de sentir.

Se pasaba las horas muertas acurrucada en un pequeño sillón frente a la ventana, aunque no veía a la gente pasar. Su mirada estaba perdida en algún lugar donde el dolor y la vergüenza no pudiesen alcanzarla. Apenas se levantaba para comer. A esas alturas, hubiera preferido morir de inanición, pero su instinto de supervivencia siempre vencía. Cuando llegaba la noche, ya no había angustia. Soportaba con estoicidad los maltratos del perverso conde, que se habían vuelto más crueles al notar que ella no reaccionaba. Su obsesión por hacerla sufrir había ido escalando con el paso de las semanas.

—Estás hecha un asco.

La voz de la mujer la sobresaltó. Ni siquiera la había oído entrar. Pero no podía ser la señora regordeta que le traía la comida; aquella mujer jamás le había dirigido una sola mirada. Menos todavía una palabra, salvo el día en que le había curado las heridas de la espalda. Después de aquello, parecía haberse vuelto otra vez invisible para ella.

Miró hacia la puerta de la sala y se encontró con una mujer hermosa, con un cuerpo maravilloso a pesar de sus años. Llevaba un vestido bastante ceñido a su exuberante pecho con la intención de remarcar el escote de forma provocativa sin sobrepasar el decoro al que se debían las damas. Las suaves ondas de seda que se deslizaban a lo largo de sus caderas y piernas reposaban en el suelo con gracia. Ninguna mujer de buena cuna que se preciase dejaría ver sus pies en público. Y estaba claro que ella lo era. Llevaba el pelo recogido con una redecilla dorada, pero parecía abundante y rizado. Sus ojos azules la miraban con desaprobación. Se miró por instinto y supo el porqué de aquel gesto. Estaba peor que mal. Al momento, volvió sus ojos hacia ella desconcertada. ¿Qué hacía una dama en su prisión personal?

—Entiendo que mi esposo te encuentre atractiva. —Le sujetó la barbilla con la mano para verle mejor la cara—. Eres preciosa. O lo serías si te arreglases un poco más.

Una punzada de celos recorrió el cuerpo de Jocelyn al observarla de cerca. De haber sabido que la muchacha era tan hermosa, se

habría desecho de ella mucho antes. Pero no había descubierto el efecto que causaba en su esposo hasta la noche pasada, cuando había susurrado su nombre en sueños. Aquel incidente la convenció de que aquellos jueguecitos debían llegar a su fin. No se molestaría ni en decírselo. Ya lo descubriría cuando se encontrase la casa vacía por la noche.

—Levántate y ve a lavarte un poco. Arréglate el pelo también. No puedo sacarte a la calle con este aspecto —le ordenó—. Te elegiré un vestido. Esperemos encontrar algo decente porque, conociendo a mi esposo, será difícil.

—¿A dónde me lleváis?

La dulce voz de la muchacha provocó una nueva oleada de celos. Hermosa y dulce. Su esposo se las pagaría bien caras por haberle ocultado aquello.

—Lejos de mi Corvin, por supuesto. —Rebuscaba en el armario, mientras aparentaba una normalidad que no sentía—. Tan lejos que no pueda encontrarte aunque te busque en el mismísimo infierno.

Ante la mirada incrédula de Virginia, la instó con la cabeza a que le hiciese caso. No tenía paciencia para indecisiones.

—Vamos, no hay tiempo que perder —añadió—. Quiero estar de vuelta lo antes posible. ¡Oh, sí! Corvin va a lamentar todo esto.

Jocelyn la estudió cuando dejó el vestido sobre la cama. Virginia era pequeña, pero estaba muy bien proporcionada. Pechos jóvenes y turgentes con rosadas areolas, vientre plano y trasero pequeño y

torneado. Incluso sus piernas estaban perfectamente cinceladas. El cabello castaño, salpicado de reflejos rojizos, la haría parecer incluso más encantadora si se ruborizaba. Cosa que haría a menudo dada su juventud. No había nada reprochable en ella y la odió por eso. También odió a su esposo por haberla tenido tan engañada eses cinco meses. ¡Maldito fuera!

Por un momento sintió lástima por ella, al ver las cicatrices de su espalda. Sabía la clase de cosas que su esposo les hacía a las mujeres que traía a la casa. Aquellas que ella no le permitiría jamás. Y por eso no le molestaba que tuviese una amante de vez en cuando. Pero aquella muchachita parecía tan frágil y tan inocente que estaba segura de que el tiempo que había permanecido cautiva no había sido fácil para ella. Su esposo podía ser muy vehemente en sus deseos.

—Bien, vámonos. El carruaje nos espera —anunció la mujer—. Te compraré algo de ropa nueva, más adecuada para una muchachita de tu edad. Estoy segura de que no querrás conservar esta.

Después de lavarse y vestirse, Virginia se sentía un poco mejor, sobre todo, al saber que se iría de aquella casa para no volver nunca más. Aunque su futuro era incierto en aquel instante, al menos, huiría de su verdugo. Y si podía dejar de usar la ropa que le recordaba a él, mejor todavía.

—Gracias.

—No me las des. No hago esto por ti, sino por mí. Y por mi matrimonio. Hubiera preferido darte dinero y que te fueras por tu cuenta, como hago siempre, pero mi esposo está demasiado encaprichado contigo y te buscaría. Tendré que encargarme personalmente de que no te encuentre.

—¿A dónde me lleváis? —repitió por segunda vez, esperando una respuesta más concreta.

—Como ya te he dicho, tan lejos que mi esposo no pueda encontrarte. —La miró un instante antes de dar su visto bueno—. ¿Hay algo en la casa que desees llevarte?

La sujetó con firmeza por el brazo y la sacó de la casa después de su negativa. No quería nada que le recordase los cinco meses que había permanecido allí. Iría a donde fuese que la condesa la llevase y jamás miraría atrás. No podía ser peor que aquello, se dijo.

No tardaron mucho en comprar un par de vestido modestos y castos. Eso le gustó. No quería volver a despertar lujuria en ningún hombre. Si pudiese elegir, querría acabar en un lugar donde los hombres estuviesen vetados.

—Podríais dejarme en un convento —le sugirió con timidez horas después, tras darle muchas vueltas al asunto—. No creo que vuestro esposo me buscase en uno.

—No estoy enfadada contigo, muchacha —respondió ella—. Tú no tienes la culpa del depravado deseo que siente mi esposo por ti. Y estoy segura de que no querías que tu padre te vendiese de un

modo tan rastrero. Pero cuando te miro, veo lo que mi esposo veía en ti y no quiero que tu vida sea tranquila después de lo que ha pasado entre vosotros. Sé que no es justo, pero la vida no lo es.

—Entonces… —Por primera vez desde que la había sacado de la casa, temió que la condesa la estuviese llevando a un lugar peor del que había escapado.

—Entonces, te llevaré a Escocia con mi hermano. ¿Te había dicho ya que soy escocesa? Pues lo soy. Y mi hermano es el jefe de uno de los clanes más poderosos de Escocia. Tiene el favor del rey gracias, en parte, a mí. Me debe mucho y se lo voy a cobrar contigo. Le exigiré que te retenga allí para que no puedas regresar a Inglaterra.

—¿Cómo haría eso? —El pánico le oprimió el corazón.

—No lo sé, ni me importa, la verdad. Por mí, puede usarte como hacía mi esposo o regalarte a uno de sus hombres. Me da igual, mientras te mantenga allí.

—Por favor, no me obliguéis a pasar por esto otra vez. Haré lo que queráis menos eso. Dejadme en Escocia, pero no en manos de un hombre. Os prometo que no regresaré.

—Muchacha, Escocia no es como Inglaterra. No sobrevivirías ni un día. ¡Qué digo! Ni una hora sola. Además, te recuerdo que está en guerra. Te conviene tener cerca a un hombre que te proteja. Compensarle con tu cuerpo no te costará tanto. Ya estás acostumbrada.

Virginia permaneció en silencio, pálida. Había escapado de una prisión para ir a otra. Estaba claro que su destino era cruel con ella.

—No temas. Mi hermano no tiene las inclinaciones perversas de mi esposo.

Aquello no la consoló. Cerró los ojos intentando no pensar. Tal vez, si lograse evadirse, descubriría que solo estaba viviendo una pesadilla.



—¿Qué pretendes que haga con ella?

La furia del hombre asustó a Virginia más que cualquier cosa que hubiese sufrido en su corta vida. Si aquel era el hermano de la condesa, no estaba del todo segura de que fuese cordial con ella si decidía quedársela. Se pegó a la pared por instinto, tratando de hacerse invisible. Aunque sabía que no funcionaría.

—No me importa, John. Solo quiero que permanezca en Escocia mientras viva. Me lo debes, después de todo lo que he hecho y todavía hago por ti. —La condesa no se quedaba atrás en su enfado. Se miraban a los ojos, desafiantes. La lucha no solo era verbal. Estaba claro que allí se jugaban algo más que su destino.

—Es inglesa —dijo con desprecio—. Ninguno de mis hombres la querrá por esposa, si es lo que pretendes, hermana.

—Yo no pretendo nada. —Hizo aspavientos con las manos—. Por mí, se la puedes regalar a los hombres que patrullan las fronteras para que se diviertan un rato con ella.

Jocelyn se movía impaciente por el salón. Deseaba zanjar el asunto cuanto antes para regresar a su hogar. Virginia permanecía en silencio, intentando reunir el valor suficiente para huir de allí. Aunque no sabía muy bien a dónde.

—Admito que no me gustan los ingleses, aunque estar de su parte en la guerra me beneficie, pero no por eso voy a permitir que esta muchacha sufra tales tratos, Jossie. ¿Acaso crees que soy un vulgar violador?

—Ya sé que no. Es que no quiero seguir hablando de esto. Hazte cargo de ella como mejor te convenga y evita que regrese a Inglaterra. Solo te pido eso.

—Lo que me pides conlleva que uno de mis hombres la despose. Y ninguno querrá hacerlo de buena gana. Es inglesa.

—Medio inglesa —se atrevió a decir Virginia. Era la primera vez que hablaba desde que había llegado.

—¿Qué habéis dicho, muchacha?

—Soy medio inglesa —susurró algo avergonzada—. Mi madre era escocesa.

—Eso no me lo habías dicho —la acusó Jocelyn.

—No me lo habéis preguntado, *milady*.

—¿Recuerdas el apellido de soltera de tu madre?

—No —mintió—. Nunca me lo dijo.

Sabía cuál era, por supuesto, pero también recordaba, de las historias que le contaba su madre, que los MacDougall y los Campbell siempre habían estado enfrentados. Más ahora, que los primeros se habían posicionado del lado del rey de Inglaterra. Si les confesaba la verdad, tal vez decidiesen que era mejor matarla y zanjar así el asunto.

John la escrutaba sin ningún pudor y sentía como si estuviese invadiendo su intimidad. La incomodaba, pero no cedería a la presión. La experiencia de los últimos meses la había hecho inmune a aquel tipo de mirada. Aunque todavía se estremeciese al recordarlo.

Ella lo estudió también. Era alto, mucho más que su hermana, y corpulento. Tenía el cabello recogido con una cinta, pero se veía abundante y de un color muy similar al de la condesa. Sus rasgos faciales le recordaban también a ella, aunque eran más pronunciados. Mantenía la mandíbula apretada, en tensión; lo notaba por cómo sobresalía a ambos lados de su cara. Labios finos en una boca grande. Nariz algo torcida, pero no le disgustaba del todo. Encajaba en él. Los ojos eran más oscuros que los de su hermana, si bien poseían el mismo azul intenso. No era feo, pero ella solo veía peligro en él.

—Una lástima —dijo, al fin, con evidente disgusto.

—No importa. Podemos decir que es medio MacDougall. Para el caso, es lo mismo. El acento inglés está ahí, pero si creen eso, alguno de tus hombres podría estar dispuesto a aceptarla. Es hermosa, una baza a nuestro favor.

—No mentiré por vos, señora. —Virginia no quería empezar una relación, o lo que aquello fuera, con engaños.

—Harás lo que te diga —la amenazó—. Te conviene. Podría cambiar de idea y decidir que es mejor deshacerme de ti de una manera más… definitiva.

—Matadme si queréis, no me importa. No puede ser peor que el infierno por el que he pasado. Mi padre me vendió por un puñado de monedas —bajó el tono para que solo ella la escuchase, pues le avergonzaba aquella parte de su vida— y vuestro esposo me despojó de mi dignidad y aplastó mi orgullo. Ni lo deseaba ni lo busqué. Después de cinco meses de torturas, solo me queda mi honradez y no pienso renunciar a ella. Si alguien me pregunta, no mentiré. —La última frase la pronunció en voz alta ya, para que también el *laird* lo escuchase.

—Calma. —John se vio forzado a mediar entre ellas—. Todavía hay tiempo antes de llegar a eso. Está bien, Jossie, me la quedaré y la casaré con alguien para que no regrese a Inglaterra. Puedes marcharte tranquila.

—Me alegra oír eso, John. —Lo abrazó y lo besó en la mejilla—. Entonces, lo dejo todo en tus manos.

Volvió su mirada hacia Virginia y la observó con atención antes de dirigirse a la salida. Por un instante, esta creyó ver lástima en aquellos fríos ojos. Apretó la mandíbula para evitar que las lágrimas delatasen su frustración. No necesitaba la pena de aquella mujer. Ni la de nadie.

—Bueno, muchacha, será mejor que descanséis. Mañana tenemos un largo día de viaje por delante.

—¿Viaje?

—Sí. He decidido que os llevaré a Innis Chonnell. Hay allí varios hombres solteros que tal vez quieran tomar por esposa a una medio escocesa. —Sonrió con malicia.

Innis Chonnell. Aquel era el castillo del que su madre le había hablado tantas veces. El mismo donde había nacido y que los MacDougall les habían robado tras vencerlos en una cruenta batalla. Conocería el lugar donde su madre se había criado. Incluso puede que le permitiesen vivir en él después de la boda.

¡Oh, Dios! La boda. No podía soportar la idea de estar con otro hombre, pero era todavía peor que fuese un MacDougall. Aunque no había participado en las rencillas familiares de su mitad escocesa, por honor al recuerdo de su madre, no podía convertirse en una enemiga de su clan. A pesar del deseo incontrolable de visitar aquel lugar, supo que tenía que huir.

Por eso, cuando una de las sirvientas le había traído la comida, se la guardó para más adelante. La necesitaría. Luego, trató de dormir para tener fuerzas para escapar por la noche. Sabía que era arriesgado, pues no conocía la zona y no sabía a lo que se enfrentaría una vez sola, pero su determinación no flaqueó. Lo que le aguardaba en Innis Chonnell era suficientemente aterrador para ella como para dejarse llevar por el miedo.

Y, aunque pensaba que los nervios no le permitirían descansar, en cuanto cerró los ojos, se sumió en un sueño profundo del que solo despertó horas más tarde, cuando ya anochecía.

—Ha llegado la hora —se dijo en voz alta para darse valor.

Abrió con cuidado la puerta, aliviada al comprobar que el hombre no le había puesto vigilancia, y escuchó atentamente por si detectaba algún ruido. El pasillo estaba muy silencioso. Y oscuro. Lo recorrió apoyada en la pared para no chocar con nada ni tropezar. A medida que bajaba las escaleras de piedra, el alboroto en el salón principal aumentaba de volumen. John y sus hombres debían de estar cenando, una ventaja inesperada para ella, pues necesitaría todo el tiempo que pudiese ganar para alejarse de allí antes de que descubriesen que se había ido.

Al cruzar frente al salón contuvo la respiración, temiendo que el menor ruido los pusiese en guardia. Para cuando salió del castillo, su respiración estaba tan acelerada que necesitó varias inhalaciones

para tranquilizarla. Lo había logrado, había superado el primer obstáculo.

Buscó con la mirada a los guerreros de guardia. Serían más difíciles de eludir, pero su pequeña estatura supondría una ventaja. O, al menos, eso esperaba. Localizó a dos de ellos, que se habían reunido para hablar, dejando un hueco sin vigilancia a sus espaldas, perfecto para ella. Se acercó con rapidez, pero con cuidado de no delatarse. El corazón le latía tan fuerte que temió que lo escuchasen. Apoyó una mano sobre el pecho como si aquello pudiese apaciguarlo, y luego continuó. Cuando los hombres regresaron a sus puestos, Virginia ya se encontraba lejos de ellos.

Siguió la línea de la muralla hasta encontrar la puerta de salida, mientras pensaba en qué haría, una vez allí, para escapar sin ser vista. Dudaba de que los guardias en aquella zona le dejasen vía libre como había sucedido instantes antes.

En el camino hacia su libertad se encontraban dos fornidos MacDougall a los que, por más que quisiese, no podría derribar. Era demasiado pequeña y no tenía nada con lo que defenderse. La frustración le hacía abrir y cerrar las manos en un intento de serenarse. Tenía que pensar en algo. Cuanto más tiempo permaneciese allí, menos le quedaría para alejarse.

Su pie dio con una piedra que casi la hace gritar. Entonces, como si una luz le hubiese iluminado el sendero, la cogió con

cuidado y la lanzó tan lejos como pudo. Para su sorpresa, la distancia fue bastante grande.

—¿Qué ha sido eso? —Uno de los guardias lo había oído.

—No lo sé. Ve a ver.

—Seguramente no haya sido nada. Un animal.

—¿Quieres que John nos despelleje si al final te equivocas?

—Está bien, iré a comprobarlo, pero mantén los ojos bien abiertos.

Maldijo por lo bajo al descubrir que solo se había librado de uno. Quiso repetir la acción, pero no encontró nada lo suficientemente grande. En cuanto el otro guardia volviese, su oportunidad desaparecería. El truco no funcionaría dos veces.

—Maldición. —El guerrero de la puerta se movía de un modo extraño, como si se balancease—. ¿Has visto algo? Vamos, date prisa, Angus. Maldita sea.

Al ver cómo aquel hombre le daba la espalda para aliviar sus necesidades, no pudo evitar pensar en su buena suerte. El peculiar vaivén no era más que la urgencia que sentía de vaciar la vejiga. Ni siquiera vaciló, se escurrió detrás de él en silencio y, después de comprobar que nadie miraba en su dirección, corrió tanto como sus piernas se lo permitieron. Tenía que encontrar un escondite antes de que diesen la voz de alarma.

Alcanzó un pequeño bosque sin que nada sucediese, así que se permitió un momento para recuperar el aliento. Su corazón

bombeaba sangre de tal manera que creía que se le saldría del pecho. Una especie de creciente corriente le subía por los pies, dejando un rastro de alivio por todo su cuerpo. La sonrisa que la había abandonado cinco meses atrás había vuelto a su cara. Lo había logrado. Era libre.

Entonces, ¿por qué estaba tan aterrada?



No habían tardado mucho en dar con ella. Vana esperanza la suya de huir lejos. Apenas había amanecido cuando debieron percatarse de su ausencia y no necesitaron más de un par de horas para descubrir su paradero, por más que pensase que su escondite era infalible. Cuando encontró aquella pequeña cueva excavada en la roca, pensó que podría esperar allí a la noche y continuar entonces su viaje. Con lo que no contaba era la extraordinaria habilidad que tenían para rastrearla. Además, en su ignorancia, había cometido el grave error de no ocultar su rastro. Lo cierto era que nunca había tenido demasiadas opciones de triunfar, solo la esperanza de lograrlo.

Cuando regresaron al castillo, creyó que John MacDougall la mataría nada más verla. Después de todo, había burlado sus

defensas con facilidad y lo había dejado en evidencia. Una simple muchacha medio inglesa. Pero la bienvenida que le dio no fue para nada la que esperaba.

—Si no estuviese ya casado —rio—, os desposaría ahora mismo, muchacha. —La mirada desconcertada de Virginia le provocó nuevas carcajadas—. Sois la primera persona que logra burlar a mis hombres sin causar ni una sola baja —le explicó—. Seríais un gran guerrero, de ser hombre. ¿Cómo lo habéis hecho?

—Tuve suerte. —No quería mentir.

—Más que eso, muchacha. Habéis sido muy valiente. Pero me temo que no os ha servido de mucho.

—Siempre puedo volver a intentarlo. —Se llevó ambas manos a la boca en cuanto aquellas palabras salieron de ella. Se puso tan roja como las ascuas de la gran chimenea, que se negaban a extinguirse.

Las carcajadas de John la relajaron un poco. Tal vez no tenía intención de matarla, después de todo. Sabía que los escoceses valoraban el coraje y la astucia. Su madre se lo había dicho en más de una ocasión. Por eso odiaban a los ingleses, los consideraban débiles y cobardes.

—Me temo que no puedo permitíroslo. —Seguía sin parecer molesto—. Una pena, pero tendré que tomar ciertas medidas hasta llegar a Innis Chonnell. Creo que habríais disfrutado más del viaje sin… restricciones. Vamos.

La sujetó por un brazo y la llevó fuera del castillo. Su instinto la obligó a forcejear para liberarse. Una acción inútil, en todo caso. Nunca podría competir con la corpulencia de aquel hombre. Ni con la de ningún otro.

Una docena de guerreros, vestidos con los colores del clan, los esperaban en el patio, preparados para cualquier eventualidad. Algunos llevaban una pechera de cuero sobre la camisa blanca para mayor protección. Imponían respeto, sobre sus monturas y con las espadas sujetas a las sillas. ¿Cómo había pensado siquiera que podría haber huido de ellos? Suspiró, resignada, mientras John la subía al caballo y le ataba las manos con una cuerda para asegurarse de que no intentaba nada más. Le consoló pensar que podría ver el lugar que tanto adoraba su madre, después de todo.

—No tenía intención de regresar a Inglaterra —le dijo cuando este se colocó a su altura. Necesitaba confesárselo.

—Me alegra oírlo. Pero, ¿qué pensabais hacer? Estas tierras son peligrosas ahora mismo. Mucho más para alguien que no las conoce y a la que no conocen —añadió las últimas palabras a modo de advertencia. Pretendía recordarle que nadie acudiría en su ayuda si intentaba escapar de nuevo.

—No lo pensé. Solo quería huir de un matrimonio que no deseo. —Bajó la vista, derrotada. Estaba cansada y hambrienta, pero no protestaría. Su lastimado orgullo se resistía a abandonarla del todo.

Permanecieron en silencio durante un tiempo. Cabalgaban despacio pero sin pausa. «La marcha de la derrota», pensó Virginia con ironía. Dio un respingo cuando John volvió a hablar.

—Mi hermana no quiso explicarme por qué le interesaba tanto deshacerse de vos, pero, conociéndola, su esposo estará de por medio. ¿Acaso lo amas?

—¡No, por Dios! —Su reacción lo hizo sonreír.

—Entonces, sería al revés.

—Espero que no —susurró inquieta. No podría dormir por las noches si creía que aquel desalmando inglés se había enamorado de ella. «Menuda forma más ruin de demostrarlo», pensó con un estremecimiento.

Empezaba a oscurecer cuando pudo vislumbrar a lo lejos el castillo. Apenas habían parado para comer algo y descansar cerca del lago Awe. Nada que fuese suficiente para el agotado espíritu de Virginia, pero entendía que deseaban llegar cuando antes. Por su comportamiento, supuso que temían una emboscada por el camino. ¿Acaso los Campbell intentaban recuperar sus tierras? Sabía que Escocia estaba en guerra con Inglaterra, pero, tal vez, dentro de la misma se libraban otras batallas, ajenas a los ingleses.

Se sorprendió al acercarse más al castillo y descubrir que era una isla. ¿Una isla? Su madre nunca había mencionado aquel detalle. Los enormes muros coronaban el extremo suroeste de la pequeña masa de tierra. Por el norte había una gran pantalla de árboles que

tapaban la vista del impresionante castillo. Se trataba de una estructura cuadrada, construida sobre la roca. Pudo ver un par de torres en ambos extremos y la pared de piedra infranqueable que cerraba el patio de armas. La zona noroeste del castillo, probablemente la más vulnerable ante un ataque, se había reforzado con enormes contrafuertes. Parecía imposible entrar en él. «También salir», pensó con preocupación.

A cada paso que daba, su respiración se aceleraba más. Aunque había sido el hogar de su madre, le aterraba la idea de quedarse encerrada allí. Si la casita de Londres le parecía una cárcel, aquel castillo, sin duda, lo sería. Su orgullo de Campbell, recientemente despertado, le gritaba que huyera antes de que fuese demasiado tarde. Casarse con un MacDougall no era una opción. No podía hacerlo. No debía.

«Por ti, madre».

Espoleó a su montura con toda la fuerza que pudo reunir mientras la hacía girar sobre sí misma. Al menos, podría decir que lo había intentado todo.

—¡Qué diablos!

La exclamación de John le indicó que lo había cogido desprevenido. Bien, aquello podría darle cierta ventaja. No mucha, pues no era una gran amazona y ellos eran demasiados. La carcajada que la siguió le crispó los nervios. Al escocés le divertían sus intentos de huida.

—Traedla de vuelta antes de que se haga daño. —Percibió la risa contenida tras las palabras y la rabia se apoderó de ella, lo que le hizo cabalgar más deprisa. Lo que más le importaba en ese momento era quitarle la razón a aquel hombre. Quizá no fuese gran cosa, se lo habían demostrado durante cinco largos meses, pero pensaba presentar batalla. No consentiría que se riesen de ella nunca más.

Escuchó pisadas tras ella. No parecían muchos, pero no miró por miedo a perder la valentía. Se sujetó con fuerza al cuello del caballo y avanzó tan rápido como pudo. Agradeció que le hubiesen desatado las manos unas horas antes, al ver que no tenía intención de escapar. Caerse no era una opción, aunque morir con el cuello roto sería mejor que acabar casada en contra de su voluntad.

Entonces, para su asombro, vio volar varias flechas sobre su cabeza. Una de ellas dio en el blanco. Al menos, el grito que escuchó parecía corroborarlo. Una sombra pasó a su lado en dirección a sus perseguidores y, aunque no sabía si era bueno o malo, tampoco quiso detenerse a comprobarlo. Azuzó a la montura mientras el ruido de metal contra metal se volvía cada vez más tenue. Estaban luchando y ella lo aprovecharía para alejarse de todos.

Sin embargo, no tardó en ser interceptada por un hombre igual de corpulento que todos los que había visto desde su llegada a Escocia. ¿Es que los escoceses eran todos así de grandes? Se sentía

insignificante a su lado. Y eso la asustaba porque sabía que no podría defenderse de ellos, en caso de necesitarlo.

—Por aquí —le dijo—. Ya estáis a salvo, muchacha. Vamos.

Sin darle opción, tomó las riendas y la llevó con él. Al poco rato, la sombra que había visto antes se materializó en otro gigante escocés. «Tiene que ser cosa de la alimentación», pensó.

—Debemos darnos prisa —los instó, sin mirarla más que un segundo—. No tardarán en sospechar que pasa algo. Mandarán refuerzos.

Después de reunirse con otros cuatro compañeros, cabalgaron en silencio y con seguridad. Sabían cómo moverse por aquel terreno.

Virginia no protestó mientras la arrastraban tierra adentro, a pesar de que le dolían partes de su anatomía que no conocía hasta que hubo pasado tantas horas a lomos de un caballo, incluso si el conde se había esforzado en hacerla consciente de su cuerpo a base de torturas y maltratos.

Se revolvió, incómoda, por enésima vez, mientras se mordía el labio inferior para tragarse una protesta. Entre el dolor y el cansancio, apenas veía por donde iban. La oscuridad que los rodeaba como un negro manto, frío y aterrador, ayudaba a ello. Se estremeció de nuevo, instantes antes de que uno de aquellos hombres se le acercase y la cubriese con una capa. Era el mismo que había luchado con los MacDougall que la perseguían.

—Gracias —susurró para que su voz no delatase su posición. No sabía si ya estaban fuera de peligro y no quería arriesgarse a averiguarlo por su torpeza.

Pero se había sentido en la obligación de decirlo, no solo por la capa. Que la hubiesen rescatado también era importante para ella, incluso si no sabía si estaría a salvo con ellos. Una inclinación de cabeza fue lo que recibió como respuesta. No parecía haber tiempo para nada más.

Avanzaron unas cuantas horas más. El agotamiento la había hecho dormitar sobre el caballo y a punto había estado de caer de él en más de una ocasión. Se frotó los ojos con una mano para intentar despejarse un poco. No funcionó.

Despertó sobresaltada tras lo que a ella le pareció tan solo un instante, para descubrir que estaba acurrucada en el pecho del mismo hombre que le había prestado la capa. Ahora ambos permanecían cubiertos con ella. Se tensó al notar la intimidad de aquella postura, incapaz de controlar la reacción después de su devastadora experiencia. Alzó la vista y él la miró con calma, como si no hubiese notado su rigidez.

—Temíamos que os cayeseis del caballo —le explicó.

—Ya estoy mejor. —Intentó enderezarse—. Puedo montar sola de nuevo.

—Habéis dormido muy poco. —La recostó sobre él con suavidad—. Todavía cabalgaremos unas cuantas horas. Descansad.

Luchó contra el impulso de golpearlo y gritar para que la dejase ir, pero en su fuero interno sabía que el hombre no le haría daño. ¡La había salvado, por el amor de Dios! Debería sentir agradecimiento, no temor. Suspiró antes de relajar el cuerpo, aunque no se apoyó en él. Pretendía demostrarle que podía cabalgar sola, pero estaba más cansada de lo que quería admitir y se sumió en un profundo sueño poco tiempo después. Incompresiblemente, se sintió a salvo en aquellos brazos.

CAPÍTULO CINCO



—¿Por qué habrían de perseguirla los MacDougall?

Recostada en el suelo sobre una capa y con otra sobre ella para que no pasase frío, escuchó la pregunta susurrada. Todavía era de noche, pero una luz tenue le decía que pronto amanecería. Decidió fingir que dormía para intentar averiguar qué tramaban. La habían salvado, pero no sabía qué pretendían hacer con ella.

—No parece gran cosa. —La afirmación la hizo hervir de rabia. Estaba harta de que la considerasen tan insignificante. Aunque, al lado de aquellos escoceses, incluso ella se sentía así.

—No dirías lo mismo si la vieses cabalgar, Ally. Creo que los habría dejado atrás en poco tiempo si no hubiésemos intervenido.

—Se habría caído antes. —Rio otro por lo bajo para no despertarla. «Tarde para eso», pensó.

—Lo dudo.

Tendría que averiguar quién la defendía tanto para agradecérselo más tarde.

—De todas formas, que sea buena o no a caballo no nos aclara por qué la perseguían. No parece una ladrona.

—No lleva nada de valor encima —corroboró el que la había defendido. ¿Era el que le había dejado la capa y que le había permitido dormir en su regazo? La voz le resultaba familiar, aunque en susurros cambiaba un poco.

—De eso estarás bien seguro, ¿no, Kenna? —Aquella burla se lo confirmó—. No parecía disgustarte tenerla en brazos. ¿Aprovechaste para registrarla?

—Ya basta. La vais a despertar. Y no, no la registré en ese momento. A las mujeres se las respeta, Ally.

—Quizá por eso Ally sigue soltero —bromeó otro—. ¡Qué poco sabe de ellas!

—Tal vez deberíamos despertarla. Nos podría aclarar qué hay entre ella y los MacDougall —sugirió un cuarto.

Sabía que la estaban observando, podía notar sus miradas sobre ella, pero no estaba segura de querer darse la vuelta todavía. Le asustaba enfrentarse a varios hombres a los que no conocía, por mucho que la hubiesen rescatado de los otros.

—¿Cuánto puede dormir una mujer? —Le pareció que lo decía al que habían llamado Ally.

—Por lo agotada que parecía, tal vez días.

—¡Días! Pero no podemos esperar tanto.

Las risas sofocadas de sus compañeros le dieron a entender que se estaban burlando de él. Por el tono de voz parecía muy joven. Más que ella, incluso. Debía ser tan solo un niño. ¿Qué hacía un niño enfrascado en una guerra? Decidió que era hora de enfrentarse a sus libertadores. Se giró con lentitud hasta sentarse en la manta y vio como algunos apartaban la mirada, avergonzados. Se habían dado cuenta de que los había escuchado.

—Pretendían casarme con uno de ellos —les dijo sin más preámbulos—. Yo no quería.

Encogió los hombros de una manera tan inocente que provocó la risa de algunos. Incluso ella se permitió sonreír con timidez. No era toda la verdad, pero tendrían que conformarse porque no estaba dispuesta a aclararles cómo había acabado en aquella situación. La habían salvado, cierto, pero no confiaba en ellos todavía.

—Sois inglesa. —Sonó a acusación, aunque emitida de un modo tan sutil que no le molestó.

—Medio inglesa —lo corrigió—. Mi madre era escocesa.

—Eso lo explica todo. —Rio.

El hombre que la había arropado en sus brazos horas antes era quien parecía tener el liderazgo del grupo. Mientras él la interrogaba, el resto permanecía a su lado, silenciosos pero alerta.

—¿Qué explica? —Quizá no le gustase la respuesta, pero ya había formulado la pregunta, así que ocultó su incomodidad cubriendo los hombros con la capa. Además, hacía frío. O puede que

los temblores se debiesen a que demasiados hombres la estaban observando al mismo tiempo.

—Que hayáis intentado huir aunque todo estuviese en vuestra contra. Ha sido vuestra parte escocesa, sin duda.

—Fue mi instinto de supervivencia —susurró contra la capa para que no la escuchasen.

—¿Por qué querían casaros con uno de ellos? —Virginia encogió los hombros para no decirlo, y el hombre continuó—. Bueno, conozco a John y sé que siempre busca un beneficio. Ahora apoya al rey inglés porque eso le ha conseguido poder y tierras, pero no dudará en traicionarlo si deja de servirle a sus propósitos. Me extraña que acepte casar a sus hombres con mujeres inglesas.

—Medio inglesa —le recordó.

—Aun así. No aceptaría un trato así si no ganase algo a cambio. —La acusaba de ocultarles la verdad.

—De acuerdo —suspiró—. Se lo pidió la condesa de Warwick.

—¿Jocelyn? ¿Qué motivo tendría esa mujer para querer hacer tal cosa?

—Pretendía evitar que yo regresase a Inglaterra —confesó.

—¿Por qué?

—Eso, señor, queda entre la condesa y yo. —Ya había dicho demasiado y no estaba dispuesta a exponer su terrible situación ante hombres a los que acababa de conocer. Si descubrían en qué la

había convertido el conde, ¿no querrían ellos aprovecharse? Solo de pensarlo se estremeció.

El grupo se alejó un poco de ella y hablaron entre susurros. Aunque no podía oírlos, imaginaba que discutían sobre creerla o no. Su cerebro trabajó a marchas forzadas para encontrar una razón convincente que los decantase en su favor sin tener que confesar lo que había pasado. Sabía que no confiaban en ella y podía entenderlo porque no les había dicho toda la verdad. Sin embargo, no les hablaría de su pasado aunque fuese la única forma de no regresar con los MacDougall. De todas formas, se veía que ellos no apreciaban a aquel clan. Lo había notado en la forma de pronunciar el nombre y en los gestos que hacían. Si encontrase la forma de ponerlos de su lado… Suspiró, antes de jugar la única carta que poseía. Si los MacDougall eran sus enemigos como creía, tal vez los Campbell fuesen amigos. Tenía que intentarlo.

—Si me indicáis cómo encontrar a los Campbell, yo misma iré hasta allí.

Se giraron todos con tanta rapidez que su corazón se detuvo por un instante. ¿Es que también odiaban a los Campbell? Se maldijo por su insensatez. Debería haberlo pensado mejor antes de hablar.

—¿Por qué queréis reuniros con ellos? —El interrogatorio comenzó de nuevo y Virginia se preparó para responder.

—Mi madre era una Campbell. —Se irguió y alisó la falda de su maltrecho vestido para que no notasen su nerviosismo. Si mantenía

las manos ocupadas, no le temblarían tanto—. Me habló de su clan muchas veces.

—¿Cuál es su nombre?

—Era —lo corrigió sin saber por qué—. Se llamaba Anna.

—Anna es un nombre bastante común.

—Sé que era un diminutivo cariñoso, pero no recuerdo el nombre. —Frunció el ceño—. Todo el mundo la llamaba así. Creo que le resultaba muy duro oír el otro. A mí solo me lo dijo una vez, de niña, y porque le insistí toda la tarde.

Sonrió, a pesar de que se le llenaron los ojos de lágrimas. Pensar en su madre todavía dolía demasiado. Tal vez, algún día, cuando el recuerdo la llenase de alegría y no de pena, podría hablar de ella más a menudo.

—¿No hay ningún otro dato que nos podáis dar para identificarla? —insistió el hombre—. Hay muchos Campbell asentados en diferentes partes de Escocia.

—Lo siento. —Negó.

—En ese caso…

—Lo recuerdo —exclamó de repente—. Era Nandag. Nandag Campbell.

—¡Nandag!

Ese simple nombre provocó un revuelo entre los escoceses y ella los miró con desconcierto. ¿Conocían a su madre? La esperanza brilló en sus ojos, aunque eso no la hizo bajar la guardia.

—¿Sois la hija de Nandag? ¿Estáis segura de que se llamaba así?

—Ese es el nombre que me dio. —Asintió—. Ahora lo recuerdo bien.

Tras un breve intercambio de miradas, la obligaron a levantarse con la excusa de que debían partir de inmediato. Al parecer, el nombre les había ayudado a tomar la decisión. Pero, ¿cuál?

—¿A dónde vamos?

Nadie le respondió. Estaban ocupados en preparar los caballos con destreza y eficacia. Antes de que pudiese volver a preguntar, ya estaban listos para partir. Uno de ellos se acercó para ayudarla a montar sin mirarla siquiera y empezó a preocuparse de nuevo. Sentía como si la estuviesen ignorando a propósito. ¿Y si no eran aliados de los Campbell, después de todo? Que la mantuviesen en medio del grupo resultaba llamativo, cuando menos. ¿Sería por su seguridad o para que no pudiese escapar?

Al reemprender la marcha, un par de hombres se adelantó para comprobar que el camino estuviese despejado, o eso supuso Virginia. El resto permaneció en silencio hasta que regresaron los exploradores. En cuanto hubieron asegurado que no había peligro delante, el hombre que la había estado interrogando se apiadó de ella y se acercó para hablarle. Lo habían llamado Kenna.

—¿Alguna vez habéis visitado a la familia de vuestra madre?

—No. Nunca abandonamos Londres. —La pena empañó sus palabras. No por no haber viajado a Escocia, sino porque sabía que

su madre lo habría deseado y no había podido hacerlo. Su padre nunca se lo había permitido. «Estamos en guerra, amor. No es seguro».

—Entonces, no sabéis distinguir a un clan de otro.

—¿Es que hay una forma de hacerlo? —le extrañó aquel comentario.

—Desde luego. —Asintió—. Por sus colores.

—¡Oh, claro! Tiene sentido. Los MacDougall llevaban el mismo patrón en la ropa —recordó.

—Así es. Cada clan lleva unos colores que los identifica. ¿Vuestra madre no os habló de ello?

—Mi madre solo me contó algunas cosas de su infancia en Innis Chonnel. Ni siquiera nombraba a la gente con la que se crio. Sé que tiene varios hermanos, pero no conozco sus nombres. —Sonrió con amargura—. Creo que los echaba de menos, pero nunca lo admitió. Siempre decía que los escoceses no muestran sus debilidades. Si ella lo hubiese hecho, tal vez, aquella noche yo podría…

No continuó. Los recuerdos eran demasiado intensos todavía. A pesar de que su madre le había asegurado en su lecho de muerte que no habría podido hacer nada por ella, todavía se culpaba por no ver las señales. Cuando comprendió que su madre se desangraría tras alumbrar a su hermano, se odió por no poder evitar la desgracia. Incluso había llamado a la matrona, pero fue demasiado tarde.

Su madre la había sujetado por las manos y la había obligado a arrodillarse junto a ella antes de acariciarle el rostro con una febril pero firme mano. Estaba débil, pero su sonrisa permanecía imperturbable. Eterna.

—No te tortures, *mo ghràidh*[1]. No habría podido hacer nada. Sabía que pasaría esto mucho antes de ponerme de parto.

—Deberías habérmelo dicho, mamá.

—No, *mo nighean*[2]. ¿Para qué perturbarte si era inevitable? Hay cosas que han de suceder al margen de nuestros deseos. Solo podemos ser fuertes y mirar al futuro con decisión. Ahora necesito que seas así por mí. Tu padre no lo aceptará y sufrirá demasiado. Vas a tener que sostener a la familia hasta que se recupere. Sé que te dejo una tarea casi imposible, pero ¿lo harás por mí?

Lo había intentado, al menos. Su padre no se había repuesto ni con el pasar de los meses y, luego, la había vendido a aquel horrible hombre. Aquellos últimos cinco meses habían supuesto una dura prueba para ella. Necesitaba que aquello terminase por fin. No podía aguantar mucho más.

Se limpió las lágrimas con furia, odiando su debilidad.

—Son seis.

—¿Qué? —Lo miró sin comprender, todavía con los ojos aguados.

—Vuestra madre tiene seis hermanos. Neil, Dugald, Arthur, Donald, Duncan y Gillespic. Ella era la única mujer.

—¿Los conocéis?

—Neil es el jefe del clan Campbell. Nuestro *laird*. —Los abarcó a todos con un gesto del brazo.

—¿Sois… Campbell?

—Todos nosotros. —Asintió—. Os llevaremos con vuestros tíos, si es posible. Al menos con los que están con Bruce.

Recordó que unos años antes de morir, su madre había acudido a palacio con la marquesa para la que trabajaba y había oído rumores sobre que sus hermanos se habían separado al estallar la guerra. Aquello le había encogido el corazón. Y, aunque Virginia se moría de curiosidad, no preguntó al respecto. No esperaba que confiasen en ella solo por ser quien era. Sobre todo, porque su madre había perdido el contacto con su familia al decidir huir con el inglés que le había robado el corazón. Nunca se había arrepentido, pero eso no la ayudaba a ella ahora.

—Gracias, Kenna. —Lo interrogó con la mirada, por si se había equivocado de nombre.

—Kenneth Campbell, para serviros. —Fue su repuesta.

—Virginia —se presentó también—. Solo Virginia.

Se negaba a usar el apellido de su padre después de lo que había hecho. Lo odiaba, esa era la cruda verdad. Su gesto se endureció al recordarlo.

—¿Acaso vuestro padre os repudió?

—Yo ya no tengo padre. —La rotundidad de la afirmación no dio pie a más preguntas. Aquella parte de su vida había terminado y permanecería encerrada en lo más profundo de su mente. Jamás volvería a hablar de él.

CAPÍTULO SEIS



—Maldita inglesa escurridiza.

John MacDougall se sentía frustrado. La pequeña muchacha había huido de él y que hubiese tenido ayuda no lo consolaba. Sus hombres habían encontrado los cuerpos inertes de sus compañeros, pero, por más que intentaron dar con el rastro de los Campbell, pues estaba seguro de que habían sido ellos, no hallaron ni una sola huella, aparte de las evidentes por la escaramuza. Lo más probable era que hubiesen visto la persecución y que decidiesen intervenir para ponerla a salvo, sin importar la razón. «Siempre tan considerados», pensó con rabia.

—Seguiremos buscando en cuanto amanezca, milord.

—No hace falta —rugió—. La muchacha no es estúpida y no regresará a Londres aunque se le presente la ocasión de hacerlo. Dejad que los Campbell se diviertan con ella si gustan. Ya no es mi problema.

Si su hermana preguntaba por ella, no le mentiría, pero tampoco soportaría sus reproches en silencio. Bastante hacía aguantando su prepotencia. La mujer se creía que le debía mucho porque le hablaba al rey en su favor, pero no la hubiera necesitado para ganarse su confianza. Las victorias que le había proporcionado eran prueba suficiente de su lealtad. Una que mantendría mientras sus intereses fuesen a la par que los del monarca. Después, que Dios se apiadase de su alma porque él no tendría misericordia.

—Padre —protestó su primogénito—, los Campbell han matado a varios de los nuestros. No podemos permitir que…

—Es la guerra, hijo. Muchos más morirán, tanto de los nuestros como de los suyos. —Le posó una mano en el hombro—. Tendrás tu momento de gloria, pero no es este. No por una muchacha inglesa que ni siquiera quería desposar con uno de mis hombres.

—Pero…

—Has de aprender a elegir tus batallas, Ewen. Aunque quisieras buscarlos, no darías con ellos. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos —lo cortó—. Y tú todavía tienes mucho que aprender.

El joven apretó los puños, molesto por la reprimenda de su padre delante de los demás. Odiaba cuando hacía eso porque lo ridiculizaba. ¿Cómo pretendía que los guerreros del clan lo respetasen si ni su propio padre lo hacía? Pero guardó silencio y lo

siguió. Ya encontraría el momento de ser un héroe para su gente. No estaría bajo la sombra de su padre toda la vida.

Tardaron un par de días en llegar a su destino, en Kintyre. El castillo de Tarbert se elevaba sobre un pequeño promontorio, junto a las aguas del fiordo de Clyde. Hasta hacía apenas un año, había estado bajo dominio inglés.

La desastrosa derrota de Robert Bruce en su intento de conquistar el trono había dejado a Escocia bajo el yugo inglés una vez más. Nadie había esperado que se recuperase después de aquello, pues lo habían obligado a huir junto con su reducido ejército. Con lo que no contaban los ingleses era con el patriotismo escocés y su fuerza de voluntad. Bruce regresó con fuerza desde el norte y los pocos hombres que habían podido refugiarse en Escocia atacaban desde el centro para allanar el retorno. Tarbert había supuesto un gran triunfo para la causa. Controlar aquel paso suponía una ayuda inestimable para vencer a sus enemigos más importantes: los MacDougall. Si los planes de Bruce continuaban según lo previsto, estos serían derrotados en cuanto la tregua

terminase. La batalla estaba tan cercana, que casi podían saborear la victoria.

De las escasas conversaciones que había mantenido con Kenneth en los dos últimos días, Virginia había averiguado que su tío Neil lo había dejado al cargo de la vigilancia de los MacDougall, tras haber demostrado su lealtad y su valía durante la conquista de Tarbert. Y eso era lo que habían estado haciendo cuando la rescataron a ella.

Uno de ellos se había separado a medio camino para avisar a su tío, según le habían dicho, de su presencia en Escocia. También le habían advertido de que tardaría un tiempo en llegar hasta él y, tal vez, algo más en recibir una respuesta. Ella ni siquiera estaba segura de que su tío se molestase en conocerla. Su madre había traicionado a la familia de la peor manera posible al huir con un inglés, lo que había impedido la reconciliación entre ellos. Incluso si no hubiesen estado en plena guerra, sus hermanos no le habrían vuelto a hablar por elegirlo a él en lugar de a un escocés.

No habían hecho más que entrar en el patio de la pequeña fortaleza cuando los abordó una joven con una niña agarrada a sus faldas. A su lado iba un niño, idéntico a la pequeña, que se burlaba por sus sonoros sollozos. No tendrían más de seis o siete años.

—¡Gracias a Dios que habéis vuelto! —suspiró la muchacha que los cuidaba, con evidente alivio.

En cuanto los niños los vieron, se abalanzaron sobre Kenneth gritando de alegría.

—Papá. Papá.

Virginia sabía que Kenneth era viudo, pues él mismo se lo había dicho, pero no se le había pasado por la cabeza que pudiese tener hijos. No parecía tan mayor. Abrumada por el descubrimiento, decidió mantenerse al margen. Mientras ellos hablaban, ella recorrió con curiosidad el recinto exterior del pequeño castillo. El lugar estaba bien fortificado, con una ancha y bien construida muralla, aunque tenía su encanto. La torre cuadrada debía de ser la morada familiar.

A un lado del edificio se encontraba el patio de armas, junto con la caballeriza y la herrería. Al otro lado, había lo que suponía, un almacén y un granero de considerables proporciones. De camino al castillo había visto una bonita iglesia, no muy lejos. Junto a varias casas de piedra y paja.

—No es grande pero es robusto. —La voz de Kenneth tras ella la sobresaltó.

No podía evitar tensarse ante la cercanía de cualquier hombre. La terrible experiencia que había vivido todavía era demasiado reciente como para ignorar sus instintos. Y aunque su mente le decía que estaba a salvo con aquel hombre, su cuerpo dudaba.

—Os quedaréis aquí hasta que vuestro tío nos diga que hacer.

—Si es que le importa algo. Mi madre me dijo que al huir a Inglaterra había roto el lazo familiar con los Campbell, que ninguno de nosotros sería bienvenido en el clan.

—Neil no es un hombre rencoroso. Sois su sobrina, la hija de la hermana que perdió hace años y a la que echa de menos desde entonces —le aseguró—. Dadle un voto de confianza.

—Tenéis unos hijos muy mayores. —Quería cambiar de tema, aunque temió que aquel no le gustase al hombre.

—Me casé joven. —Se encogió de hombros.

—Lo siento. —Lo miró—. Lo de vuestra esposa.

—Al menos, me dejó una parte de sí misma antes de irse. Mis hijos se parecen mucho a ella y solo tengo que mirarlos para recordarla.

La pérdida había sido dolorosa, pues apenas habían podido disfrutar de su matrimonio un par de años. Después de dar a luz a los mellizos, su esposa se había vuelto débil y enfermiza. Había visto, con impotencia, cómo su cuerpo se consumía con cada día que pasaba. Cuanto más fuertes crecían sus niños, más frágil se veía ella, hasta que, un día, había amanecido muerta. Saber que sus hijos lo necesitaban había logrado mantenerlo a flote después de eso, pero se había jurado no volver a amar a otra mujer.

—Tengo ciertos asuntos que atender antes de la cena. Tal vez preferiríais que os mostrase ahora vuestros aposentos —le sugirió a la muchacha.

Resguardarse en la intimidad de una alcoba era tentador, pero sabía que se sentiría como un animal enjaulado. Necesitaba pensar en los últimos días sin ver cómo la oprimían cuatro paredes.

—Si no os importa, os esperaré fuera. Necesito algo de tiempo para mí.

—Desde luego. Si cambiáis de opinión, preguntad a cualquiera por mí y os acompañaré a vuestra alcoba.

Kenna la sentía tan vulnerable que podía entender que buscase la soledad. Había una fragilidad en ella que lo instaba a querer protegerla. Por eso, no había dudado en abandonar el puesto de vigilancia para salvarla de los MacDougall.

—Gracias.

Y, pese a todo, bajo aquella debilidad visible, había una mujer con una gran fortaleza. Cualquier otra se habría venido abajo ya, después de lo que le había pasado.

—Vendré a por vos en cuanto termine.

—Aquí estaré.

«Como si pudiese ir a otro sitio», pensó. Aunque no era el peor en el que podría haber acabado. Al menos, allí nadie la miraba como si se tratase de una posesión más.

En cuanto se quedó sola, continuó con la inspección del castillo. Necesitaba moverse para pensar; y, de paso, estirar las piernas y dar descanso a su dolorido trasero. No era la primera vez que montaba, si es que se le podía llamar así a que su padre la llevase de las

riendas en su caballo. Uno que se había podido permitir gracias al sueldo de soldado. Habían sido tiempos felices.

Escuchó los gritos de los niños mucho antes de verlos. Jugaban a perseguirse. O al menos, eso creyó en un primer momento. El niño blandía contra su hermana, de forma amenazante, una pequeña espada de madera. La joven escocesa que se había acercado al grupo con ambos niños cuando llegaron, les gritaba desde la distancia:

—David, deja tranquila a tu hermana. Le harás daño.

No había terminado de hablar, cuando la niña tropezó y cayó de bruces al suelo. No tuvo tiempo de poner las manos para evitar el golpe en la cabeza y su llanto se escuchó en todo el castillo.

Antes de pensar siquiera en lo que hacía, Virginia ya tenía a la niña en brazos y trataba de consolarla, mientras averiguaba cuán fuerte había sido la caída.

—Ya pasó, *bòidheach*[3]. No ha sido nada.

—Sangro mucho. —Estaba pálida y comenzó a hipar por el llanto.

—Solo son unos pequeños rasguños, ¿ves? —La limpió con cuidado con el forro del vestido—. Ahora iremos a lavarlo con agua y verás que dejas de sangrar, *nighean*.

Al menos, había logrado que dejase de llorar. Cuando le preguntó a la joven, que se había acercado horrorizada, donde encontrar agua, la niña ya solo sorbía por la nariz.

—Lo siento, Abi —repetía su hermano una y otra vez, mientras las seguía—. No quería que te cayeses.

—Os avisé de que terminaríais… —La muchacha calló al ver la furiosa mirada de Virginia sobre ella.

—Son niños —aclaró—. No pasa nada. Haríais bien en ir a buscar a su padre en lugar de regañarle. Bastante mal se siente ya el pobre.

Pero no hizo falta, Kenneth lo había visto todo, pues había acudido en cuanto oyó los gritos de su hija. Vio cómo Virginia se hacía cargo de la situación de una forma tan natural que los niños ni se asustaron ante su presencia aunque no la conocían. Y eso era extraño porque solían ser muy desconfiados.

Desde su posición, no podía escuchar lo que hablaban, pero la niña le sonreía mientras Virginia le lavaba la herida, que no parecía gran cosa. Oyó las carcajadas de sus hijos ante un nuevo comentario suyo. Se veían relajados a su lado. Decidió acercarse para comprobar que lo que había provocado los gritos de su hija había sido más el susto que el daño.

—No os riais —decía Virginia, tratando de mantenerse seria—. Es cierto.

—Es mentira. —A pesar del desafío en su voz, David todavía reía.

—¿Qué es mentira? —preguntó Kenneth, intrigado.

—Ella dice que mañana habrá una flor creciendo donde se cayó Abi, padre. Dile que no es cierto.

—Mis lágrimas son mágicas. —Abi parecía encantada con la idea.

—No es cierto — repitió David, mientras su hermana no dejaba de asentir con vehemencia. Al parecer, ella sí lo creía.

—Mañana comprobaréis si miento. —Virginia les sonrió.

Un segundo después los niños reanudaron el juego, en esa ocasión, con más tranquilidad. David no quería que su hermana se volviese a lastimar.

—Gracias, Virginia.

—No tenéis por qué dármelas, no ha sido nada. —Los miró a ellos para evitar el contacto con el padre—. Son encantadores.

—Hacía meses que no los veía reír así. —Suspiró—. Son tiempos difíciles y no tener a su madre…

—No tenéis que explicarme nada, Kenna —lo interrumpió—. Sé lo que es perder a una madre. No importa la edad que tengas, es igual de duro.

Le sonrió, a pesar del dolor que reflejaban sus ojos y Kenna pensó que era muy valiente. Por lo que le había dicho, la muchacha había sufrido demasiadas pérdidas y, aun así, no abandonaba la sonrisa.

—Si habéis terminado con vuestras obligaciones, me gustaría retirarme a mi recámara ahora. Si es posible.

—Por supuesto.

La acompañó en silencio. Estaba tan cerca de ella que podría tocarla con solo alargar la mano. Podía sentir la tristeza que la acompañaba desde el día en que la conoció y, después de la ayuda que le había prestado a su hija, deseó poder consolarla, en compensación. Pero no lo hizo. No se atrevió, pues algo le decía que ella no se lo agradecería. La notaba siempre tensa alrededor de los hombres y, aunque podía figurarse que desconfiaba de ellos, parecía haber algo más ahí escondido. Habría indagado, pero no creía tener derecho a hacerlo. Además, no podía arriesgarse a interactuar tanto con ella.

Taparla con la capa aquella primera noche, cuando descubrió que tenía frío, había sido un impulso altruista. Recostarla en su regazo al ver que estaba tan exhausta que se caería dormida del caballo, había sido inevitable. Pero consolarla después ver lo bien que cuidaba a su hija, habría sido demasiado personal. Y no necesitaba más complicaciones.

—En un par de horas, cenaremos.

—Estaré lista mucho antes —susurró—. No es que tenga mucha ropa donde elegir.

No pretendía que él la oyese, pero lo hizo. Y, aunque sabía que era cierto, no fue hasta ese momento que comprendió que la muchacha había llegado a ellos con lo puesto. Y su vestido había visto tiempos mejores.

Se alejó de allí sin decir nada, pero media hora después, una joven llamaba a la puerta con un par de vestidos en los brazos.

—Eran de la señora —le dijo mientras los estiraba sobre la cama—. Es posible que haya que ajustarlos, pero creo que servirán. Ella era más alta que vos.

—No puedo aceptarlos.

Eran hermosos. Sencillos pero hermosos. Sin embargo, no podría ponérselos sin pensar en lo que significaría aquello para Kenna. Comprendía por qué se los había enviado, pero no estaba dispuesta a incomodar al hombre por tener algo decente que ponerse para la cena.

—No os preocupéis. Ha sido idea de Kenna. —La joven sonrió al notar cómo vacilaba—. Los escoceses somos fuertes, resistirá veros con ellos. Además, somos prácticos también. La ropa se reutiliza, como muchas otras cosas.

O su rostro era demasiado expresivo o aquella muchacha era muy intuitiva. Fuese cual fuese la razón, se ruborizó al instante porque lo hubiese averiguado.

—Me llamo Catrina, por cierto —se presentó—. Aunque puedes llamarme Trina. Todo el mundo lo hace.

La muchacha estaba embarazada. Virginia no se había fijado al principio. Los vestidos habían reclamado toda su atención y, ahora que la tenía de frente, pudo ver su abultado vientre.

—¿Para cuándo? —No pudo evitar preguntarlo.

—De un momento a otro, supongo. —Se encogió de hombros mientras elegía uno de los vestidos—. Probaos este. Como tiene las cintas detrás será más sencillo ajustarlo.

Tenía razón. Después de apretar las cintas, se amoldó a su cuerpo, aunque le seguía quedando demasiado largo. La falda del vestido caía a su alrededor con bastante tela sobrante. No podría caminar sin tropezarse a cada paso.

—Habrá que cortarlo. —La muchacha chasqueó la lengua—. Quedaos quieta mientras lo hago.

—¡Oh, no! —Se apartó, intentando no tropezar con la tela—. No estropeéis el vestido.

—No es que la señora lo vaya a necesitar de nuevo. —Rio.

—¡Por Dios! —Se quedó pálida ante aquel comentario.

—Os acostumbraréis. —Le restó importancia, mientras intentaba recoger la tela de nuevo—. Los ingleses sois demasiado pusilánimes.

—¡Eso no es cierto!

—Es vuestra parte escocesa la que habla ahora. —Rio de nuevo—. Cualquier otra mujer no habría llegado tan lejos. Sois muy valiente para ser medio inglesa.

—¿De qué estáis hablando?

—Corren rumores por el castillo de que habéis escapado de los MacDougall. —Por la amplia sonrisa que tenía, supo que aquello le agradaba bastante. Sus siguientes palabras lo confirmaron—. Ojalá hubiese podido verlo. Los habréis humillado a base de bien.

—No era mi intención. —Se ruborizó.

—Deberíais dejar de usar vuestra parte inglesa. No os sienta bien. —Sonrió al ver que se ponía todavía más roja—. Fuese o no vuestra intención, me alegro de ello. Los MacDougall se merecen eso y mucho más.

Con aquel parloteo incesante, había conseguido arreglar el vestido sin que Virginia protestase de nuevo. Se alejó unos pasos para mirarla con aprobación.

—Os sienta muy bien, *milady*.

—Virginia —la corrigió. Ella no era una dama—. Y gracias por esto.

Se quedó sola de nuevo y se observó con calma. Después de que Trina le hubiese acortado la falda y las mangas, cualquiera habría pensado que el vestido había sido confeccionado para ella. Le gustaba que ocultase cada porción de su piel, no como la ropa que le había obligado a usar el conde. Se estremeció.

A pesar de que no hacía frío, antes de salir, se pasó por los hombros la capa corta que le había traído Trina. Sentía que, de esa forma, se protegería de miradas indiscretas durante un tiempo. Hasta que se la tuviese que quitar para comer.

Cuando entró en el gran salón, parte de los comensales ya se encontraban allí. Charlaban entre ellos, animados y ajenos a su llegada. Algo que la alivió un poco. No sabía lo nerviosa que estaba hasta que se encontró en medio de aquella gente a la que no

conocía. De hecho, solo Kenneth se había molestado en entablar conversación con ella desde su rescate, si no contaba el interrogatorio al que la habían sometido más tarde.

Todavía se encontraba en la entrada, sin decidirse a mezclarse con la gente o a salir huyendo, cuando dos alborotados niños corrieron hacia ella.

—*Caraid*[4], *caraid* —le gritaron.

Se agachó para recibirlos en sus brazos. Tenía un don especial para los niños, puede que por todas las veces que había cuidado a los de sus vecinos a cambio de unas monedas. Con apenas ocho años, se había hecho cargo de niños de hasta un par de años mayores que ella. Ni siquiera aquellos que la superaban en edad le habían causado problemas nunca. Había algo en ella que les incitaba a confiar y a obedecer a ciegas.

Les sonrió a los pequeños que, tan excitados como estaban, le hablaban en gaélico.

—Más despacio —les pidió—. No os entiendo si me habláis tan deprisa.

Su madre les había enseñado su idioma natal, pero no lo practicaban con la frecuencia necesaria como para dominarlo. Podía entenderlo si no se apresuraban e incluso hablarlo si era necesario, pero no se desenvolvía tan bien como quisiera. Jamás había imaginado que algún día pudiera necesitarlo.

—Te sentarás con nosotros —le informó David, ya en inglés—. Te hemos guardado un sitio.

Abigail tiraba de ella, sujetándole la falda, y ella se dejó arrastrar, mientras escuchaba el incesante parloteo de ambos. No se dio cuenta de adónde la llevaban hasta que se encontró de frente con Kenneth.

—Habéis causado muy buena impresión a mis hijos. —Este le sonrió.

—No habría podido evitarlo aunque quisiera. —Se ruborizó—. Siempre me ha resultado más fácil tratar con niños que con adultos.

—Estoy seguro de que no es así. —Kenna sonrió, pero no supo cómo seguir aquella conversación. Virginia parecía tan perdida como él.

Si todavía estuviesen en el camino, él se habría disculpado con alguna escusa y habría vuelto con sus hombres, pero ahora estaban en el castillo y no podía desairar de esa forma a su invitada. Algo que sería hasta que su tío decidiese su suerte.

—Se sentará con nosotros, ¿verdad, padre? —Su hijo lo salvó de aquella situación incómoda, solo para meterlo en otra peor. Por más que hubiese deseado alejarse de ella en cuanto la vio con el vestido de su esposa, ya no podría hacerlo sin decepcionar a sus hijos.

Virginia y su esposa no se parecían en nada y, aun así, al ver a la primera con aquella ropa, su corazón lo había traicionado latiendo en un descontrol que no se había esperado. Los remordimientos por

reaccionar así por alguien que no era la madre de sus hijos le oprimían el pecho ahora. En los seis años que había vivido sin ella, nunca se había interesado por nadie más. Muchos le habían insistido en que buscase una nueva pareja para cuidar de los mellizos, pero no había querido mancillar el recuerdo del amor que habían compartido.

Ahora, desde que había visto por primera vez a Virginia, cabalgando en una frenética huida, no había podido dejar de observarla. Primero, para comprobar que estaba bien y, luego, porque era la sobrina del *laird*. O eso era lo que se había dicho a sí mismo. Que le pareciese tan vulnerable también era algo que favorecía que su instinto de protección despertase en torno a ella.

Pero con aquel vestido, uno que había pertenecido a su esposa, la atención había escalado a imposibles que le desconcertaban. Por su bien, debía mantener las distancias.

—Claro —accedió porque no era capaz de decepcionar a sus hijos—. Si os parece bien a vos, Virginia.

—Teniendo en cuenta que sois el único al que conozco, será agradable poder conversar con alguien durante la cena.

Seguramente le habría costado horrores acudir sola al salón. Sabía lo intimidantes que podían resultar los escoceses; y más a una joven tan menuda como ella.

—Disculpadme —se mortificó. Se había concentrado tanto en lo que le había pasado al verla que no había pensado en que ella se

sentiría fuera de lugar allí. Era probable que le hubiese costado mucho acudir sola al salón. Debería haberla acompañado—. Soy un pésimo anfitrión. Tal vez debiera presentaros…

—No.

Aquella brusca interrupción bastó para mostrarle lo alterada que estaba. Se reprendió por su falta de tacto. Se había comportado como un estúpido.

—Por favor. Tal vez después. —Intentó suavizar la negativa—. En cuanto haya tomado un par de copas que templen mis nervios.

No pudo evitar reírse, por insensible que pareciese. Aunque, cuando ella le correspondió con la misma hilaridad, supo que la tensión estaba disminuyendo.

—De acuerdo entonces —le concedió—. Después de la cena.

CAPÍTULO SIETE

Se había retirado poco después de la cena porque todavía no estaba preparada para enfrentarse a aquella multitud tan ruidosa y afectuosa. Cuando Kenneth la presentó nombrando su parentesco con Neil Campbell, los apretones de manos y los abrazos no dejaron de llegar y, con cada roce, ella se tensaba más, aunque su mente le decía que no tenía por qué preocuparse, estaba a salvo. Su cuerpo, en cambio, se negaba a aceptarlo sin más.

Tal vez, por eso, se sintió confusa al oír aquellos desgarradores gritos. Creía estar soñando la primera vez que los oyó. Sin embargo, la segunda, supo que no se los había imaginado. Incluso si se escuchaban ahogados a través de las gruesas paredes. Alguien estaba sufriendo. Y mucho.

Se sentó en la cama, inquieta. Su instinto de supervivencia clamaba para que no abandonase la alcoba, pero lo acalló. Si alguien estaba lastimando a una mujer, no podía quedarse de brazos

cruzados. Sabía lo que era sentirse impotente ante una situación como aquella.

Se colocó la capa sobre el camisón y salió al pasillo a investigar. Estaba oscuro y se pegó a la pared para evitar una caída. No tardó en distinguir la luz que salía del gran salón. A medida que se acercaba, los gritos sonaban más nítidos. ¿Acaso era la única a la que le importaba aquello? Comenzó a temblar.

Cuando reunió el valor suficiente para mirar dentro, descubrió, atónita, que había al menos ocho hombres allí, todos inmóviles como estatuas. Otro grito, más angustioso salió de un pasillo al fondo del lugar. No sabía qué habría allí, pero que nadie se moviese para detener la agonía de la mujer le envenenó la sangre.

Cuando su mirada se topó con la rígida espalda de Kenneth, supo que debía pedirle explicaciones a pesar del miedo que sentía a enfrentar a tantos hombres juntos. Sin embargo, no tuvo ocasión porque una anciana arrugada y encorvada surgió del pasillo para hablar.

—Lo lamento. No se puede hacer nada más. Tanto el bebé como la madre morirán.

Se le detuvo el corazón al escuchar aquello. Su mente viajó a la noche en la que su madre perdió la vida. La impotencia que había sentido la había impulsado a dejar de ayudar a los vecinos para tomar lecciones con la comadrona a la que había llamado. Era la mejor y había aprendido mucho de ella en cada parto en el que la

había asistido. No habían sido tantos como le habría gustado, pues cuidar de su familia le había quitado mucho tiempo, pero había asistido a tantos como le fue posible.

En cuanto se recuperó de la impresión, la escena que tenía ante sí cobró más sentido: el asustado padre esperaba a que su esposa diese a luz, apoyado por sus amigos y familiares. Lo había visto tantas veces que se sintió ridícula.

La anciana continuaba concienciando al joven de que perdería a su familia, pero Virginia sabía que mientras hubiese vida, había esperanza. Aquello era lo que le repetía la comadrona en cada parto complicado.

—No podéis abandonarla de ese modo —dijo antes de pensar siquiera en lo que hacía.

—No se puede hacer nada —repitió.

—¿Lo habéis decidido vos sola? —la desafió mientras se acercaba a la puerta.

—No entréis ahí, muchacha. —La detuvo con mano firme, a pesar de lo frágil que parecía por la edad—. No es algo que vuestra juventud pueda soportar.

La angustia que percibió en los murmullos de los hombres, que intentaban en vano consolar al desolado padre, la hizo hervir de ira. Aquella anciana era una insensible al hablar de esa forma frente a todos.

—Soltadme. He asistido a suficientes partos como para que me perturbe lo que pueda encontrarme. Si vos no queréis intentar salvarlos, no os entrometáis en mi camino.

Ya se estaba remangando cuando entró en uno de los muchos cuartos que había en aquella zona del castillo. La puerta se cerró tras ella, sumiendo el salón en el más absoluto de los silencios.

—Si amáis a vuestra esposa —la vieja se dirigió al afligido esposo—, haríais bien en aliviar su sufrimiento. Al amanecer estará muerta, junto a vuestro hijo. Esa joven inglesa no hará más que mal.

Escupió la palabra como si fuese veneno y surtió el efecto deseado en aquel hombre. Se irguió de la silla dispuesto a salvar a su esposa de Virginia, pero Kenneth lo detuvo al posar una mano sobre su hombro.

—Démosle una oportunidad.

—Lo lamentaréis. —La vieja se sentó en una oscura esquina del salón con la intención de mortificar a la muchacha en cuanto saliese. Sabía que fracasaría. Había visto demasiados partos como para saber que nada bueno saldría de aquel.

Virginia se paralizó por un momento al ver la sangre. Había demasiada. Tal vez la anciana tenía razón, después de todo. Si no la detenía, se desangraría antes del amanecer. Su mente regresó de nuevo a la noche en que su madre murió y el corazón le latió con fuerza en el pecho. Comenzó a hiperventilar.

Un nuevo grito la obligó a mirar a la muchacha y, descubrir que era Trina la sacó del trance. Horas antes había sido una joven sonriente y feliz, ahora casi no la reconocía, con el cabello empapado y pegado a la piel, con el rostro pálido y la sangre bañando su cuerpo. No merecía morir así.

—Hola. —Se arrodilló a su lado para palparle la barriga y tocarle la frente—. Teníais razón cuando me dijisteis que sería de un momento a otro.

—¿Virginia? —Sus febriles ojos la reconocieron—. ¿Qué hacéis aquí?

—He venido a ayudaros.

—Edna me ha dicho que moriré porque mi hijo no quiere salir.

Pudo sentir su miedo en cada palabra y la rabia la invadió. Aquella estúpida anciana la había aterrorizado. En cuanto la madre y el hijo estuviesen a salvo, tendría unas cuantas palabras con ella. Era inhumano decirle a una muchacha tan joven que moriría junto con su hijo. Aunque hubiese sido cierto.

—No moriréis, si yo puedo evitarlo. ¿Os sentís con fuerzas para luchar por vuestro bebé?

—Haré lo que sea. —Asintió.

—Bien. Destapad las ventanas. —Se dirigió a las dos mujeres que se habían quedado a velar a Trina—. Dejad que el aire entre en la habitación. Tiene fiebre y hay que bajársela. Traedme agua fría. Lo más fría que podáis. Y paños limpios. Estos están empapados en… —Se detuvo antes de terminar. No quería asustar más a Trina porque la necesitaba lúcida y con esperanzas de poder sobrevivir—. Están sucios —concluyó.

Las mujeres corrieron a cumplir sus órdenes sin ninguna resistencia. Su tono autoritario no dejaba margen para las indecisiones. Aquella había sido la parte que más le había costado aprender.

—Cuando salgáis, no habléis con nadie. —Detuvo a la mujer cuando ya abría la puerta—. No digáis lo que habéis visto. Cuanto menos sepa el padre, mejor.

Descubrir la cantidad de sangre que había perdido su esposa no le ayudaría en nada. Y no quería que le impidiese intentar salvar a la madre y al hijo. Mientras Trina estuviese dispuesta a colaborar con ella, no se rendiría.

—Voy a palparos —la avisó al colocarse frente a sus piernas—. Procurad no empujar ahora, aunque el cuerpo os lo pida.

—Lo intentaré.

—Bien. Os dolerá un poco, pero es necesario que averigüe qué le impide la salida al bebé.

—No creo que sea peor que hasta ahora.

Pero se equivocaba. Virginia intentó ser lo más delicada posible al introducir los dedos en su interior, pero sabía que era imposible no lastimarla porque su intromisión dilataría más una zona que ya estaba tensa de por sí. El grito de Trina lo corroboró. Sin ceder a su impulso de aliviar aquel sufrimiento, palpó dentro con la mano hasta donde fue capaz. Con la otra, intentaba mover al crío a través del abultado vientre. Aquellos movimientos eran una tortura para la joven, pero eran necesarios, así que ignoró sus quejas.

—Relajaos. Sé que es difícil, pero tenéis que dejarme hacer. Y, por Dios, no empujéis hasta que yo os lo diga.

No tardó en descubrir que el bebé estaba mal colocado y, por eso, Trina no lograba expulsarlo. Le sorprendió que la comadrona no hubiese hecho nada para cambiar la posición y, en cambio, hubiese dejado que la joven se desangrase sin más. Cerró los ojos e inspiró profundo para no salir a enfrentarla en ese mismo instante. Trina la necesitaba.

—Voy a intentar colocarlo bien —le informó mientras movía las manos sobre su vientre—. Preparaos para empujar en cuanto os lo diga, ¿de acuerdo?

—Cualquier cosa —repitió con determinación.

Una de las mujeres la estaba refrescando con el agua fría, de modo que ya no se sentía tan febril. La otra, probablemente su

hermana por el parecido que tenía con ella, le sostenía una mano en muestra de apoyo.

Virginia continuó los movimientos, ignorando los gritos de Trina. Necesitaba darle la vuelta al bebé cuanto antes. Se detuvo cuando la joven no pudo reprimir el impulso de empujar con una de las contracciones más fuertes.

—Bien —la animó—. Lo hacéis muy bien. Terminará pronto, os lo prometo.

Volvió al ataque en cuanto pudo y, esa vez, tuvo éxito. Su sonrisa alentó a las dos mujeres, que también sonrieron. El alivio que veían en los ojos de Virginia les decía que lo peor había pasado.

—Ayudadla a incorporarse. Rápido. Antes de la próxima contracción. —La obedecieron. En cuanto notó que llegaba una, gritó—: Ahora, Trina. Empujad con fuerza.

La tensa espera en el salón se vio interrumpida por un grito tan desgarrador que hasta al hombre más valiente se le encogió el corazón. El silencio que lo siguió les pareció demasiado revelador. El desesperado padre rompió a llorar, incapaz de ocultar el dolor un

instante más. Su hermosa mujer había muerto, no podía ser de otro modo.

—Os lo dije —murmuró la anciana con prepotencia.

Sin embargo, después de un instante que pareció eterno, se oyó un enérgico llanto infantil a través del pasillo. Los presentes se miraron con sorpresa. ¿Había salvado al bebé?

El padre, en cambio, no parecía haber prestado atención, ciego de dolor como estaba. Fue el apretón de Kenneth en su hombro lo que lo obligó a levantar la vista. Virginia se encontraba frente a él, totalmente cubierta de sangre y sudor.

—Vuestro hijo está vivo —le dijo, mientras limpiaba la frente con el dorso de la mano, lo que dejó un rastro de sangre en su blanca piel. Su mirada estaba fija en la anciana, que se había acercado al escuchar el llanto del recién nacido.

—Mi esposa… —La súplica en su voz la obligó a mirarlo.

Tenía los ojos fijos en la sangre de su camisón. Debería haberse cubierto con la capa antes de salir, pero ya no podía enmendar la situación, así que se centró en aliviar su dolor. Lo tomó de las manos para que la mirase a ella.

—Vuestra esposa…

—No lo digáis. Tal vez así pueda fingir por un momento que no ha muerto.

—Pero es que no ha muerto. —Sonrió—. Está débil, pero se recuperará. Os espera dentro, con vuestro hijo.

—¿Está viva?

—Está viva.

Jamás se había sentido tan exultante al decir aquellas palabras, sobre todo, porque mantenía los ojos en la anciana con la victoria reflejada en ellos.

—¡Oh, Dios! —La abrazó sin importar que la sangre lo manchase—. Gracias. Gracias.

—Id a conocer a vuestro hijo, ya habéis esperado suficiente.

—Tengo una deuda con vos, muchacha. Prometo pagárosla con mi vida si es necesario.

—Será suficiente con que cuidéis y protejáis a vuestra familia.

—¡Eres una bruja! —la acusó la anciana, cuando el emocionado padre se fue.

—No, señora. Solo soy muy obstinada.

—Esa muchacha debería haber muerto, al igual que su hijo.

—Y así habría sido si de vos dependiese —la culpó.

—Nadie podía salvarlos a no ser que usara malas artes para hacerlo.

—Edna. —Kenneth salió en defensa de Virginia.

—¡Por el amor de Dios! El bebé solo estaba mal colocado —le reclamó ella con rabia—. Por eso no podía salir. Bastaba con ayudarle a situarse en la posición correcta. Fue una de las primeras cosas que me enseñó la comadrona con la que aprendí el oficio.

¿Cuántas madres con sus hijos habréis dejado morir vos por no saber eso?

Apenas terminó de hablar, corrió hacia el exterior del castillo. Cegada por las lágrimas, no se detuvo hasta golpearse las piernas con el muro de piedra de la fuente. Respiró en profundidad antes de caer de rodillas ante un nuevo acceso de llanto. La maldad de aquella mujer la habían horrorizado. Era la primera vez que alguien la acusaba de brujería solo por hacer lo que le habían enseñado. Si en verdad fuese bruja, tal vez, su madre… «No te hagas eso», se reprendió sin poder dejar de llorar.

No se había permitido hacerlo desde su llegada a Escocia pero, una vez rota la barrera, no sabía cómo detenerse. Se sujetó el pecho con los brazos para calmar los nervios. No podía permitir que las palabras de una necia le afectasen tanto.

—Edna es una vieja supersticiosa.

No sabía cuánto tiempo llevaba Kenna allí, pero, aun así, trató de sofocar el llanto y se limpió las lágrimas antes de enfrentarlo. Por alguna extraña razón, no quería que la creyese débil.

—No me preocupa lo que piense esa mujer. Aprendí de la mejor y sé que lo que hago es bueno.

—Trina es testigo de ello.

—Salvar a una madre y a su hijo siempre es… liberador —murmuró.

—¿Por qué creo que las lágrimas no eran por lo que os dijo Edna?

Kenneth se había agachado junto a ella para poder mirarla a los ojos. Estaba atento al más mínimo gesto en su cara que la delatase.

—A mi madre y a mi hermano no pude salvarlos. Hubiese hecho cualquier cosa por lograrlo. Cualquier cosa. —Suspiró—. Pero, por aquel entonces, no tenía ni idea de cómo ayudarla.

Kenneth sabía que la acusación de Edna era la causante de aquella situación. Tal vez no cómo él había imaginado, pero lo era. Tendría que hablar con la vieja más tarde. En realidad, hacía mucho tiempo que retrasaba aquella conversación. La anciana estaba demasiado mayor y sus facultades disminuían en la misma medida en que aumentaba su crueldad. Había recibido demasiadas quejas sobre ella, pero sus prioridades habían estado en otro lugar en ese momento.

—Esta noche habéis salvado la vida a tres personas.

Pudo ver la comprensión en sus ojos, tras unos instantes de duda. Si hubiesen muerto, el joven viudo no tardaría en unirse a ellos, aunque tuviese que recurrir a sus propias manos para hacerlo.

—¿Es posible que exista un amor así? —No esperaba respuesta, aun así, la obtuvo.

—Desde luego. Aunque algunas personas, inexplicablemente, lo sobreviven.

Supuso que hablaba de sí mismo, lo que le hizo sentir una pequeña punzada de celos, pues también ella deseaba un amor así. Sus padres lo habían tenido.

—Y otros se dan a la bebida —añadió ella, mientras las lágrimas volvían a rodar por sus mejillas.

Había jurado no volver a hablar de su padre, pero no pudo evitarlo. A pesar del odio que sentía por él ahora, debía admitir que el dolor por la muerte de su madre le había nublado el juicio. Aunque eso no lo redimía del daño que le había causado a ella. Se limpió con furia.

El impulso de rodearla con los brazos era casi insoportable. La había seguido en su precipitada huida para asegurarse de que estaba bien y para agradecerle lo que había hecho, pero verla llorar junto a la fuente, derrotada, había cambiado sus planes. Ahora solo quería consolarla, incluso antes de saber qué más había causado su desdicha. Solo su férreo autocontrol lo mantenía a distancia, pues algo le decía que ella no aceptaría aquel contacto.

—La pérdida de un ser querido siempre es dura —le dijo—, pero se hace más llevadera si se puede compartir.

—Yo he perdido mucho más que un ser querido.

La firme idea de que no querría el abrazo se doblegó ante el desconsuelo de la joven y la rodeó con sus brazos para mecerla con suavidad. Pudo notar cómo se tensaba, aunque no lo rechazó. No comprendía qué la obligaba a levantar la guardia cada vez que la

tocaban, pero estaba decidido a averiguarlo. Necesitaba a alguien en quien confiar y esperaba ser él en algún momento.

—Fueron mi madre y mi hermano los que murieron aquella noche —repuso ella cuando el llanto cesó un poco—, pero perdí a mi padre también. Solo que no lo supe hasta más tarde.

—No debéis creer que vuestro padre os abandonó por la bebida. Si le dais tiempo para recapacitar…

—Demasiado tarde. Podría haberle perdonado lo de la bebida. De hecho, lo hice durante un año. Me hice cargo de todo: la casa, mi hermano… incluso trabajé con la comadrona para conseguir dinero. No me importaba no tener tiempo para mí misma. Pero hace seis meses… —Guardó silencio un momento—. Eso no tiene perdón posible. Antes prefiero morir que volver a ver a mi padre.

—Son palabras muy duras, Virginia.

Se arrepintió de decirlo en el mismo instante en que la muchacha se separó de él. La frialdad en sus ojos lo sorprendió, no solo porque no creyese que aquella dulce muchacha pudiese odiar tanto, sino por ser su padre el objetivo del rencor. ¿Qué habría hecho para merecer semejante reacción?

—Más duro fue lo que él me hizo, Kenna. Da igual lo afligido que estuviese por la muerte de mi madre, yo también la quería, también la perdí. Pero traté de ser fuerte porque era lo que ella esperaría de mí. Y lo habría esperado también de mi padre. Por amor de Dios, un padre debería proteger a sus hijos. No ven…

Se detuvo antes de delatarlo. No por evitarle a su padre un juicio por lo bajo que había caído, sino porque le daba vergüenza lo que se había visto obligada a hacer para sobrevivir. Incluso si se había resistido al conde, sentía que no había hecho lo suficiente para conservar un mínimo de honor.

—Virginia.

Sabía que tras su nombre había una pregunta no formulada, pero no quería contestarla.

—Estoy cansada —se excusó—. Será mejor que intente dormir un poco más. decidle al esposo de Trina que le consiga algo dulce para comer —añadió cuando ya se alejaba de él—. Necesita recuperar la sangre que ha perdido.

Cuando vio que Kenneth tenía la intención de seguirla, no pudo evitar correr hasta llegar a su alcoba. No quería continuar con aquella conversación. Se sentía tan estúpida por haber permitido que Kenneth ahondase tanto en su interior. Le resultaba demasiado fácil hablar con él. Apenas había logrado contenerse. Pero no debía contárselo o no podría volver a mirarlo a los ojos sin sentirse totalmente mortificada. Nadie debía saber lo que había hecho su padre. Nadie.

—Maldita sea.

Esperó en silencio a que Kenneth llamase a la puerta, dispuesta a echarlo a toda costa, pero al cabo de un rato se hizo evidente que no lo haría. Tal vez lo dejase estar. Suspiró mientras se sentaba en la

cama. Ni siquiera se recostó. De todas formas, ya no podría volver a dormirse.

CAPÍTULO OCHO



No tuvo ocasión de comprobar si Kenneth la asaltaría con nuevas preguntas o no porque, al levantarse por la mañana, le informaron de que había partido con sus hombres a las tierras de los MacDougall. Debería haber supuesto que regresarían a sus obligaciones en cuanto la pusiesen a salvo.

Habían marchado al amanecer, por lo que le sorprendió encontrar todavía restos del desayuno en las mesas del gran salón. ¿Nadie se había preocupado de recogerlo? La mañana estaba muy avanzada y deberían haberlo hecho ya. Le restó importancia mientras se dirigía a la cocina para buscar algo con lo que llenar el estómago. Quizá la partida de su señor los había mantenido ocupados. Nada sabía ella de la rutina que tenían allí.

Como no sabía en qué ocupar el tiempo, ahora que no tenía que preocuparse de la llegada del conde, decidió salir a pasear. El olor de las caballerizas la golpeó de pleno y se cubrió la nariz con una mano. ¿Sería normal que apestase de esa forma? En algunas calles de

Londres, el hedor era tan fuerte que apenas se podía caminar por ellas sin llevar un paño perfumado al rostro para mitigarlo un poco. Quizá el campo no fuera tan diferente a la ciudad. Después de todo, había más animales allí.

Decidió caminar en la dirección contraria para evitar el mal olor, pero pasado un tiempo regresó al castillo. Se había cruzado con varias personas y nadie había hablado con ella más allá de un saludo educado. Tampoco es que esperase una cálida acogida, por muy sobrina de su *laird* que fuera, pero se sintió incómoda y prefirió volver a la seguridad de su alcoba.

Le llevaron la comida a la recámara, algo que la sorprendió, pues no lo había solicitado. Y, aunque había pretendido salir a media tarde, el aburrimiento o, tal vez el cansancio, se apoderó de ella y se durmió. Para cuando despertó, ya había amanecido de nuevo.

Después de un segundo día con el salón revuelto, empezó a preguntarse si alguna vez limpiaban. Le constaba haber visto la casa en buen estado cuando Kenneth la había llevado el primer día, así que aquello parecía algo puntual. No le dio mayor importancia hasta que llegó la hora de la comida y vio cómo apenas recogían lo suficiente para poner las bandejas y los platos en la mesa. Aquello resultó demasiado para su sentido de la responsabilidad. Su madre siempre decía que una casa limpia honraba a los que vivían en ella y agradaba a las visitas.

—¿Es que nadie recoge en esta casa? —protestó en voz alta. Nadie dijo nada, pero se llevaron los platos sucios a la cocina y, al terminar de comer, despejaron y limpiaron las mesas.

Cuando salió fuera, Flora, así se llamaba la joven que cuidaba de los mellizos, estaba sentaba a la sombra de un árbol mientras los hermanos jugaban cerca del borde de la fuente. No era grande, pero sí suficientemente profunda para que los niños se llevasen un buen susto si caían dentro.

—Apartaos de la fuente. —No pudo evitar reñirles. Le hicieron caso. Luego, miró hacia la mujer—. ¿Quién se ocupa del gobierno de la casa?

—Cuidar de los críos me ocupa todo el día. —Su actitud defensiva le dio a entender que era tarea suya—. No paran quietos. Siempre de un lado para otro, dando más trabajo del que quitan.

Flora era joven, quizá demasiado para encargarse de todo. Le constaba que habría gente más preparada, por eso, no entendía que lo hubiesen dejado todo en sus manos. Y, sin embargo, cuando Kenneth había estado allí, todo se veía más limpio y ordenado.

—¿Sabe Kenna que se descuidan las tareas en su ausencia?

—A vos qué os importa. —La amenaza implícita en sus palabras confirmaron sus sospechas—. Según tengo entendido, no os quedaréis mucho por aquí.

—Puede que yo me vaya en breve, pero la gente que vive aquí merece tener un hogar decente —protestó.

—No es asunto vuestro —remarcó—. No os metáis…

No necesitó que terminase la frase, sabía lo que le estaba advirtiendo. Giró sobre sus talones, enfurecida, y regresó al interior del castillo. Sabía que no tenía derecho a inmiscuirse en los asuntos de Kenneth porque solo era una invitada en su casa, y sabía que se metería en problemas con Flora, pero por más que se lo repitiese, no pudo evitar entrometerse. Su madre le había inculcado unos fuertes ideales que no podía obviar. En cuanto entró en la cocina, que fue el único lugar en el que encontró a alguien, comenzó a preguntar por el funcionamiento de la casa. Nadie se opuso a su curiosidad, ni tampoco se negó a cumplir las órdenes cuando empezó a impartirlas. Si Flora no cumplía con sus obligaciones, lo haría por ella. Al menos, mientras Kenneth no regresase.

—Disculpad. —La cocinera la detuvo cuando ya se marchaba para ver qué más cosas había descuidado Flora—. Quería… —dudó—. Me preguntaba…

—Adelante.

—Solo quería agradeceros lo que habéis hecho por Trina. Si mi pequeña se hubiese…

—¿Sois la madre?

—Su tía, pero como si lo fuese. La crie desde que nació. La madre de Trina murió en el parto.

Aquella revelación supuso una gran conmoción para ella, pero, sobre todo, una comprensión más profunda de lo que habían temido

todos al ver que Trina no conseguía dar a luz. Les había preocupado que muriese igual que su madre.

Por desgracia, morir durante el parto sucedía con demasiada frecuencia. No había medio para impedirlo, en muchos de los casos. Era algo que todos tenían presente, pero pensar en lo insensible que había sido Edna con la muchacha al decirle sin tapujos que se morirían tanto ella como su bebé… Seguramente ya se había preocupado durante todo el embarazo por si surgía alguna complicación y la comadrona solo lo había empeorado.

—No lo sabía. —Trató de no delatar con la voz lo que sentía: rabia hacia la anciana y pena por la nueva mamá.

—Cómo podríais.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor. Es una muchacha fuerte. —El orgullo teñía su voz—. Se recuperará pronto.

—Me alegro.

—No tengáis en cuenta las palabras de Edna —continuó—. Ha visto morir a demasiadas mujeres durante el parto.

Al parecer, allí no había lugar para los secretos. Tendría que recordarlo antes de hablar de nuevo de su vida en Londres. No soportaría la vergüenza si alguien descubriese su terrible pasado.

—No fueron sus palabras lo que me disgustó. —Le dio la espalda para salir de la cocina. No quería seguir hablando.

—Kenna os agradecerá lo que estáis haciendo —le gritó—. Flora no es más que una niña con deseos de mujer.

Comprendió a lo que se refería, pero prefirió ignorarlo. No estaba haciendo aquello por interés hacia Kenneth. Había ido a la cocina a reclamar que limpiasen porque le enfurecía la falta de disciplina de Flora.

Además, deseaba sentirse útil mientras esperaba a su tío. Todo era nuevo para ella allí: el lugar, la gente, las costumbres… Necesitaba aferrarse a algo conocido y cuidar de la casa lo era. Después de comprobar que la gente haría lo que les pedía, ya no dudaría más. Incluso si Flora se oponía.

Después de organizar las tareas dentro del castillo, salió fuera para ver si se podía hacer algo con el olor que despedían las caballerizas. Sabía que no podría eliminarlo del todo, pero si se volvía más soportable quedaría satisfecha.

—Buenas tardes. ¿Cuándo fue la última vez que se limpió a conciencia este sitio? —Ni siquiera hizo el amago de iniciar una conversación antes de ir directa al asunto.

—Se hace cada seis meses, mi señora.

—Virginia —lo corrigió sin darse cuenta. Lo había estado haciendo toda la tarde. No era una dama que mereciese esa dispensa—. ¿Aparte de mantener a los caballos en perfectas condiciones, una tarea más que loable teniendo en cuenta el estado de este lugar, a qué dedicáis el tiempo?

El hombre se encogió de hombros avergonzado.

—Entiendo. Pues tendréis que añadir unas cuantas labores más al día porque quiero este olor desaparezca. En la medida de lo posible, por supuesto —añadió.

Y comenzó a repartir las tareas entre los mozos de cuadra sin darse cuenta de que los muchachos la miraban embelesados. Para cuando salió de allí, Flora la esperaba fuera. Se veía muy alterada. Ella la miró con indolencia, como hacía con su hermano cuando este se portaba mal. Aquella muchacha no le inspiraba otra actitud.

—No permitiré que me arrebatéis el lugar junto a Kenna. —Sus palabras la sorprendieron—. No he soportado a esos dos mocosos desde hace un año para que una inglesa se interponga entre nosotros ahora.

—No creo que a Kenna le gustase saber lo que opináis de sus hijos —repuso con calma—. No es que lo conozca mucho, pero he podido comprobar que son lo más importante para él…

—Kenna es mío —la interrumpió.

—No tengo ningún interés en él —añadió—. Pero si vos no cumplís con las tareas que se os han encomendado, yo…

—No es asunto vuestro —gritó.

—Deberíais bajar la voz. Hablemos como gente civilizada.

—No os acerquéis a Kenna —la amenazó.

—Como ya os he dicho, no tengo…

—No me toméis por estúpida —la cortó—. Os vi anoche junto a la fuente… Con él.

¿Sería esa la razón por la que todos la obedecían? Había pensado que tenía que ver con Trina y su bebé, pero si creían que había algo entre Kenneth y ella, tal vez debiera mantenerse al margen. En vista de que allí los secretos no existían, el hombre se enteraría de todo en cuanto llegase y no quería que se enfadase con ella por haberse ocupado de un trabajo que no le correspondía y por razones que no era ciertas.

—¡Qué truco más rastrero! —continuó la joven—. Pero no os servirá de nada.

—No tengo por qué daros explicaciones, Flora —repuso, seria. No permitiría que nadie descubriese la verdad de lo que había hablado con Kenna en la fuente. Tampoco les daría más motivos para malinterpretar sus intenciones. Podía notar cómo las observaban y decidió que lo mejor era alejarse para no complicar más las cosas.

—Yo estaba aquí antes que vos —la acusó de nuevo, siguiéndola.

—Por favor, Flora. —Se detuvo—. No pretendo enemistarme con vos. Solo intento ayudaros.

—No necesito vuestra ayuda. Kenna me dejó a mí al cargo.

—Pues haced bien vuestro trabajo —se exasperó—. ¿O solo os encargáis de las cosas cuando él puede verlo? ¿Qué pasaría si un día

llegase de improviso y se encontrase con este desastre? ¿A quién culparíais? Porque, por vuestra actitud, estoy convencida de que no la asumiríais vos.

—No soy una niña a la que debáis reprender. Dejad de tratarme así.

—Dejad de comportaros como tal —la desafió.

Su intención había sido dejar que Kenna creyese que había sido Flora la que se había encargado de todo, pero después de aquella riña pública, temía que le fuesen con el cuento en cuanto entrase por la puerta.

—*Caraid*.

Abi las había visto y corrió hacia ellas. Virginia lo aprovechó para alejarse de la muchacha y evitar más discusiones. Había pretendido ayudar, pero, quizá, no debería haberlo hecho.

—Hola, *mo nighean.* —Abrió los brazos para acogerla en ellos y no pudo evitar besarla en la frente.

—¿Juegas con nosotros? —preguntó, después de mirar hacia su hermano.

—Claro.

Pasar la tarde con los pequeños le ayudó a olvidar el malestar que le había causado discutir con Flora. Pero, cuando entró al castillo, empezaron a informarle y a consultarle, como si hubiesen aceptado de buen grado su papel como señora de la casa. Ni siquiera tuvo ocasión a rechazar el puesto, aunque lo habría hecho

de buen grado cuando se encontró a la joven de frente, en una ocasión, y recibió de su parte una mirada tan cargada de odio que le provocó un escalofrío. Debía hablar con ella en privado para aclarar la situación, incluso si ya sospechaba que no serviría de nada.

«Valor», se dijo. Después de todo, no estaría allí demasiado tiempo. Si es que su tío se dignaba a ir por ella, que todavía tenía dudas al respecto, por más que Kenna le hubiese asegurado que lo haría.

Por el momento, se ocuparía de las tareas de Flora, en vista de que a ella no le interesaba demasiado si su señor no estaba en la casa. Si, al menos, la muchacha quisiese colaborar con ella en lugar de odiarla…

CAPÍTULO NUEVE

Un par de días más tarde, mientras salía de los establos, contenta por el cambio que habían sufrido, descubrió a los hijos de Kenneth jugando de nuevo en la fuente. Buscó a Flora, preparada para intervenir si no lo hacía ella, y la vio acercarse a ellos.

Dispuesta a continuar con la ronda de inspección, no les prestó más atención hasta que oyó gritar a Abi. Cuando se giró hacia ellos, la niña estaba en el suelo, con la mano en la cara, y su hermano intentaba golpear a Flora, que lo tenía bien sujeto por un brazo.

—¿Qué pasa aquí?

—Flora le pegó a Abi. —David comenzó a llorar en cuanto la vio.

No era la única que se había acercado al oír el alboroto y Virginia pudo notar el descontento de la gente tras la acusación del niño.

—Mentiroso. —Flora lo zarandeó con violencia.

—Ya basta. —Virginia los separó por miedo a que le descolocase el brazo al niño por la fuerza que había empleado en el movimiento.

Temía que estuviese pagando con ellos la rabia que sentía hacia ella.

—Les dije que no se acercasen a la fuente —los acusó, fuera de sí—. Y nunca escuchan. Abi casi se cae dentro. Debía escarmentarla.

—Vuestro deber es cuidarlos —le recordó Virginia—. Ellos son pequeños y no entienden de peligros. Si hicierais bien vuestro trabajo, no habría…

—Pero no hacen caso —la interrumpió.

—Pues tendréis que hablarlo con su padre cuando regrese. Él se encargará de amonestarlos si lo cree necesario.

—Su padre nunca está en casa. Me dejó a mí al cargo y haré lo que me plazca —escupió las palabras—. Ninguna *sassenach*[5] me dará órdenes.

—Flora, ya basta. —Una de las mujeres presentes decidió intervenir.

—Sé lo que pretendéis —continuó la joven sin escucharla.

—No pretendo nada, pero esta vez os habéis extralimitado. —Abi y David se había sujetado a su falda y miraban con recelo a Flora—. Son niños. No puedo permitir que los golpeéis cuando su único pecado ha sido no saber dónde está el peligro porque vos no se lo habéis enseñado. Si tanto os agobia cuidarlos, yo me haré cargo hasta que regrese Kenna. No os quiero cerca de ellos. ¿Tenéis un lugar a dónde ir?

—No.

—Sí. —La misma mujer de antes se adelantó para desafiar a Flora a mentir de nuevo—. Su abuela tiene una casa en el pueblo.

—No voy a irme. Kenna se enfadará si no estoy aquí cuando regrese. Él…

—Él lo entenderá cuando le contemos lo que ha pasado —la interrumpió la mujer—. Y reza para que no decida pagarte con la misma moneda.

—Se lo merecía. —Las lágrimas empañaban sus ojos, aunque nada tenía que ver con la impotencia, sino más bien con el odio que le despertaba Virginia.

—Ningún niño merece que le peguen —intervino de nuevo esta—. Marchaos ya, Flora. Si Kenna decide que habéis actuado bien y os quiere de vuelta, os pediré disculpas y no volveré a intervenir. Pero, hasta entonces, yo me encargaré de los niños.

La rabia la invadió, pero se dirigió al castillo para recoger sus pertenencias. Aunque le hubiese gustado golpear a Virginia también, sabía que solo se pondría más en evidencia delante de todos. Aquella mujer había puesto en su contra a su propia gente y juró vengarse de ella.

Aquella noche Abi se despertó llorando. Virginia se levantó sin vacilación y corrió a su alcoba. La cogió en brazos mientras la tranquilizaba.

—Ya pasó, bella *banfhlath*[6]. Estoy aquí. —Le acarició el pelo mientras hablaba.

Permanecieron abrazadas varios minutos. Todavía estaba oscuro fuera, así que la tumbó en la cama y la tapó con dulzura.

—No te vayas, *caraid* —le pidió la niña cuando ya salía del cuarto.

—Duérmete, pequeña. No te pasará nada.

—Por favor, *caraid*. No me dejes.

La urgencia en su voz le partió el corazón. Abi había sufrido mucho ya en su corta vida. Primero la pérdida de su madre, a la que ni siquiera recordaría. Luego tenía un padre ausente; no por gusto, sino por obligación. Y, ahora, la mujer que se suponía que debía cuidarla y amarla, le había pegado.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche?

La tomó en brazos cuando la niña asintió. La cubrió con la capa que se había puesto a toda prisa al salir de la alcoba y se la llevó con ella de vuelta. Para cuando la depositó en la cama, la niña ya dormía profundamente. No habían pasado ni diez minutos, cuando la desveló un ruido en la puerta. Vio cómo asomaba tras ella una pequeña cabeza de pelo oscuro.

—¿Tú también quieres dormir aquí, David? —Ya sabía la respuesta.

El niño corrió hacia la cama y le sonrió con sus pequeños y blancos dientes. Estaba congelado por haber ido descalzo hasta allí. Lo abrazó con fuerza hasta que entró en calor.

Virginia permaneció despierta varias horas, y apenas amaneció ya estaba en pie. Dormir con ellos le había recordado a su hermano pequeño, que ahora estaría en manos de su padre. Sabía que lo utilizaría en su beneficio, como había hecho con ella, pero no podía impedirlo desde Escocia. Y regresar no era una opción. Se le ocurrió que, tal vez, comentárselo a su tío, en caso de que apareciese para verla, podría cambiar las cosas. «Siempre que sea un buen hombre», pensó.

Hasta ese momento, había imaginado que o bien no aparecería o bien sería como su madre: encantador. Pero ¿y si era una mala persona? La idea la perturbó durante gran parte de la mañana.



Cuando Kenneth traspasó las murallas, lo primero que percibió fue el cambio en el olor del recinto. La última vez había hablado con el encargado del establo para que hiciese algo al respecto y, al

parecer, le había hecho caso. Entendía que había poco personal y mucho trabajo, pero esa no era excusa para la dejadez de los últimos meses.

—Qué limpio está esto. —Le sorprendió que los cubículos tuviesen hierba seca recién esparcida y que el pasillo permaneciese impecable. Las sillas extra se encontraban en los portasillas, lustradas, y las riendas sobrantes colgaban de los guardaneses en orden.

—Ginnie nos ha exigido limpiar a diario —respondió el mozo que se hizo cargo de su caballo—. El primer día fue mucho trabajo, pero ahora es muy fácil mantenerlo así. Un poco cada día, como dice ella siempre.

«Debe de referirse a Virginia», pensó. Aunque no entendía por qué se había encargado ella de recordarles esa labor, cuando era el trabajo de Flora. La madre de la muchacha se había ocupado de todo tras la muerte de su esposa y, cuando la mujer murió, un año atrás, la joven se ofreció para sustituirla. Kenneth había aceptado, al imaginar que sería tan eficiente como ella, pero no lo había sido. Sin embargo, tenía tantas responsabilidades que apenas había tenido tiempo de buscar a nadie más. Si Virginia había decidido ayudarla, no protestaría. Mucho menos, después de ver el buen trabajo que habían hecho en el establo.

Entró en el castillo, convencido de que sus hijos aparecerían en cualquier momento con sus interminables preguntas. No entendía

cómo podían tener esa energía inagotable si madrugaban tanto. El silencio en el interior no lo alarmó; bien podían estar fuera, jugando; aunque le extrañaba que no lo hubiesen visto llegar.

Aquello le facilitaba las cosas, puesto que a quien buscaba era a Virginia. Su tío estaba en camino y él se había adelantado para darle la noticia. No solo para que tuviese tiempo para prepararse, sino porque todavía recordaba las dudas de la joven respecto a su familia materna. Quería demostrarle que el miedo a que la rechazasen era infundado. Neil había partido hacia Tarbert de inmediato al saber que su sobrina estaba allí.

No encontró a nadie en el salón, así que se dirigió a la cocina. Lorna revisaba las provisiones antes de bajar al pueblo a aprovisionarse. Era día de mercado.

—Buenos días, Lorna. ¿Habéis visto a Virginia?

—Buenos días, Kenna. ¡Qué sorpresa! No os esperábamos tan pronto. —Le sonrió—. Ginnie debe de estar fuera, revisando los establos.

—Vengo de allí —negó.

—¡Oh! Entonces habrá ido a hablar con Donald. Quería pedirle que fabricase algo para impedir que los niños se acerquen demasiado a la fuente. Ayer Abi casi se cae dentro.

—¿Por qué no se encarga Flora?

—Flora ya no…

—Kenna. —Virginia entró en la cocina justo a tiempo de interrumpirla—. ¡Qué agradable sorpresa! Ya habéis vuelto.

A Kenneth no le pasó inadvertido el intercambio de miradas. La cocinera se encogió de hombros y regresó a sus labores, pero Virginia parecía alterada. Tal vez se mostrase tranquila por fuera, pero su respiración acelerada le decía había corrido hacia la cocina. ¿Para impedir que Lorna le dijese algo? Bueno, ahora la curiosidad era mayor.

—Buenos días, Virginia.

—No he escuchado alboroto en el patio. ¿Habéis vuelto solo?

—El resto viene en camino. ¿Dónde está Flora?

—Creía que estaríais más tiempo fuera. —Virginia ignoró deliberadamente la pregunta de Kenneth.

—Ha surgido algo —repuso con rapidez—. Pero no me cambiéis de tema, Virginia. ¿Dónde…?

—¿Cuánto tiempo os quedaréis? —lo interrumpió, mientras salía de la cocina para alejarse de Lorna, a la que había visto con ganas de intervenir.

—Virginia. —Kenneth la siguió—. ¿Por qué no respondéis a mis preguntas? ¿Qué ha pasado? —Al ver que no tenía intención de detenerse, la sujetó del brazo. La joven se tensó y la liberó al momento. No era la primera vez que notaba que le angustiaba el contacto físico, por mínimo que fuera—. ¿Y bien? —insistió.

—Flora y yo tuvimos un pequeño altercado —respondió, después de soltar un suspiro—. Más de uno, en realidad.

—Os escucho —la animó a seguir.

—No sé si os habíais dado cuenta, pero en cuanto os marcháis, las tareas en el castillo se desatienden. —Intentaba encontrar las palabras adecuadas—. Puedo imaginar que solo las hacen cuando estáis aquí, porque no vi nada raro antes de vuestra ausencia. Pero no quise intervenir, puesto que solo soy una invitada.

—Comprensible.

—Pero, después de tres días, ya no pude dejarlo pasar. Mi madre me enseñó unos ideales de conducta que no puedo obviar sin más. La irresponsabilidad es algo que me irrita sobremanera.

Kenneth sonrió al ver cómo Virginia intentaba controlar la ira a medida que le explicaba lo que había pasado. Parecía una mujer muy apasionada y, por un momento, se imaginó cómo sería tenerla en su cama. Con la abundante melena cayendo sobre sus hombros y enmarcándole el dulce rostro. Y sus… Desechó la idea antes de que su cuerpo lo delatase. Se concentró de nuevo en sus palabras porque aquellos pensamientos no eran correctos ni adecuados.

—Así que discutimos. Bastante. —Se retorcía las manos, nerviosa—. Estaba tan enfadada cuando me encaró que no lo pensé. Simplemente comencé a dar órdenes y me obedecieron.

Lo dijo con tal tono de incredulidad que Kenneth apenas logró mantenerse serio. La risa pugnaba por salir porque a él no le parecía

tan inverosímil. Conocía a su gente y sabía que obedecerían a cualquiera que les inspirase respeto. Virginia se lo había ganado el día en que salvó la vida de Trina y de su bebé, así que nadie iría en su contra, salvo que sus órdenes fueran abusivas. Y algo le decía que aquel no era el caso.

—Unos días después, decidimos que yo me ocuparía también de los niños.

La confesión terminó demasiado pronto, lo que le hizo sospechar de que había algo más que no quería contarle.

—¿Por qué?

—Los pequeños se han encariñado conmigo. Me siguen a todas partes, así que me pareció lo más lógico. —Se encogió de hombros.

—Ni se te ocurra ocultar lo que hizo Flora, Ginnie. —Trina apareció en ese momento, cargando a su bebé, y parecía furiosa—. No se merece tu compasión.

—¿Qué hizo? —le preguntó Kenneth a la joven madre. Estaba claro que no lo averiguaría por Virginia. Incluso había estado a punto de creerla.

—Nada por lo que no haya pagado ya, Kenna. —Virginia fulminó a su amiga con la mirada. La había ido a visitar cada día y el lazo que había nacido entre ellas durante el parto de Trina se había fortalecido hasta convertirse en una amistad bonita y sincera. Por más que ahora pareciese que la quería traicionar.

—Mandarla a casa de su abuela no es un gran escarmiento, Ginnie —insistió Trina, que había tenido aquella discusión con ella en más de una ocasión.

—No empieces otra vez.

—Alguien tiene que decirlo —refutó.

—Ya lo has dicho varias veces, pero eso no cambia…

—¿Alguna piensa contarme lo que ha sucedido? —las interrumpió él—. ¿O tengo que averiguarlo por mi cuenta?

—No debéis preocuparos por nada, Kenna.

—Claro que debe. No seas tan buena, Ginnie, Flora no lo merece. —Trina lo miró a él, antes de continuar—. Le pegó a Abi, Kenna. Le dejó una marca en la cara que le duró un tiempo. Y Virginia solo la mandó de vuelta con Edna.

Cuando Virginia descubrió que Edna era la abuela de Flora, comprendió por qué la muchacha la odiaba tanto. Ambas mujeres creían que había humillado a la anciana al salvar a Trina, en contra de lo que había dicho la comadrona. Algo que no podía entender, porque lo importante era que una madre y su hijo habían sobrevivido. Lo demás carecía de importancia en comparación.

Flora le había contado a su abuela lo que había pasado y Edna había ido al castillo para pedirle explicaciones. La discusión había subido tanto de tono que algunos se vieron obligados a intervenir. Conocían a Edna y, aunque Virginia no respondiese a la violencia de la anciana, aquello no acabaría bien para ninguna de las dos. Al

final, la obligaron a regresar con la nieta y le prohibieron la entrada al castillo hasta que Kenneth regresase.

Pero Trina ya no pudo contarle nada de eso porque, en cuanto Kenneth oyó que Flora había golpeado a su pequeña, se giró sobre sí mismo hecho una furia y enfiló hacia la casa de Edna. Virginia, suponiendo lo que iba a hacer, intentó detenerlo. Tardó unos segundos en reaccionar, así que el hombre ya estaba cerca de la casa cuando logró sujetarlo por un brazo. Su mano se deslizó por él hasta aferrarse con fuerza a la de Kenneth. Tiró de ella y lo detuvo.

—Por favor, Kenna. No hagáis algo de lo que os podáis arrepentir después.

—Esa muchacha maltrató a mi hija.

A pesar del enfado, era muy consciente de lo que aquella pequeña mano le estaba haciendo a su cuerpo. Quiso soltarse para recuperar el control de sí mismo, pero, en su lugar, la apretó un poco más. Aquel era el primer contacto físico que la joven iniciaba y, aunque sabía la razón para ello, quiso disfrutarlo el tiempo que durase.

—Y estoy segura de que lamenta de haberlo hecho.

—No todos tienen vuestro gran corazón, *breagha*[Z].

Nada lo preparó para el sonrojo que tiznó el rostro de Virginia al llamarla de aquella forma. Lo había dicho sin pensar, pues el calor que su mano le provocaba le embotaba la mente.

—Por favor.

Lo atrajo un poco hacia ella, no porque quisiese sentirlo más cerca como le hubiese gustado a él, sino para evitar que fuese a por Flora.

—Pegarle a un niño indefenso es un acto imperdonable, Virginia. No puedo ignorarlo sin más.

—Fue culpa mía.

Aquella confesión lo golpeó con fuerza, no porque la creyese cierta, sino por la compasión extrema que estaba mostrando Virginia. ¿Era capaz de culparse por las faltas de los demás? Aunque tuviese razón en parte, no podía fingir que no había pasado. Flora debía pagar por lo que había hecho.

—Estaba furiosa conmigo por hacerme cargo de sus labores —continuó— y lo pagó con Abi. Debería haberla separado de los niños antes de que ocurriese aquello. Pero no creí que…

—No la disculpéis ni asumáis su responsabilidad, Virginia. —Se acercó más a ella—. No importa el motivo, sino el acto en sí. Nadie debería golpear a un niño.

—Kenna. —La sorprendida voz de Flora resonó tras él.

Virginia rompió el contacto de inmediato, pero Kenneth pudo ver una última súplica en sus ojos. Y cuando se giró, lo que encontró en los de Flora fue miedo. No a él, sino a Virginia. Sin embargo, en un instante, la ira ocupó su lugar.

—No habéis tardado nada en irle con el cuento a Kenna —dirigió aquella acusación hacia Virginia—. ¿Acaso no me habéis humillado

suficiente ya?

—Ella no ha dicho nada, Flora —la defendió—. De hecho, intentaba impedir que te castigara.

El miedo volvió a asomar y se convirtió con rapidez en súplica, cuando pasó la mirada de él a Virginia. ¿Pretendía apelar a su compasión después de haberla acusado abiertamente?

—Será mejor que os marchéis, Virginia —dijo Kenneth. No estaba dispuesto a ceder. Flora sería castigada.

Virginia lo comprendió porque se fue sin decir una sola palabra. Ni siquiera volvió la vista atrás, convencida de que intentaría defender a Flora si lo hacía.

CAPÍTULO DIEZ



Cuando Kenneth regresó al castillo, Virginia supervisaba el desayuno de sus hijos. Los niños charlaban con ella y reían. Parecían felices. Sin embargo, a él lo invadió la pena al pensar en su esposa. Ella no podría disfrutar de los mellizos, ni ellos de ella. Ni siquiera la recordaban ya, pues había muerto cuando apenas tenían un año de vida. Sabía que así no sufrirían por su ausencia, pero le parecía igual de triste.

—Papá. —Los gritos de sus hijos lo obligaron a rechazar el dolor. Los abrazó con fuerza y dio gracias por tenerlos en su vida. Eran lo único que le quedaba de su difunta esposa.

Aunque Virginia sonreía, no se le daba bien esconder sus sentimientos, así que Kenneth sabía que estaba incómoda. Tal vez por lo que había pasado antes con Flora. O puede que pensase en el castigo que le habría impuesto él por pegar a Abi. Debería decirle que había cedido ante su súplica, pero no quería reconocer la debilidad que le provocaba su presencia.

Desde el día en que la rescataron de los MacDougall, había arraigado en él un instinto de protección hacia ella que no podía explicar. La vulnerabilidad en su postura, el miedo y el dolor en su mirada lo habían activado y ya no era capaz de controlarlo. Necesitaba verla feliz. Necesitaba que supiese que la vida no era solo sufrimiento, incluso si él había recibido su propia dosis del mismo. Tampoco había querido profundizar más en lo que sentía cuando estaba cerca y, mucho menos, admitir en voz alta que no le resultaba indiferente.

Después de la muerte de su esposa, no había vuelto a interesarse por ninguna mujer. Se había centrado en criar a sus hijos lo mejor que sabía y a combatir para su rey cuando este así lo requería. Eran tiempos difíciles y mantener a su gente a salvo era más importante.

Pero ahora, desde la aparición de Virginia, se descubría pensando en ella más de lo que debería, o buscándola con la mirada en demasiadas ocasiones. Se decía que lo hacía por Neil, porque debía cuidar bien de su sobrina, pero sabía que solo se engañaba a sí mismo. Y, aun así, no haría nada al respecto. No debía.

—¿Desayunando tan tarde? —les preguntó a sus hijos—. ¿Acaso jugar es más importante ahora que alimentarse?

—Nos acabamos de despertar, papá —rieron ellos.

Él los imitó, pero buscó una confirmación en Virginia. Si era cierto, sería la primera vez en muchos años que dormían tanto.

Cuando la joven asintió, los miró de nuevo a ellos.

—¿Cómo es eso posible? —bromeó, aunque la curiosidad era genuina.

—Ayer fue un día intenso —respondió Virginia por ellos—. Ya que habéis terminado, podéis salir a jugar. Pero no os acerquéis a la fuente u os castigaré a los dos.

—Sí, Ginnie —dijeron al unísono antes de correr hacia la salida.

—¿Pasó algo más ayer? —quiso saber ahora Kenneth.

—Abi tuvo una pesadilla, pero se tranquilizó rápido. —Le restó importancia con un gesto de la cabeza.

Recogía los platos de la mesa para no tener que mirarlo a los ojos y Kenneth supo que lo evitaba. Intuía que era por Flora, así que decidió tranquilizarla.

—Hablé con Flora y me contó su versión de los hechos. —Ella seguía sin mirarlo, pero lo escuchaba con atención—. El castigo que le habéis impuesto es suficiente. Le duele más no poder venir al castillo que cualquier correctivo físico que yo le pudiera infligir.

—Gracias.

Aquella palabra, cargada de alivio, le aceleró el corazón.

—Vuestro tío viene hacia aquí. —Cambió de tema para apartar cualquier pensamiento que lo llevase por un camino que solo le traería problemas—. Me he adelantado para decíroslo.

—¿Mi tío viene a verme?

De repente, se había puesto nerviosa. Incluso parecía asustada. No era lo que Kenneth esperaba ver al darle la noticia. Virginia había expresado sus dudas, al saber que lo habían avisado, sobre si él querría o no verla, pero nunca había dicho que ella no quisiera. Era el hermano de su madre, su familia más directa. ¿Acaso no era suficiente como para desear conocerlo?

—Se alegró mucho al saber que tenía una sobrina —pretendía tranquilizarla con aquellas palabras.

—Mi madre… —vaciló—. Ella decía que nunca le habían perdonado que se casase con mi padre.

—Neil no os culpará de algo que no tiene que ver con vos, Virginia. Cuando supo de vuestra existencia, lo dejó todo para conoceros. Eso no lo hace un hombre que esté molesto con vos.

El silencio que siguió a sus palabras se volvió espeso hasta que Virginia lo rompió.

—Ordenaré que le preparen una estancia. ¿Viene solo? ¿Se quedará mucho? —La pregunta encerraba algo más que el simple hecho de saber el tiempo que su tío estaría allí. Indagaba cuánto le quedaba a ella para marcharse.

Apenas llevaba allí una semana, pero se había sentido a salvo por primera vez en meses y había encontrado a gente que la había hecho sentir en casa. No le resultaría fácil alejarse. Mucho menos, abandonar a Abi y a David. Su corazón ya sufría solo de pensarlo.

—No lo sé. —Pareciera que también él quería decir mucho más con aquellas dos palabras—. Sus hombres se quedarán en los barracones.

—De acuerdo.

Virginia abandonó el salón sin decir nada más, aunque deseaba preguntar mil cosas sobre su tío. Que quisiera verla tenía que ser una buena noticia. ¿O no? Kenneth no le mentiría sobre algo así. «Céntrate», se reprendió.

Si iba a conocer a uno de los hermanos de su madre, quería causarle buena impresión, así que tenía mucho trabajo por delante.



No podía dormir. Había pasado el día ayudando a sus hombres a prepararlo todo para la llegada de Neil, mientras intentaba no pensar Virginia. Y lo habría logrado si su gente no la alabase tanto delante de él. En tan solo cinco días, había hecho algunos cambios que ya se estaban empezando a notar.

El castillo olía a fresco. La ropa que había desechado por estar rota apareció en el armario remendada. Se habían colocado grandes cortinones en las ventanas para tapar la luz del sol, pero lo suficientemente finos como para permitir la entrada de la brisa

mañanera. Los establos ya no despedían aquel apestoso olor que tanto le disgustaba y los caballos salían a ejercitarse todos los días. La armería estaba limpia y ordenada; las armas afiladas y bruñidas. Donald, el herrero, había empezado a fabricar la reja para la fuente y evitar que los niños se acercasen a ella. Sus hijos adoraban a Virginia y la obedecían sin protestar. Incluso jugaban juntos sin pelearse continuamente.

Decidió comprobar que los niños estuviesen arropados. Quizá el paseo hasta sus cuartos le ayudase a conciliar el sueño después. Desde luego, recordar todo lo que había hecho Virginia no lo haría.

Cuando llegó a la alcoba de Abigail, no le extrañó encontrarla vacía. No era la primera vez que la pequeña se escabullía hasta la cama de su hermano. Pero al ver que la cama de David hecha también, frunció el ceño. Por un momento, se le ocurrió la posibilidad de que estuviesen con Virginia. Después de ver cómo los trataba, era factible que buscasen seguridad junto a ella. No diría que no le había dolido que no lo eligiesen a él, pero también comprendía que había sido un padre ausente durante demasiado tiempo por culpa de la guerra.

Dudó un momento antes de golpear la puerta con los nudillos. Fue apenas un roce que no produjo un gran ruido y que no recibió respuesta. Lo repitió, con algo más de fuerza, y la puerta se movió sola. No lo había notado antes, pero solo estaba entornada. La empujó con cuidado y descubrió a sus hijos en la cama con Virginia.

La imagen lo detuvo bajo el marco por un momento. La joven dormía boca arriba, con un niño recostado en cada brazo. Su abundante cabello reposaba sobre su pecho, ocultándolo a medias. Su rostro era la viva imagen de la tranquilidad. Grandes pestañas que resaltaban los párpados cerrados, nariz pequeña y recta, pómulos sonrosados y labios carnosos y sensuales. En cuanto posó los ojos sobre ellos ya no pudo apartarlos de ahí. Se acercó ignorando su sentido común y estiró una mano para apartar un mechón que le cubría la cara. ¿Era imaginación suya o desde la primera vez que la había visto su pelo se había vuelto más rojo?

—Kenna.

El susurro de Virginia lo obligó a apartar la mano con rapidez para esconder lo que había estado a punto de hacer. Por un momento, se quedaron en silencio y se miraron a los ojos sin que ninguno hiciese nada. El ligero sonrojo de Virginia se intensificó a medida que su todavía dormida mente se despejaba y asimilaba lo que sucedía.

—No quería asustaros —se disculpó de inmediato—. Fui a ver a mis hijos y no los encontré.

La joven supuso el resto sin ningún esfuerzo. Sus palabras se lo demostraron.

—Permití que durmiesen conmigo la noche pasada y me temo que ahora no puedo obligarles a regresar a sus camas. Se les partiría el corazón.

Le sonrió con ternura para que supiera que no estaba molesto. ¿Quién podría estarlo con la extrema dulzura de aquella muchacha hacia sus hijos? Reprimió el deseo de acariciarle la mejilla. En cambio, le tocó el pelo a Abi. Era lo más cerca que podía estar de ella sin asustarla.

—Si lo preferís, puedo llevarlos de vuelta yo mismo.

—No me importa que se queden —se apresuró a decir—. La cama es tan grande que incluso cabría otra persona más.

Al comprender que aquello se podía interpretar como una invitación, un intenso rubor le cubrió el rostro. Kenneth se apiadó de ella.

—Os dejaré dormir. Todavía faltan un par de horas para que amanezca —se despidió—. Descansad. Ya me ocuparé yo de lo que falta antes de la llegada de vuestro tío.

Se encaminó hacia el pasillo y cerró con cuidado la puerta tras él. La inocente insinuación de Virginia, que no había sido tal, lo había alterado y optó por una rápida retirada para no cometer ninguna insensatez. Sin embargo, la joven no parecía consciente de su lucha interna porque lo siguió de inmediato. Se había cubierto el cuerpo con una capa, pero él sabía que, bajo ella, solo vestía un fino camisón.

—No creo que pueda volver a dormir —le dijo ella—. Si esperáis a que me vista, os ayudaré. Los niños dormirán hasta tarde así que no molestarán…

Mientras hablaba, Kenneth se había ido acercando a ella. A cada paso que daba él, la voz de Virginia se volvía más débil, hasta que solo fue un susurro. Su cerebro le instaba a continuar, pero la cercanía de Kenneth le hizo olvidar lo que estaba diciendo. Aunque repudiaba el contacto físico con hombres después de lo que le había hecho Corvin, junto a Kenneth siempre se había sentido segura. Sin embargo, en ese momento, había algo en el ambiente que le instaba a mantener la distancia. Retrocedió, al tiempo que alzaba la vista para mirarlo a los ojos en busca de alguna señal que le dijese si corría peligro. Lo que encontró en ellos fue deseo.

—Debisteis quedaros en la cama, Virginia. —Y la besó.

Virginia se tensó al momento. Los recuerdos la asaltaron y, aunque el tacto de Kenneth se sentía diferente, su cuerpo reaccionó como si fuera una amenaza. No quería el beso, incluso si no le resultaba tan repulsivo como los de Corvin; no quería lo que venía después. Empezó a temblar y lo empujó con ambos brazos para alejarlo de ella.

—Lo lamento, Virginia —se disculpó, arrepentido—. No debí hacerlo. Yo…

Desapareció por el pasillo, maldiciéndose por haber sido tan impulsivo. Virginia se quedó sola y se abrazó para tratar de controlar la tiritera. No era frío lo que sentía, sino pánico. Y, aunque su mente le repetía que Kenneth no era como Corvin, su cuerpo no parecía dispuesto a hacer diferencias entre ellos. Le fallaron las piernas y se

agachó, con la espalda apoyada en la pared. Cerró los ojos y se concentró en la respiración hasta que consiguió relajarla. Luego, se puso en pie y regresó a la alcoba.

Pasó una hora antes de reunir el valor suficiente para bajar a la cocina. Los niños dormían todavía y no despertarían hasta bien entrada la mañana. Cubrir las ventanas con las telas oscuras había sido una gran idea. Sin luz, dormían más tiempo.

Kenneth hablaba con Lorna en la cocina y ella vaciló un momento antes de entrar. Inspiró profundo y se reunió con ellos. No permitiría que el recuerdo del beso le impidiese cumplir con sus obligaciones. Incluso aunque la presencia de Kenneth la intimidase un poco ahora.

—Buenos días, Lorna.

—Buenos días, Ginnie. ¿Qué tal habéis dormido?

—Muy bien, como siempre. —Le sonrió intentando no mirarlo a él—. ¿Qué tal vuestra espalda?

—Mejor. Teníais razón, el calor le ha hecho muy bien. Apenas me duele ya.

—Me alegro.

—Kenna y yo comentábamos el menú para hoy. —Si Lorna notaba la tensión entre ellos, no lo hizo saber—. Tiene buenas ideas… para ser hombre.

Rieron la broma juntos, aunque había algo de cierto en aquella declaración, pues las labores del hogar siempre habían sido cosa de

mujeres, mientras que los hombres se ocupaban de las tareas más pesadas en el exterior.

—Entonces, seguiré con el resto.

Se disponía a marcharse, cuando Kenneth se ofreció a acompañarla.

—Os ayudaré. Aquí hemos terminado.

—De acuerdo. —Continuó su camino sin mirar atrás, pero consciente de que él la seguía. Si se hubiese girado, habría visto la sonrisa de Lorna y habría tenido que inventarse cualquier excusa para que el hombre se quedase allí.

Durante el resto de la mañana permanecieron ocupados con los preparativos. Casi lograron olvidarse de lo sucedido horas antes. Solo cuando se rozaban sin querer o sus miradas se cruzaban, eran conscientes de que el recuerdo estaba allí, levantando una barrera silenciosa entre ellos.

Virginia agradeció que los pequeños se despertaran para poder alejarse del padre y dedicarse a ellos. Sabía que Kenneth merecía una explicación por cómo había reaccionado, pero le avergonzaba tanto su pasado que todavía no se atrevía a hablar de ello. Puede que nunca estuviera preparada para enfrentarlo en voz alta.

Por el momento, se centró en los niños. Los colmó de atenciones y les brindó su cariño sin esfuerzo. Adoraba a todos los niños, pero aquellos le inspiraban más ternura porque habían

perdido a su madre, igual que ella, aunque ellos no habían podido disfrutarla como lo había hecho ella.

—Davie, termínate el desayuno. Tengo que llevarle estas prendas a Trina y no puedo hacerlo hasta que hayáis acabado los dos.

Virginia se había negado a que Trina regresase a su puesto hasta que el bebé fuese mayor, así que le había asignado la tarea de remendar la ropa que estuviese en mal estado, que, al parecer, era bastante.

—Yo las llevaré —se ofreció Kenneth.

Los había observado desde la puerta, en silencio, sin atreverse a entrar para no romper aquel momento de complicidad entre sus hijos y a Virginia. Hubiese deseado quedarse anclado en el tiempo para poder ver a Virginia abrazar y besar a sus hijos por siempre.

—No es necesario, yo puedo…

—Insisto —la interrumpió—. No tenéis que ocuparos de todo cuando estoy en casa. Por desgracia, nunca es por mucho tiempo.

—Gracias. —Intentó ignorar la tristeza en las últimas palabras de Kenneth, aunque podía entenderla. El hombre se estaba perdiendo la infancia de sus hijos por culpa de la guerra.

Kenneth recogió la cesta con la ropa y se la llevó a Trina. La joven ya había alimentado a su hijo, así que aceptó con gusto la labor.

—Agradezco poder pasar tiempo con mi pequeño, pero soy muy inquieta y necesito hacer cosas —protestó, incluso con una sonrisa en los labios.

—No tengas prisa por perder de vista a tu hijo. Los niños crecen demasiado rápido —repuso él.

—Tienes razón. —Entendió por qué lo decía Kenneth y acarició la carita de su hijo dormido. Entonces, sin previo aviso, hizo una pregunta que el hombre no se esperaba—. ¿Crees que se la llevará con él?

—No lo sé. —No fingió no comprender a qué se refería—. Pronto terminará la tregua con los MacDougall y será peligroso para ella que descubran que es la sobrina de Neil. Llevársela a su hogar la pondría en una situación delicada.

—Podría dejarla aquí. Con nosotros.

—Le has cogido cariño.

—Le salvó la vida a mi Colin. Y a mí. —Sonrió—. Pero, aunque no lo hubiera hecho, la querría igual. Ginnie es maravillosa.

Estaba de acuerdo con ella, pero no lo admitiría delante de la que sentía que se había convertido en la mejor amiga de Virginia. Mejor guardarse su opinión para sí mismo.

—¿Sabías que Abi la llamó *mamaidh*[8] hace dos días? —Ante la sorpresa en el rostro de Kenneth, continuó—. Hacía mucho calor aquella tarde y David y ella jugaban en el lago. Ginnie los vigilaba mientras charlábamos. No hacía ni dos minutos que les había dicho

que tuviesen cuidado sin mirarlos siquiera. No sé cómo lo hace. Yo apenas puedo prestar atención a otra cosa si estoy atendiendo a Colin. El caso es que David resbaló y se hundió en el agua. Estaban en una parte del lago donde no cubría, pero Abi se asustó mucho y llamó a Ginnie llorando. Pero le dijo *mamaidh*. Ginnie ni siquiera se dio cuenta. Corrió hacia el agua y los sacó a los dos. Si hubieseis visto cómo los abrazaba. Ni su verdadera madre se hubiese preocupado menos por ellos. —Lo miró a los ojos—. Aunque los conoce de hace poco, los quiere mucho.

—Hasta donde yo sé, es algo mutuo. Aunque habría hecho lo mismo por cualquier otro niño. —No quería admitir que la historia lo había conmovido—. Una vez me dijo que tenía un don con ellos.

—Una cosa no quita a la otra —respondió—. Llorarán su ausencia.

Kenneth arrugó la frente tras esas palabras. ¿Trina sería consciente de lo que oírlas le provocaba a su conciencia? Sabía que los niños se habían encariñado con Virginia. Si hubiese tenido dudas, verlos dormir con ella habría sido suficiente para probarlo. Sus hijos confiaban en ella como no lo habían hecho nunca en los cinco años que los había cuidado Flora. Habían bastado solo cinco días para que sucediese.

—No está en mi mano decidir eso —le dijo antes de marcharse. No quería seguir hablando de aquello.

Salió del castillo, dispuesto a cabalgar un rato para despejar la mente, pero la llegada de Neil y sus hombres se lo impidió. Estaban desmontando cuando llegó al patio. ¿Los habría visto ya Virginia?

—Kenna.

Neil lo saludó eufórico. Nadie diría que acababa de recorrer cientos de millas sin apenas descansar. Se veía ansioso, eso sí. Pero también él lo estaría si hubiese descubierto que tenía una sobrina de la hermana que se había fugado años atrás con un inglés por amor.

—Neil. Me alegro de veros.

—¿Dónde está?

—La última vez que la vi, estaba en el salón con mis hijos.

—Bien.

Se giró hacia el castillo, pero no necesitó entrar para verla. En ese momento, salía con los niños agarrados a sus manos. Les sonreía con cariño, gesto que no pasó desapercibido a nadie. Cuando levantó la mirada y se encontró con ellos, se detuvo, incapaz de decidir si se acercaba o si huía al interior del edificio.

—¡Cielo santo! —exclamó Neil—. Sois igualita que vuestra madre.

En dos zancadas la alcanzó y la elevó en el aire en un fuerte abrazo.

CAPÍTULO ONCE



Tras la inicial conmoción por la llegada de Neil Campbell, Virginia se hizo cargo de todo para darles la bienvenida. Antes de que pudiesen llegar al salón y se acomodasen en la gran mesa que lo presidía, esta ya estaba llena de rica comida recién preparada. No hizo falta que esperasen para poder saciar su apetito. Pareciera que los sirvientes se adelantaban a sus deseos. Como si los cumpliesen incluso antes de saber ellos mismos lo que querían.

Neil sentó a su sobrina junto a él, pero no pudieron hablar mucho porque los interrumpían constantemente al pedirle instrucciones para todo, algo que Neil no obvió. Estaba claro que la habían aceptado como una más en la familia en el poco tiempo que llevaba allí.

A Neil le gustaba que fuese así porque deseaba que la muchacha se quedase en Escocia. Y, tal vez, eso convencería a su madre de que regresase. La habían perdido cuando tenía la misma edad que su sobrina y lo lamentaba cada día. Se culpaba por no

haber sabido evitarlo. Si hubiese descubierto las intenciones de aquel inglés antes, habría podido impedir que se llevase a su hermana. Ahora, con la hija en tierras del clan, tal vez podría hacerla volver.

—¿Cómo está vuestra madre? —le preguntó en uno de esos intervalos en que nadie se acercaba a ellos—. Es una lástima que no haya venido con vos.

—Está muerta. ¿No os lo han dicho?

—No. Solo me avisaron de que estabais aquí. —La decepción y el dolor por la pérdida asomaron a sus ojos—. Lamento oírlo. Creía que tal vez… Bueno, al menos, ahora os tengo a vos aquí. Un pedazo de ella para recordarla. Es más de lo que hubiera esperado hace una semana. Y vuestro parecido es tan asombroso que casi puedo verla a ella en vos. ¿Por qué habéis venido? ¿Os lo pidió ella antes de… antes de morir?

—Es una historia larga y complicada, tío. No sé ni por dónde empezar.

—Por donde se empiezan todas las historias, *nighean*. Por el principio.

—Mi padre era soldado, imagino que ya lo sabréis, y conoció a mi madre en una misión de exploración. Mi madre siempre me decía que había sido amor a primera vista. Ni siquiera se lo pensó cuando supo que mi padre debía regresar a Inglaterra, se fue con él. No creo que se arrepintiese, pero sí que se lamentaba haber tenido que

renunciar a su familia. Hubiera preferido conservaros a todos, aunque sabía que no era posible. Siempre me decía que elegir algo bueno, a veces, implicaba dejar atrás algo mejor. —Una dulce sonrisa le iluminó la cara. Pensar en su madre tenía ese efecto en ella—. Mi padre perdió una pierna en una batalla y tuvo que abandonar el ejército. Fueron tiempo difíciles. Estuvo a punto de morir, pero el amor de mi madre lo curó. Tuvo que ser eso, porque nadie creía que se recuperaría. Pero lo hizo.

»Entonces, mi madre comenzó a trabajar para una marquesa y mi padre montó una pequeña zapatería. Yo colaboraba como podía. A los ocho años me hice cargo de los hijos de las vecinas que trabajaban. Mi madre siempre decía que tenía un don con los niños. —Se encogió de hombros—. Logramos adaptarnos y sobrevivir. A pesar de todo, éramos felices. Por las noches, mi madre siempre nos contaba historias sobre su infancia en Escocia. Nunca os nombró, a ninguno. Creo que le partiría el corazón pronunciar vuestros nombres. Pero ella quería que amásemos nuestra herencia escocesa. Incluso nos enseñó gaélico, aunque nunca creyó que pudiese sernos útil. Nosotros nos lo tomamos como un juego y fue fácil aprenderlo.

—¿Vuestro padre también?

—¡Oh, no! Él desaparecía discretamente durante nuestras lecciones. Nunca obligó a mi madre a renunciar a esa parte de su vida, pero tampoco participaba en ella. Me refería a mi hermano y a mí.

—¿Tenéis un hermano? —Kenneth no pretendía mostrar su interés en la conversación, pero no pudo evitar preguntar.

—Sí. Se quedó con mi padre.

La entendió, aunque fue el único.

—Tal vez, algún día pueda venir él también —aventuró Neil, esperanzado.

—Lo dudo, tío. —Se le ensombreció la mirada—. No volveré a verlo. Él no vendrá y yo no puedo regresar a Inglaterra. En caso de que quisiera hacerlo.

Respetaron el silencio que siguió a aquellas palabras, pues sabían que estaba luchando contra el dolor que le causaban.

—Cuando murió mi madre, fue un duro golpe para todos —continuó con la historia en cuanto se sintió preparada para hablar sin llorar—. Sobre todo, porque tras ella se fue también el bebé. Si nos hubiese quedado aquella pequeña parte de ella… —Las lágrimas asomaban a sus ojos, rebeldes—. Claro que, tal vez, fue lo mejor. Mi padre no pudo soportar la pérdida y encontró en la bebida a su mejor aliada para intentar olvidar. Desatendía el negocio y las ventas bajaron tanto que el dinero no llegaba para nada. Yo, después de lo que había pasado con mi madre, le pedí a la partera que me enseñase el oficio. No ganaba mucho, pero, al menos, podía poner un plato de comida en la mesa.

Cerró los ojos un momento, sopesando sus próximas palabras. Ellos veían su lucha interna y esperaron en silencio a que continuara.

—Al final entré a trabajar en la casa de… en una casa. —No daría nombres—. Después de cinco meses, la dueña decidió traerme con ella a Escocia. Acabé en Dustaffnage, con los MacDougall. Conocía, a través de mi madre, su enemistad con los Campbell, así que cuando me informaron de que mi señora pretendía casarme con uno de ellos, me escapé. Dos veces. —Sonrió al fin.

—¿Dos veces?

—En la primera, no llegué muy lejos. Aunque parece que al jefe del clan le resultó bastante entretenido. En la segunda, vuestros hombres me rescataron. Y ahora estoy aquí.

—Ahora estáis aquí —repitió Neil—. Y yo estoy encantado de que así sea.

Sabían que les había ocultado parte de la historia, pero no trataron de sonsacarle nada más. Comprendían que la confianza no se ganaba con unos lazos familiares que hasta el momento no habían significado nada para ella. Salvo, quizá, una efímera unión con su madre. Ya habría tiempo para conocerse mejor. Y, cuando confiase en ellos, hablaría.

Los habían dejado tranquilos durante el relato porque comprendían que era importante, pero, en cuanto descubrieron que la conversación había concluido, las interrupciones comenzaron de nuevo. Virginia se encargó de todo como si llevase haciéndolo toda la vida. La mirada de Neil, mientras veía cómo su sobrina impartía órdenes, que eran inmediatamente obedecidas, fue muy reveladora.

—He de admitir que vuestra sobrina es muy eficiente —le dijo Kenneth como respuesta.

—Me alegra oír eso, Kenna, porque tengo una propuesta que haceros.



—Vuestro tío no puede llevaros con él. Es muy peligroso. Su propia familia ha sido trasladada por seguridad.

La había llamado cuando terminó de arropar a los niños. No solían acostarse después de comer, pero se habían alterado tanto por tener invitados que estaban agotados y se durmieron en cuanto los metió en la cama.

Ahora se encontraba frente a Kenneth, que había empezado a hablar en cuanto ella tomó asiento. Estaban en un pequeño cuarto donde trataba asuntos importantes con sus hombres. Y aquel lo era, aunque no entendía por qué se hacía cargo él, si concernía a su tío Neil.

—Entiendo. ¿Me llevarán con ellos, entonces?

—No es conveniente viajar ahora mismo. La guerra estallará pronto y no podemos prescindir de nadie.

—Entonces, ¿me quedo aquí? —Le disgustó sonar tan esperanzada, pero no pudo controlar el tono. Le había preocupado abandonar a los niños, ahora que se habían encariñado tanto con ella. Además, le gustaba la gente de aquel lugar. Al menos, la mayoría. Allí se había sentido segura y arropada. Si le hubiesen dado elección, habría pedido permanecer en Tarbert.

—Sí. Pero necesita saber que estaréis protegida.

—Comprendo. —Su tío pretendía casarla. Ni siquiera necesitó que Kenneth se lo dijera. Era obvio. Intentó aparentar calma, pero por dentro estaba aterrada. Una vez más, un hombre disponía de su vida sin contar con ella. Una vez más, el destino insistía en unirla a un hombre, aunque ella rechazase cualquier contacto con ellos—. ¿Ya ha elegido candidato?

Kenneth la observaba con atención. Cada reacción a sus palabras, cada gesto, por pequeño que fuera. Virginia intentaba mostrar indiferencia, pero notaba la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Estaba asustada. Si la voz no la hubiese delatado, los puños apretados contra la falda del vestido y los hombros rígidos habrían sido señales más que suficientes para saberlo.

Esa mañana se había trenzado el pelo, pero algunos mechones rebeldes se le escapaban, enmarcando su bello rostro. Cada día tenía más reflejos rojos, hasta el punto de que el castaño apenas se veía ya. Era como si haber viajado a la tierra de sus antepasados

maternos la estuviese volviendo más escocesa. Ridículo, pero no podía evitar pensarlo.

Era pequeña, apenas le llegaba al pecho, y parecía frágil. Sabía que no lo era, que bajo aquella débil apariencia se escondía una joven valiente. Pero en ese momento le parecía más vulnerable que nunca.

—Quiere que os desposéis conmigo —le contestó con voz firme.

—Y vos habéis aceptado —afirmó. Su tono le decía que estaba intentando asimilarlo, que no era lo que ella había esperado, aunque lo hubiese deducido en ese instante.

Tampoco él había pensado en casarse de nuevo. Mucho menos, si era un matrimonio obligado. Pero entendía por qué Neil lo había elegido a él. Sus hijos habían tenido un peso importante en la propuesta. Y la forma en que Virginia los trataba.

Pero, por lo poco que les había contado de su pasado, Virginia había huido de un matrimonio forzoso y ahora caería en otro. Y, aunque quería creer que esta vez sería diferente, no dejaba de ser lo mismo para ella. No tendría ni voz ni voto. Por eso, antes de aceptar, había pedido que le permitiesen hablar con ella a solas. Quería ver su reacción ante la noticia. Lo necesitaba. Aunque lo único que logró vislumbrar fue cómo apretaba más los puños y no supo cómo interpretarlo.

—Mi deber es hacer lo que mi *laird* me pida —eligió tan bien como pudo sus palabras para que la joven supiese que él tendría en

cuenta su opinión—. Pero si vos no queréis hacerlo, intentaré convencerlo para que cambie de idea.

—Si no es con vos, será con cualquier otro. —Encogió los hombros—. Mi tío no va a dejarme aquí sin la protección de un esposo. Y tampoco me puede llevar con él. Vos mismo acabáis de decirlo.

—No os obligaré a hacer nada que no queráis, Virginia. Vuestro tío me eligió por los niños. Por la relación tan buena que tenéis con ellos. Pero no os condenaré a ser una madre para ellos si no es lo que queréis. Tampoco aceptaré casarme con vos si os disgusta la idea.

Al ver que callaba, se arrodilló frente a ella. Alargó las manos para sujetar las suyas, pero se detuvo antes de tocarla. Estaba tan tensa que creyó que se rompería con su contacto.

—Puedo ofreceros un lugar al que, con el tiempo, podáis llamar hogar y mi palabra de que os honraré el resto de mis días. Si me aceptáis como esposo, os protegeré con mi propia vida. Jamás os haré daño.

La leve inclinación de cabeza le indicó que lo creía. Aun así se sentía como si la estuviese conduciendo al patíbulo. Quiso tocarla, pero Virginia se levantó para poner cierta distancia entre ellos.

Su cuerpo se relajó minutos después de un tenso silencio: había tomado una decisión.

—Habéis sido sincero conmigo, os debo eso, al menos —le dijo sin mirarlo—. Sé que no me haréis daño, pues sois un buen hombre. Pero tampoco podríais lastimarme, aunque lo intentaseis. Estoy rota por dentro, Kenna. En todos los sentidos en que una mujer puede estarlo. No soy tan inocente como suponéis mi tío y vos. No por decisión propia, por supuesto. —Se abrazó, buscando consuelo en aquel gesto—. He sido deshonrada y ultrajada más allá de lo que cualquiera podría soportar. Me casaré con vos, si es lo que queréis mi tío y vos, pero haríais bien en rechazarme. No merezco ese honor.

Se acercó a la puerta con premura y salió antes de que Kenneth pudiese detenerla, arrepentida de haber hablado. Debería haberlo rechazado, a él y a los que su tío le propusiese después. Debería haberles pedido que la llevasen a un convento. Habría sido lo mejor. Ningún hombre merecía una esposa incompleta e insensible como ella.

Pero Kenneth había sido tan bueno con ella desde aquella primera noche en que la rescataron que creyó necesaria una explicación. Se merecía saber la verdad, aunque ya no pudiese volver a mirarle a los ojos por la vergüenza.

Su tío estaba en el salón, pero no intentó detenerla. Había visto sus lágrimas. En cambio, entró en el cuarto como una exhalación.

—¿Qué ha sucedido? —No quería acusar a Kenneth, pero no pudo evitarlo.

Lo encontró sentado tras la mesa, con la mirada perdida. Parecía exhausto y, algo más que no lograba descifrar. Furioso, sí. Pero furioso ¿por qué?

—Supongo que ambos nos hemos sincerado.

Neil comprendió entonces que para Kenneth aquello tampoco resultaba fácil. Se sintió mal por habérselo pedido, pero tampoco tenía muchas más opciones.

—Sé que os pido demasiado, Kenna. Pero me habéis demostrado una lealtad extraordinaria. Sé que haréis lo imposible por mantenerla a salvo.

—Deberíais hablar con ella. No soy yo quien se ha negado.

—¿Acaso os ha rechazado? —Por el tono de voz diría que aquello le resultaba imposible de creer.

Era un hombre apuesto y fuerte. Muchas mujeres habían mostrado interés en él tras la muerte de su esposa. También la habían envidiado en vida. Neil había creído que Virginia aceptaría con gusto el matrimonio.

—Lo ha dejado en mis manos. Pero creo que deberíais hablar primero con ella, Neil.

—¿Por qué?

—Porque creo que algún maldito inglés se ha aprovechado de su inocencia. —No pudo reprimir la ira un segundo más—. Más todavía, estoy seguro de que su padre ni siquiera lo ha impedido.

CAPÍTULO DOCE



—Su nombre, Virginia.

Cinco minutos después de haber abandonado el despacho, se encontraba de nuevo allí. Esta vez, frente a su tío.

Kenneth no había tardado nada en contárselo. Aunque tampoco se lo podía reprochar. Ella misma se había condenado al usar aquella información para que la rechazase. No tenía derecho a sentirse desilusionada.

—¿Acaso importa ya? Lo hecho, hecho está.

—¡Por supuesto que importa, *damnadh*[9]! Por Dios, Virginia, un desalmado os ha arrebatado la inocencia y, por lo que he entendido, vuestro maldito padre no ha hecho nada para impedírselo.

—Estaba demasiado ocupado contando el dinero —murmuró con desprecio. No pretendía que la oyese, pero lo hizo. Debería haberse mordido la lengua, pero eso lo pensó más tarde.

—¡Os vendió!

La acusación no iba dirigida a ella, pero la hirió en lo más profundo. La rabia y la impotencia tanto tiempo retenidas explotaron en su interior.

—Mi padre amaba a mi madre más que a su propia vida —lo defendió, aún sin merecerlo—. Su muerte lo trastornó tanto que no pensaba con coherencia. No justifico lo que hizo, pues no tiene perdón, pero estoy segura de que no conocía las verdaderas intenciones del co… del hombre al que me vendió. Creía que me cuidaría y que me daría una vida que él jamás podría ofrecerme. Comprendo sus motivos, pero lo odio por haberme entregado a ese hombre. Si hubiese contado conmigo, si se hubiese apoyado en mí, habríamos salido adelante. Pero no lo hizo. Prefirió venderme pensando que estaría bien. El día que aquel hombre me mostró lo que haría conmigo a partir de entonces, mi padre dejó de existir para mí. Jamás lo perdonaré. Pero eso es algo entre él y yo.

—Quiero el nombre, Virginia.

—No, tío. Llevo intentando olvidar aquellos horribles cinco meses desde que llegué a Escocia. —La liberación de la rabia dio paso a las lágrimas—. Hablar de eso no me ayudará.

—Virginia.

—No. —Su mirada parecía perdida en algún lugar en donde su tío no podía alcanzarla—. Conozco a mi padre. Cuando comprenda lo que ha hecho, la culpa lo corroerá por dentro hasta el día de su muerte. Se merece ese sufrimiento. Y en cuanto al otro, estoy

segura de que recibirá también su castigo algún día. Quien las hace, las paga. Así es la vida.

—El castigo llegará de mi mano —rugió—. Dadme el nombre.

—Dejadlo estar, tío. Si todavía queréis casarme, deberíais advertirles primero de mi… condición. Tendrán que aceptarme tal y como estoy. Rota. De otra forma, no me casaré.

—Kenna ya ha dicho que os acepta, pero insistió en que hablase antes con vos. Sospechaba algo, pero esto es más de lo que podría digerirse. Virginia…

—Sea así, pues —lo interrumpió—. Me casaré con Kenna.

A pesar de que su secreto había salido a la luz, sintió alivio al saber que no la había rechazado. No se había equivocado con él, tenía un gran corazón. Solo esperaba poder hacerle la vida más fácil, aunque no sabía cómo lograrlo, después de todo lo que le había pasado. Le resultaría imposible mirarlo a la cara.

—No creáis que esto ha terminado, *cailleag*[10]. Cuando se calmen las cosas un poco, hablaremos de nuevo. No permitiré que vuestro agravio quede impune.

—Poco podréis hacer, me temo.

—Eso ya lo veremos.

Los siguientes dos días se guardaron en la mente de Virginia como una mancha borrosa. Había sido consciente de haber ayudado a organizar su propia boda, pero, más allá de eso, no estaba segura de nada. Ni siquiera recordaba haber elegido el vestido. Aunque era probable que no hubiese otras opciones.

—No creo que sea adecuado usar el vestido de la esposa de Kenna —le dijo a Trina mientras esta se lo ajustaba, como había hecho con todos los demás—. Es una idea desagradable. Sobre todo para él.

—Por eso te he prestado el mío, Ginnie. —Trina le sonrió—. ¿No te acuerdas?

—¿Qué? —Se sonrojó—. Debo admitir que no recuerdo gran cosa de lo que ha sucedido en estos últimos días.

—Es comprensible. Tienes que estar muy emocionada. Nadie ha conseguido llevar de nuevo al altar a Kenna hasta que llegaste tú. Y muchas lo han intentado, créeme.

—No es por eso.

—¡Oh! —Malinterpretó sus palabras—. Bueno, la primera vez duele un poco, pero después es bastante placentero.

—Tampoco es por eso.

Lo era, en realidad, pero no de la manera en que sospechaba Trina. Para bien o para mal, sabía perfectamente lo que pasaría después de la boda. El problema era que eso la asustaba muchísimo. No quería odiar a Kenneth cuando la tocase, pero tampoco podía desatender sus obligaciones como esposa. Y eso le creaba un conflicto interno que no sabía cómo resolver. Le hubiera gustado tener alguien a quien contárselo, pero no quería su compasión. Y eso era lo que encontraría si contaba la verdad. O furia, como había sucedido con su tío.

Todavía no sabía lo que pensaba Kenneth de lo que le había dicho a su tío porque no lo había vuelto a ver desde que supo que se casarían. Que la estuviese evitando era algo en lo que no quería pensar. Aunque tampoco ella se sentía con fuerzas para enfrentarlo.

—¿Entonces?

—Es complicado, Trina. —Lo desechó con un gesto de la cabeza.

—Esto ya está —cambió de tema para respetar su silencio—. Mañana volveré a probártelo para asegurarme de que está todo bien.

—Puedo arreglarlo yo, si quieres.

—Nada de eso. Ya te estás encargando de demasiadas cosas. Además, es tu día, deberías disfrutarlo. —La abrazó con fuerza, para hacerle saber que podía contar con ella, y después la dejó sola.

Se habían hecho grandes amigas en muy poco tiempo. No solo por el hecho de que Virginia le hubiese salvado la vida, sino porque tenían muchas cosas en común. Virginia encontró en Trina un gran apoyo y una compañera con la que compartir sus inquietudes e ilusiones. Al menos, las que podía contarle sin que la vergüenza la abrumase.

En Inglaterra, había tenido alguna amiga íntima cuando era pequeña, pero su situación familiar, tras la herida de su padre, no le dejó mucho tiempo para conservarlas. Estaba demasiado ocupada cuidando niños. Nunca había sentido aquella falta hasta conocer a Trina. ¡Qué distintas habrían sido las cosas si hubiese podido contar con amigas como ella!



A pesar del miedo a encontrarse con Kenneth, no soportaba permanecer más tiempo encerrada en la alcoba, así que bajó las escaleras de piedra con rapidez y salió al patio. Cerró los ojos cuando el sol la cegó, pero agradeció el calor en los huesos.

—Buenos días, Virginia.

La voz de Kenneth la sobresaltó. Tardó un instante en abrir los ojos; antes de enfrentarlo, necesitaba reunir valor. Su tío le habría

contado la verdad y, quizá por eso, la había estado evitando tanto como ella lo había hecho con él.

—Buenos días, Kenna. —Trató de ocultar la vergüenza tras una sonrisa.

Se miraron en silencio hasta el punto de volverlo incómodo, pero ninguno sabía qué decir.

—Empezaba a creer que no os vería hasta la boda. —No era la mejor manera de empezar, pero, al menos, Kenneth lo había intentado.

—Supongo que ambos estábamos demasiado ocupados con los preparativos.

El hombre se maldijo por haber sacado el tema. Lo que menos necesitaba ella era recordar un matrimonio que no deseaba. Y, ahora que sabía lo que le había sucedido, podía entender mejor por qué rechazaba cualquier contacto y cualquier unión con un hombre. Cada vez que pensaba en ello se enfurecía. En una ocasión, ella había dicho que un padre debería proteger a sus hijos, pero él no le había dado la importancia que merecía hasta descubrir esa parte de su pasado.

—¿Damos un paseo?

No esperaba que ella aceptase, pues lo había evitado desde que mantuvieron aquella conversación. Le resultaría difícil estar con él, ahora que conocía su más oscuro secreto. Él, en cambio, lo único

que quería era encontrarse cara a cara con el padre de Virginia para hacerle pagar por lo que le había hecho a su hija.

—Pensaba ir hasta el lago. —Asintió.

Caminaron uno al lado del otro, sin llegar a tocarse. Saludaban a aquellos que se cruzaban en su camino y agradecían las felicitaciones como si fuesen una pareja enamorada. Nadie conocía la verdadera historia de Virginia y ninguno de ellos se la revelaría.

Cuando decidieron detenerse, estaban solos. Kenneth extendió la capa en el suelo para que Virginia pudiese sentarse en ella. Él permaneció de pie, temeroso de que cualquier aproximación la asustase. Podía notar cuán tensa estaba.

—¿No estáis cansado? —sugirió ella—. El paseo ha sido largo.

Habían bordeado gran parte del lago, incapaces de detenerse. Puede que buscasen, de forma inconsciente, un lugar más íntimo para hablar. Porque, con cada paso, eran más conscientes de que debían mantener esa conversación antes de la boda.

—Gracias —le dijo él, sentándose a su lado.

—¿Por qué?

—Supongo que por todo. —No lo había pensado al pronunciar la palabra—. Desde vuestra llegada, habéis hecho mucho por mi gente sin que os lo pidiera y ni siquiera os lo he agradecido como corresponde.

—Me sentía útil —le restó importancia—. Además, ahora también será mi gente… supongo.

—Por supuesto que sí, Ginnie.

Era la primera vez que usaba el diminutivo que todos habían adoptado hacía tiempo. Siempre le había parecido demasiado íntimo. Pero ahora sería su esposa.

—¿Deseáis esta boda? —Kenneth no pudo evitar la pregunta, aunque no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—¿La deseáis vos?

—Yo he preguntado primero. —Le sonrió para animarla a responder.

—Cierto. —Que le devolviese el gesto lo alivió. Tal vez no desease casarse, pero no parecía molesta por tener que serlo. Era un comienzo.

—Supongo que os prefiero a vos antes que a cualquier otro. —Se sonrojó—. No sé si eso responde a vuestra pregunta.

—Lo hace. —Apoyó una mano sobre la de ella, pero la retiró rápido al notar la rigidez de la joven—. Y respondiendo a la vuestra, aunque no tenía intención de casarme, tampoco me desagrada la idea de que sea con vos.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que será suficiente.

—Ginnie. —Tomó su pequeña mano entre las suyas ignorando la resistencia que apareció en ella—. Imagino por lo que habéis pasado y quiero que sepáis que no os obligaré a hacer nada que no queráis.

—No creo que nadie pueda entender nunca por lo que he pasado —suspiró con pesadez—. Tampoco importa, es una carga que debo llevar sola. En cuanto a mis deberes como esposa, intentaré satisfacerlos todos. Aunque eso me cueste la vida. No temáis por…

—Jamás —la interrumpió—. Lo decía en serio, Ginnie. No os haré daño ni permitiré que nadie os lastime de nuevo. Os protegeré con mi vida.

Mientras hablaba, le había rodeado los hombros con un brazo para hacerle ver que estaba a salvo con él. En ese instante, lo único que le importaba era que ella comprendiese que no debía temerlo.

Después de un momento de tensión, Virginia cedió y se dejó abrazar. Luego, lo rodeó con sus pequeños brazos y lo sintió como un triunfo. Podrían con todo si se apoyaban el uno al otro.

—Confiad en mí —le susurró antes de dejar un beso en su pelo. Olía a rosas.

—Lo intentaré. —Tenía la cara oculta en su pecho—. Pero tenedme paciencia.

—Lo intentaré —la imitó. No porque le resultase difícil hacer lo que le pedía, sino porque quería romper la barrera que había entre ellos. Su risa le indicó que lo había logrado.

Se separaron, después de un rato, pero sus brazos todavía se rozaban. Un paso más en su inevitable relación.

—Deberíamos regresar —propuso Virginia—. Todavía no he hablado con Lorna esta mañana. Tengo que…

—Lorna nos ha visto salir —la interrumpió—. Estoy seguro de que se podrá arreglar sin vos por unas horas.

—Mi tío… —insistió una vez más.

—Vuestro tío sabrá disculparnos. Se está tan bien aquí. Preferiría no regresar todavía. ¿Me acompañaréis, Ginnie?

Virginia comprendió por qué lo decía. Se iban a casar y apenas sabían nada el uno del otro. Aquel era el primer momento a solas que tenían y, en vista de que pronto atacarían a los MacDougall, quizá sería uno de los últimos, así que cedió a su súplica encubierta.

—¿Siempre habéis vivido aquí? Perdón, pregunta estúpida —se corrigió al momento—. Acabo de recordar que, hasta hace poco, Tarbert estaba en manos inglesas.

—Sí. Lo recuperamos hace apenas dos años. Me asignaron su cuidado y la vigilancia de los MacDougall. —Guardó silencio unos segundos antes de hablar de nuevo—. Antes de que los MacDougall se apropiasen de Innis Chonnel, vivía allí. Mi padre formaba parte de la guardia de vuestro abuelo, así como yo lo hago ahora de la de vuestro tío. Conocía a vuestra madre.

—¿En serio? Bueno, no debería extrañarme, pero me resulta increíble pensar que una vez habló con las mismas personas con las que hablo yo ahora. —Dejó ir un suspiro soñador—. ¿Cómo era?

—Era una joven muy hermosa. Os parecéis a ella. —Aquel comentario le arrancó un sonrojo—. Era varios años mayor que yo. A esas edades, la diferencia parecía incluso más grande, pero vuestra madre siempre era amable conmigo y me hablaba como si fuese alguien importante para ella. En realidad, lo hacía con todo el mundo. Vuestro abuelo la adoraba. Muchos lo hacían.

—Cuando me miraba, era como si fuese la única persona en este mundo para ella —admitió—. Y su sonrisa era maravillosa. Lo mejor del día. No creo haberla visto nunca enfadada.

—Yo tampoco. Pero claro, para mí era distinto. Yo la idolatraba.

—¿Os gustaba mi madre?

—Como le puede gustar a un niño una joven mayor que siempre tiene una palabra agradable para él.

—No cambió mucho, entonces. —La sombra de su pérdida empañó sus ojos.

—Si queréis os cuento cosas sobre ella. —Necesitaba alejar esa pena de ella—. Estoy seguro de que muchas no os las habrá contado.

Así pasaron la mañana, entre historias compartidas de su madre y otras más personales de ambos. Comieron los panecillos que había comprado Kenneth en el pueblo antes de encontrarse con ella junto al castillo y continuaron hablando. Se sentían cómodos y relajados. Y se olvidaron de sus responsabilidades, por un momento, para poder conocerse mejor.

Kenneth la observaba mientras ella le contaba más aventuras de su travieso hermano. Se le había soltado un mechón de pelo y le rozaba la mejilla al mecerse con el viento. Extendió la mano para colocárselo detrás de la oreja, sin percatarse de lo que estaba haciendo. Hasta que le rozó la mejilla con los nudillos y sintió cómo Virginia se tensaba.

—Lo siento. —Retiró la mano con rapidez.

—No pasa nada.

Pero la magia del momento ya se había roto. Una nueva barrera se levantaba sobre ellos. Una que se había forjado hacía meses atrás. No podía ni imaginar lo que había supuesto para ella perder la inocencia con un bruto que seguramente ni habría intentado prepararla para ello. La rabia y la impotencia lo invadieron.

—Será mejor que regresemos. —La ayudó a levantarse—. Me temo que ya hemos desatendido demasiado a nuestros invitados.

—Yo…

—No es culpa vuestra, Ginnie. Yo insistí, ¿recordáis?

Le rozó de nuevo la mejilla, sin poder evitarlo, en un gesto de cariño. Esta vez, no hubo rechazo. Forzando la situación, le rodeó la nuca con los dedos y la atrajo hacia sí. Sus labios apenas se tocaban y esperó. Virginia no se movió, pero su rostro se tiñó de un vivo escarlata. Y la besó por segunda vez.

Había deseado hacerlo desde que la encontró esa mañana en el patio. Había pasado dos días sin verla y tenerla delante le hizo

recordar lo que sintió con aquel primer beso.

Ahora que sabía por lo que había pasado, empleó toda la dulzura que pudo reunir y mantuvo un férreo control sobre él. Presionó sus labios con calma, casi apenas un roce para no abrumarla. Quería demostrarle que el contacto físico no tenía por qué doler.

Ahora que se iban a casar, quería que el matrimonio funcionase en todos los sentidos, pero sabría esperar lo que hiciese falta hasta que se sintiese cómoda a su lado. Le daría pequeñas muestras como aquella de lo que podía conseguir si se lo permitía y dejaría que ella decidiese cuándo estaba lista.

Virginia permanecía inmóvil entre sus brazos, pero respondía de una forma tímida y, a la vez tan experta, que lo volvía loco. Quería profundizar en el beso, poseerla a través de los labios, pero se contuvo.

—Kenna —rogó, sin saber bien qué.

Él la apretó más y esperó. Por un momento creyó sentir cómo se rendía, pero fue solo una ilusión. En realidad, intentaba detenerlo. Se separó de ella y pudo ver el miedo en sus dulces ojos verdes.

—No debéis temerme, *breagha*.

—Soy yo la que no funciona, Kenna. —Parecía perdida—. Cinco meses son demasiado tiempo para que no me afecte de algún modo.

—¿Qué? —Le llevó un momento procesar lo que acababa de decir—. ¿Cinco meses? ¿Estáis diciendo que ese hombre se aprovechó de vos durante cinco meses sin que vuestro padre lo impidiese?

—Creía que mi tío os lo había contado.

—Lo único que me dijo es que habíais aceptado ser mi esposa.

La comprensión tiñó de vergüenza el rostro de Virginia y huyó de Kenneth lo más rápido que pudo.

CAPÍTULO TRECE



—Estás hermosa, Ginnie.

Trina le sonreía, emocionada. La aprobación brillaba en sus ojos. Tras los últimos retoques, el vestido le sentaba como un guante. No había sido así cuando se lo probó la primera vez, pues su amiga tenía curvas más pronunciadas que ella y le sobraba tela por todas partes.

—He de admitir que estoy un poco celosa —dijo sin abandonar la sonrisa—. Te sienta mejor que a mí, ahora que lo hemos arreglado.

—Podías haberlo dejado más holgado —protestó, al sentir cómo se ajustaba a sus caderas y cómo le realzaba el pecho. No entendía cómo lo había logrado, pues parecía más pleno de lo que era en realidad.

—Está perfecto. Un vestido de novia debe despertar lujuria en el esposo. Ya sabes que el matrimonio no será válido hasta después de la noche de bodas.

—No es necesario que me lo recuerdes. —El rostro de Virginia se tiñó de rojo, lo que provocó la risa de su amiga.

—No temas, estoy segura de que Kenna será un amante complaciente.

No era eso lo que le preocupaba, pero no quería que Trina supiese la verdad, de modo que le permitió creer que todavía era doncella. Confiaba en ella y se lo habría contado si no se avergonzase de la humillación que había sufrido. Prefería que nadie más lo supiese.

—Eso si logra sacarme el vestido —dijo mientras tiraba de él—. Casi no puedo respirar.

—No exageres. —Rio de nuevo su amiga—. Estás preciosa.

—Preciosa pero asfixiada. —Se permitió bromear con ella. Por un momento, había logrado contagiarle la emoción.

Bueno, era el día de su boda. No sería cómo ella había imaginado tantas veces de pequeña, pero sí mejor de lo que cabría esperar, dadas las circunstancias. Al menos, el hombre que habían elegido para ella la entendía y la respetaría. Se lo había prometido y confiaba en él.

—¿Vamos? —la animó Trina.

—Vamos.

Cuando entró en la pequeña iglesia, Kenneth ya la estaba esperando en el altar. Su tío la acompañaba, pero, en cuanto se encontró con los ojos de su futuro esposo, ya no fue consciente de

nada más. Siempre había creído que se casaría por amor, era la ventaja de ser pobre. Pero debía admitir que Kenneth no era tan mala opción. Incluso se aventuró a pensar que, en otras circunstancias, lo habría elegido ella misma. «En otras circunstancias, ni siquiera lo habrías conocido», se dijo.

—Estáis preciosa, *nighinn*[11] —había dicho su tío cuando se reunió con él frente al edificio—. Kenna es un hombre afortunado.

«En otras circunstancias», pensó de nuevo.

La mirada del novio sobre ella le impidió vacilar. Colocó la mano sobre la de su tío y caminó con decisión hasta el altar. Solo cuando Kenneth ocupó el lugar de Neil, se permitió un momento de temor.

—Estaré contigo todo el tiempo, *breagha* —le susurró él.

La intimidad del gesto le devolvió el suficiente valor para no claudicar. Él le sujetó la mano durante toda la ceremonia como si quisiera transmitirle su fuerza y su presencia. Y lo logró, desde luego. Contra todo pronóstico, la ceremonia se le antojó corta. De hecho, le parecía que todo iba demasiado deprisa. A medida que avanzaba el tiempo, se le nubló la vista y empezó a temblar de forma sutil. Se habría desmayado si no sintiese la mano de Kenneth sobre la suya.

Apenas recordaba haber pronunciado los votos, pero le constaba que había sucedido porque, poco después, Kenneth le levantó el velo y la besó con dulzura. Ya estaban casados.

El banquete y la celebración posteriores permanecieron en su memoria como una bruma que lo emborronaba todo. Recordaba haber hablado con mucha gente, incluso algunos a los que todavía no conocía. La vergüenza sería grande cuando no pudiese reconocerlos al día siguiente. Sin embargo, había participado en las bromas propias de las bodas. El alcohol había ayudado a relajarla. Debía de haber comido algo porque su estómago no protestó en ningún momento.

No era así como esperaba que fuese su boda. Se había imaginado a sí misma pletórica de felicidad, rodeada de su familia y amigos, disfrutando del amor que su esposo le inspiraba. En cambio, estaba rodeada de familiares a los que había visto ese día por primera vez y se había casado con un hombre del que apenas sabía nada. Todo le parecía un sueño. Un sueño vago y difuso.

—No tenemos por qué quedarnos más tiempo si no quieres, *mo bhean*[12]. —Kenneth se había inclinado para susurrarle aquellas palabras y la expresión de cariño con que las acompañó le provocó un escalofrío. Por primera vez en toda la noche logró enfocar su atención en algo: en él.

—Yo creía… —dejó la frase sin terminar porque no sabía qué decir. No sabía qué esperar de aquel día.

—Has estado magnífica, Ginnie. —Le apretó la mano con firmeza—. Más de lo que cabría esperar. No tienes que demostrar nada más.

—¿Lo he estado? —Se sonrojó—. Si soy sincera, apenas recuerdo nada.

—Pues entonces has sido todavía más increíble. —Le guiñó un ojo antes de deleitarla con una enorme sonrisa.

«Podría acostumbrarme a esto», pensó. Porque Kenneth era, sin duda, uno de los hombres más amables y pacientes que había conocido. Sabía que con él estaría a salvo y eso le daba una confianza que no había sentido con ningún otro hombre después de pasar cinco meses en manos de lord Ackerman. Sin embargo, no estaba preparada para lo que vendría a continuación, por más tentadora que le resultase la oferta de huir de aquel lugar atestado de gente.

—O podemos quedarnos otro poco si lo prefieres —sugirió Kenneth después de ver el miedo en sus ojos.

No podía culparla. Descubrir que había sufrido a manos de algún desalmado durante tanto tiempo lo había desarmado por completo. Ahora comprendía por qué rechazaba cualquier tipo de contacto y por qué había evitado hablar de su pasado. Ni siquiera era capaz de imaginarse todo lo que había sufrido. Pero una cosa le había quedado clara cuando Virginia huyó del lago: deseaba vengarla, ofrecerle la cabeza de aquel hombre como compensación por el dolor que le había causado.

—Si estáis seguro de que nadie se molestará. —Se encogió de hombros.

De nuevo le dejaba a él la elección. Y la habría tomado en brazos para alejarla de todos, no por solo esa noche, si pudiese obviar sus responsabilidades. Deseaba consolarla por encima de todo, desde el primer momento en que había visto la mirada triste en sus ojos. Le inspiraba una ternura inusual en él. Un instinto de protección más allá de todo raciocinio.

Cuando Neil le había propuesto desposarla, tuvo que admitir que la idea le resultó interesante. Siempre había dicho que no se casaría de nuevo, pero hacerlo con Virginia no le disgustaba tanto como cabría esperar de alguien que renegaba del matrimonio. Quizá fuese porque, si aceptaba, podría cuidar de ella como creía que necesitaba hacer. Pero su instinto lo impelió a hablarle en primer lugar. Sabía que ocultaba algo de su pasado que la hacía desconfiar de los hombres, aunque nunca imaginó que sería tan oscuro. Y ahora estaban casados, podía cumplir la promesa que le había hecho de protegerla, pero aquella barrera continuaba ahí, separándolos.

Quería romperla. Quería formar una familia con Virginia y sus hijos. Una de verdad, en todos los sentidos. Quería hacer feliz a la joven de la mirada triste que había rescatado de las garras de los MacDougall. Sabía que lo lograría si ella le daba una oportunidad.

—Esperaremos un poco —contestó él. Pretendía ahorrarle el bochorno de la tradición escocesa de los recién casados. Esa en la que los invitados esperaban en la puerta de la alcoba, como testigos silenciosos, hasta que los novios consumasen el matrimonio. Sabía

que esa noche no pasaría nada entre ellos. Puede que, quizá, en mucho más tiempo.

El corazón de Virginia se aceleró al mirar la cama. Había agradecido salir del salón, pero no había pensado en las consecuencias. Solo había pretendido alejarse de todos, pero ahora se arrepentía.

La ceremonia había salido bastante bien; el banquete había sido un poco más abrumador, pero creía que lo había superado con bastante entereza; incluso había participado en el baile; pero el problema que se le presentaba en ese momento superaba con creces a cualquier otro.

No era el miedo innato de las doncellas en su noche de bodas. Ella sabía lo que pasaría. Lo recordaba demasiado bien. Lo que le había hecho Corvin no tenía nada de romántico ni de conmovedor. Había abusado de ella de todas las formas posibles. La había obligado a acatar cosas que aborrecía, que le habían provocado pesadillas cuando se quedaba sola. Había sufrido tanto con aquel contacto íntimo que no estaba segura de que pudiese acostarse con

Kenneth sin sentir repulsión. Incluso si era gentil con ella, como cuando la había besado, el instinto le gritaría que lo alejase.

—No estoy segura de que…

—Tomemos una copa —la interrumpió. Había visto la lucha interna a través de sus ojos y quería que se relajase—. No tenemos que hacer nada esta noche si no quieres, *mo bhean*. Podemos simplemente hablar.

Se había incluido en la afirmación para que comprendiese que no estaba sola. Puede que los invitados esperasen que consumaran el matrimonio esa noche, pero no tenían por qué hacerlo. Nadie les pediría una prueba. Él no lo permitiría.

La vio beber con avidez y decidió no servirle más vino. Intuía que pretendía embriagarse para que le resultase más fácil. No era eso lo que buscaba aquella noche. No la obligaría a hacer nada que no quisiera.

Si su único miedo fuese su inocencia, la habría acallado con pasión. Pero lo que sentía era más profundo y peligroso que cualquier otra emoción. La habían lastimado, más de lo que podía imaginar, y sentía la necesidad de reparar el daño. Le llevase el tiempo que le llevase.

—Habladme de vuestra esposa, Kenna.

La formalidad de sus palabras lo hirieron más de lo que le gustaría reconocer. Se prometió que rompería aquella barrera aunque le supusiese desnudar su alma. Era su esposa ahora, no

tendría secretos con ella. Tal vez, conocer su historia la animase a contarle la suya.

—Nos conocíamos desde pequeños. No recuerdo un solo día en mi vida que ella no estuviese presente —comenzó—. Era una mocosa que me seguía a todos lados, tan insufrible. Teníamos la misma edad, pero yo siempre me creía mayor, más maduro.

—Mi madre también era mayor que vos —le recordó.

—Seguramente tu madre pensase de mí lo mismo que yo de Kirsty. —Sonrió.

—Nunca habíais dicho su nombre hasta ahora.

—No suelo hablar mucho de ella.

—Lo siento. No quería despertar recuerdos que tal vez deseáis olvidar.

—No importa, *breagha*. Si queremos que funcione, no debe haber secretos entre nosotros. Te diré todo lo que desees saber y espero que, tal vez, me puedas corresponder algún día. —La miró a los ojos un instante—. Cuando te veas capaz de hacerlo.

—Imagino que la amabais mucho, si os cuesta tanto hablar de ella.

—Cuando nos casamos, creía que la amaba. Pero, con el paso de los años, al mirar atrás, siento que, tal vez, acabé con ella para compensarla por todo el daño que le causé cuando no era más que un niño atolondrado que se creía demasiado mayor para hacerle caso. Kirsty suspiraba por mí desde siempre y yo lo empecé a hacer

por tu madre a los nueve. —La sorpresa en el rostro de Virginia lo hizo sonreír—. Como te dije, siempre fue muy atenta conmigo. Lo era con todos, pero por aquel entonces, yo no lo veía así. Creía que le gustaba, pero que se mantenía a distancia por Kirsty. Bueno, todos decían que acabaríamos casados porque nos habían visto juntos siempre, así que me parecía factible que tu madre no quisiera estar en medio. Pero a mí me gustaba ella, y empecé a tratar muy mal a Kirsty para que se alejase. Fui muy cruel, demasiado. Aun así, permaneció a mi lado. Y cuanto más insistía ella, peor lo hacía yo. Cuando tu madre se fugó con tu padre un año más tarde, me destrozó el corazón.

—¿Y Kirsty?

—Ella estuvo ahí para mí. Puede que solo tuviese diez años, pero fue muy tierna conmigo y me consoló como nadie más lo hizo nunca. Ella me amaba y yo me convencí de que la correspondía. Con veinte años, nos casamos. Y unos meses después, los MacDougall nos arrebataron Innis Chonnel. —Arrugó la frente—. Descubrimos que estaba embarazada cuando todavía no teníamos ni un lugar en el que vivir. Fueron tiempos difíciles para todos. Yo hice lo imposible para cuidar de ella y del bebé. Que luego resultaron ser dos. —Sonrió al pensar en sus hijos—. Volviendo la vista atrás, sé que aquello no era amor, sino devoción mezclada con gratitud por haber permanecido a mi lado sin rendirse, a pesar del daño que yo le causé.

—¿Cómo murió? —susurró la pregunta, pues dudaba de si debía hacerla.

—El parto fue largo y difícil. Nunca se recuperó del todo. Quedó tan débil que se cansaba con facilidad y apenas tenía fuerzas para salir de la cama. Aguantó un año, antes de… —suspiró, incapaz de terminar la frase.

—Todavía os duele. Yo creo que sí que la amabais.

—Es fácil idolatrar un recuerdo —respondió—. Nuestro matrimonio duró apenas dos años y uno de ellos lo pasó enferma. La cuidé lo mejor que supe, pero no sirvió de nada. Ni siquiera pude velarla como debería porque el rey inició la campaña de guerrillas contra los ingleses y tuve que luchar por él.

De repente, el silencio se volvió pesado, como una barrera más entre ellos. Algo que Kenneth no quería, así que se aventuró a preguntar lo que quería saber, incluso si sabía que Virginia se negaría a responder.

—¿Me contarías tu historia ahora?

—Yo…

—Sé que es difícil para ti…

—Esa no es la palabra que yo usaría —gimió.

—Explícamelo. Quiero entenderlo. Por favor —añadió esto último al ver el rechazo en sus ojos.

—No quiero hablar de eso. Si lo hago, lo recordaré. Y no puedo.

—Si no lo haces, no podrás superarlo.

—¿Quién podría olvidar algo así?

El terror inundó sus ojos y Kenneth se sintió abrumado por ese sentimiento. La tomó de las manos con suavidad pero con firmeza. No quería que rompiese el contacto. Estaban sentados sobre un arcón, uno junto al otro. Podía sentir el calor que emanaba su cuerpo, pero evitó acercarse más. Ya habría tiempo para eso más adelante.

—No digo que lo vayas a olvidar, Ginnie. Pero necesitas curar las heridas y hablar de ello te ayudará.

Se hizo un silencio denso, expectante. Kenneth podía ver la lucha interna de Virginia y aguardó, sin presionarla más, a que tomase una decisión. Si no se lo contaba esa noche, entonces, seguiría insistiendo cada día hasta romper aquella barrera que los separaba. Era la única forma de que el matrimonio funcionase.

—Mi padre me evitaba después de la muerte de mi madre —comenzó ella—, como si mirarme a la cara le resultase difícil. Si tenía que decirme algo, lo hacía con la vista en otra parte. Aunque, la verdad es que fueron escasas las veces que se dirigió a mí. Una tarde, me dijo que tenía que ir con él a un sitio. Me emocioné porque fue la primera vez que buscó mis ojos y que me sonrió en un año. Creía que estaba superando el luto y que todo mejoraría a partir de entonces. —Detuvo la narración para inspirar profundo y Kenneth supo que venía la parte difícil—. Cuando llegamos a aquella casa, pensé que me había conseguido un trabajo como doncella,

pero me dijo que sería la dueña y di por hecho que había hecho un trato para casarme con alguien importante. Me pareció raro porque no tenía dote, pero no dije nada. —Cerró los ojos por un instante—. Me advirtió que, pasase lo que pasase, no podría volver nunca más a casa y después se fue, dejándome allí sola. Mientras esperaba al… hombre que me había comprado, me convencí de que, tal vez, mi padre tuviese razón. De que no sería tan malo ser la amante de alguien rico y poderoso. La casita era tan acogedora y nosotros habíamos tenido tantas carencias aquel año.

»Me convencí de que mi sacrificio haría la vida más fácil a mi familia. Incluso fantaseé con la posibilidad de que el hombre me quisiese y me protegiese como no lo había hecho mi padre. —Kenneth le apretó las manos al oír su lamento. Se las había tomado la primera vez que la vio vacilar y ya no se las soltaría hasta que ella se lo pidiese—. ¡Qué tonta fui, Kenna! Aquel hombre era un monstruo.

CAPÍTULO CATORCE

Para cuando Virginia terminó de relatarle lo que aquel desalmado le había hecho, lo único que deseaba era saber su nombre para acabar con su miserable vida, pero sabía que ella no lo delataría. Si fuese a hacerlo, su tío ya habría tomado cartas en el asunto y le constaba que no era así.

—Ayudadme con el vestido —pidió ella con voz temblorosa. Él no entendía qué se proponía hacer, pero obedeció—. Ni siquiera Trina lo ha visto mientras me arreglaba el vestido. No… no se lo contéis a mi tío, por favor.

Kenneth estaba a punto de preguntar a qué se refería, cuando Virginia apartó la camisa interior y las cicatrices aparecieron frente a él. Por un momento, no se movió, no dijo nada; solo podía observar las marcas que cruzaban su espalda.

—¿Quién te hizo eso, Virginia? —dijo con voz ronca—. Quiero su nombre.

—Os las he enseñado porque decís que no debe haber secretos entre nosotros —susurró ella, todavía sin moverse—. No quiero venganza, solo dejarlo atrás y avanzar.

Kenneth pretendía insistir, en cambio, estiró la mano y rozó con suavidad una de las huellas más pronunciadas. Notó los músculos tensos de Virginia y, aun así, no se detuvo. Paseó el dedo por ella como si pudiese borrarla y, luego, se inclinó y la besó. No buscaba nada con aquel gesto, salvo hacerle ver que lo lamentaba, pero, una vez empezó, ya no pudo parar. Posó los labios en cada una de ellas con delicadeza.

—Ojalá habernos conocido antes, Ginnie —susurró entre beso y beso—. Para poder evitarte todo este sufrimiento.

Puso las manos en los hombros de la joven y la giró para tenerla de frente. Virginia mantenía los ojos cerrados y un rastro de lágrimas se deslizaba por sus mejillas. Lo borró con más besos y, cuando ella suspiró, él buscó sus labios.

No había pretendido avanzar tanto aquella noche, pero había surgido y no lo desaprovecharía. Salvo que ella lo detuviese. Después de lo que le acababa de contar, jamás obtendría de ella nada que no estuviese dispuesta a darle de forma voluntaria.

Se besaron largo tiempo, hasta que Kenneth notó cómo Virginia se relajaba en sus brazos. Entonces, deslizó la mano que había permanecido inmóvil sobre su espalda en una caricia perezosa hasta las caderas.

—No quiero que aceptes esto si no lo deseas, *mo ghràidh*[13] —le dijo cuando los músculos de Virginia se contrajeron—. Podemos detenernos ahora mismo y no pasará nada. Podemos esperar a que estés preparada.

—¿Y si no lo estoy nunca? —admitió su mayor miedo en voz alta.

—Las heridas, por muy profundas que sean, no permanecen abiertas para siempre, *mo ghràidh*. —Le acarició la mejilla—. No me importa esperar. Merecerá la pena.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —Había dejado atrás la formalidad y Kenneth no pudo sentirse más feliz. Era un paso importante que se había atrevido a dar ella sola.

—No sé hacerlo de otra forma. Después del daño que le causé a Kirsty…

No terminó la frase, pero Virginia lo entendió. La joven extendió una mano y la posó en su mejilla con timidez. Kenneth cerró los ojos ante el contacto y por el consuelo que le proporcionó. Era la primera muestra de cariño que Virginia le daba.

—Sé que no me harás daño —susurró esta—. Solo ten paciencia conmigo.

Kenneth iba a responder, pero ella lo besó. No fue nada atrevido, ni había un deseo explícito en el gesto. Solo una tentativa, una prueba. Y él aceptó lo que le pudiese dar. Permaneció con los

ojos cerrados y las manos quietas para cederle el control a Virginia, para que ella marcase el ritmo.

Solo cuando ella se alejó durante demasiado tiempo, él abrió los ojos. Se la encontró de pie, con el vestido ya a medio quitar, y, aunque deseaba unirse a ella, no lo hizo. Apretó los puños a sus costados para mantener la compostura y solo cuando su esposa extendió las manos en una clara invitación, se acercó.

—Vayamos despacio —insistió Virginia con voz trémula.

—Detenme cuando quieras —le aseguró él—. Sin explicaciones, sin rencor.

También Kenneth se quitó la ropa, antes de meterse en la cama juntos. No hubo vergüenza en la desnudez, aunque sí miedo. Ella temía no poder hacerlo y a él le preocupaba que se forzase a seguir para no decepcionarlo, por eso, una vez bajo las sábanas, repitió:

—Detenme cuando quieras.

Después la besó. De forma pausada pero persuasiva. Quería mostrarle que hacer el amor no lastimaba, que no era algo de lo que huir. Quería que disfrutase y aquella noche borrase los malos recuerdos que ahora plagaban su mente. Por eso, se tomó su tiempo para relajarla. No había prisa. Tenían todo el tiempo del mundo.

Fue delicado cuando paseó las manos por su cuerpo; intentó que cada caricia fuese como un bálsamo para la piel lastimada de Virginia, para su alma rota. Y cada suspiro que le arrancaba eran un aliciente para la suya.

—¿Quieres que pare? —le preguntó al colar su mano entre las piernas de la joven y notar cómo las cerraba para contenerlo.

—No —susurró ella—. Solo dame un momento.

—No te fuerces, *mo ghràidh*.

—Quiero olvidar el dolor, Kenna. —Lo miró con ojos suplicantes—. Necesito hacerlo. Por favor, ayúdame.

—Lo haremos juntos —le prometió.

Virginia aflojó el agarre de las piernas y Kenneth la besó antes de tantear su entrada con los dedos. Estimuló la zona, sin penetrarla, hasta que los gemidos de su esposa amenazaron con acabar con su cordura.

—No tengas miedo, *mo bhean* —susurró al introducir un dedo—. No te haré daño. Nadie, nunca más, lo hará. Te lo juro.

Virginia se aferró a los hombros de Kenneth. Lo que le hacía era tan intenso que no sabía cómo gestionarlo. Nunca había sentido algo así, tanto placer, tanta necesidad de una unión más profunda entre ellos. Sin embargo, el rechazo continuaba pujando por tomar el control y lo mantenía a raya a duras penas. El recuerdo de los abusos de Corvin no quería abandonarla y, cuando Kenneth se posicionó sobre ella, un miedo irracional y primitivo la invadió.

—No —gritó con pánico absoluto—. Déjame. No.

—Shhh. No pasa nada, Ginnie, *mo ghràidh*. —Kenneth se sentó en la cama y la atrajo hacia él en un abrazo reconfortante que pretendía tranquilizarla—. No pasa nada.

—Lo siento —sollozó—. Lo siento, Kenna. No sé qué…

—Shhh —la calló de nuevo—. Sin explicaciones, ¿recuerdas? No pasa nada.

Permanecieron abrazados, en silencio, cada uno concentrado en su propio latido, hasta que estos se acompasaron. Entonces, a Kenneth se le ocurrió algo.

—¿Te sentirías más cómoda si tuvieses tú el control? —sugirió.

—¿Cómo?

—Mira. —La soltó para poder apoyarse contra la cabecera de la cama—. Ven. Siéntate sobre mí. —Ella obedeció con cierta reticencia—. De esta forma, serás tú la que marque el ritmo, la que decida cada movimiento; cuando empezar, cuándo terminar… Yo no haré nada si no me lo pides tú antes.

Virginia lo observó durante un instante tan largo que el corazón de Kenneth se saltó un par de latidos mientras contenía la respiración. Supo el momento en que ella decidió intentarlo, incluso antes de que se lo dijese.

—De acuerdo. —Asintió.

Fiel a lo que le había propuesto, no se movió, aunque desease más que nunca besarla. Dejaría que ella tomase la iniciativa. Y, para su alivio, no tardó en hacerlo.

Se inclinó hacia él para besarlo, esta vez con algo más de convicción. Virginia llevó las manos de Kenneth hacia sus caderas

para que las mantuviese ahí y este sonrió contra sus labios, pero no hizo nada más. Eso la ayudó a relajarse.

Profundizó el beso, le acarició el pecho y admiró sus músculos definidos y los abdominales marcados, que se contrajeron cuando pasó las manos por ellos. La piel se le había erizado al contacto e, inexplicablemente, se sintió poderosa. Subió de nuevo hasta el cuello y lo besó una vez más.

Kenneth, mientras tanto, mantenía las manos en las caderas de Virginia con un férreo dominio sobre su deseo. Aunque le matase permanecer quieto, lo haría por ella, para que se sintiese segura a su lado. Sin embargo, cuando la joven se removió en su regazo hasta situarse sobre su erección y comenzó a descender sobre ella, sus manos le apretaron tanto las caderas, para no empujar y meterse hasta el fondo, que temió haberle hecho daño.

Virginia notó la presión del miembro en su entrada y se detuvo, con el pulso y la respiración acelerados. Empezó a sudar mientras se debatía entre seguir o huir de aquello.

—¿Puedo tocarte, *mo bhean*? —tanteó él al ver que no avanzaba—. Si no te relajas, te dolerá.

Que hubiese permanecido inmóvil hasta ese momento le dio a Virginia la confianza suficiente como para aceptar. Y, cuando sintió las caricias en la espalda y los costados, trató de tranquilizar a su tembloroso cuerpo. «Kenneth es gentil», se repetía una y otra vez.

—¿Puedo? —pidió permiso de nuevo, con la mano entre ambos—. Esto te ayudará. Lo prometo.

No se atrevió a hablar, pero le permitió continuar con las caricias. Solo que nada la habría preparado para la explosión de sensaciones que se apoderó de ella cuando Kenneth la tocó entre las piernas con mano experta. Sin poder evitarlo, le clavó las uñas en los hombros. Se le escapó un gemido que hinchió el orgullo del hombre.

—Eso es —la alentó—. Déjate llevar, *mo bhean*.

Kenneth la tomó de las caderas una vez más, pero en esta ocasión no se limitó a esperar, sino que la empujó hacia él hasta que se enterró profundo en ella. No encontró resistencia, pues todavía permanecía embotada por el clímax al que la había hecho llegar segundos antes.

Virginia no tardó en marcar el ritmo, cuando el placer que la había invadido antes renacía. Kenneth la ayudó a no decaer, con las manos en su cintura, hasta que ambos alcanzaron la cumbre del deseo al mismo tiempo. Cuando Virginia se derrumbó sobre él, agotada, se estiró sobre la cama y la rodeó con un brazo para atraerla a su pecho. Los cubrió a ambos con la sábana y la besó en la frente.

—Gracias —le dijo ella después de unos minutos en silencio.

—Yo debería darte las gracias a ti, *mo bhean*, por confiar en mí. —Apretó el abrazo.

—Gracias por demostrarme que, cuando se hace con cariño y cuidado, no duele. —Alzó la mirada en busca de sus ojos.

—Nunca deberías haber conocido el lado oscuro del sexo —negó—. Tu padre debería haberte protegido, no lanzarte a los brazos del enemigo.

Virginia dejó escapar unas lágrimas. No porque le doliese recordar aquello, sino porque, por primera vez en muchos meses, comprendió que nunca más se sentiría tan vulnerable. Le rodeó la cintura a Kenneth y le besó el pecho.

—Gracias —repitió antes de dormirse, cómoda y segura, en los brazos de su esposo.

CAPÍTULO QUINCE

—¿Estáis segura de que lo lograréis?

El hombre miraba al horizonte de vez en cuanto, nervioso. Estar allí solo no le gustaba, pero no le había quedado otra opción. Nadie lo apoyaría en lo que estaba a punto de hacer. Al menos, hasta que regresase victorioso.

—Me humilló —dijo la mujer con rabia—. Os la entregaré esta misma noche sin falta. No os preocupéis.

—Nadie puede saberlo. Si los Campbell me descubren aquí…

—Esperadme a las afueras del pueblo y os la llevaré.

—¿Cómo la convenceréis? Dudo que confíe en vos.

La había conocido por casualidad, cuando buscaba una fisura en la guardia de los Campbell para colarse en el castillo. Había creído que lo delataría y que tendría que regresar a casa con las manos vacías, en cambio, le ofreció su ayuda, al descubrir qué se proponía. Resultó que odiaba tanto a Virginia que haría lo que fuese para deshacerse de ella. Una ventaja que no quiso desaprovechar.

—No os preocupéis por eso, acudirá por voluntad propia.

Flora sabía exactamente cómo hacer que Virginia fuese directa a la trampa. Había estado esperando una oportunidad para vengarse y se le había presentado aquella. Poco le importaba a ella lo que el hombre pretendiese hacerle mientras la alejase de Kenneth.

Virginia y él se habían casado cuatro días antes y Kenneth se había asegurado de que ni ella ni su abuela pudiesen acudir a la ceremonia. Tampoco les habían dejado asistir al banquete posterior, y el odio que había sentido hacia Virginia se había extendido hacia él también. Ya no le interesaba estar con él, solo quería que sufriese por haber elegido a la inglesa.

—Bien, entonces. Esperaré por vos.

No quiso indagar más. Estaba deseando alejarse de aquel lugar porque temía que lo descubriesen, así que se cubrió bien el rostro con la capucha y se marchó rumbo al lugar donde había improvisado un pequeño campamento. Al mismo donde aquella joven enviaría a Virginia. No le importaba cómo lo haría, mientras lo consiguiese.

Su tío se había marchado el día después de la boda, tras prometerle que se verían de nuevo cuando las cosas se

tranquilizasen un poco. Quería presentarle al resto de la familia. Al menos, a aquellos con los que todavía se hablaba, pues algunos de sus tíos habían decidido apoyar al rey inglés y ahora eran enemigos.

A Kenneth le habían concedido unos días más, pero tendría que regresar a su puesto al amanecer del quinto día. El rey se preparaba para dar un paso más en la lucha por Escocia y necesitaría a todos sus hombres.

Habían recibido una nota suya para felicitarlos por el matrimonio, prueba de lo importante que era su familia para el monarca, y para darle la bienvenida a Escocia a ella. Su tío había hablado de presentárselo también en algún momento.

—Echaré de menos la tranquilidad de estos días —dijo Kenneth mientras la rodeaba con ambos brazos por la espalda sin previo aviso.

Aunque Virginia había perdido el miedo a la intimidad, todavía se tensaba ante un contacto inesperado y, por ese motivo, él no dejaba de tocarla y abrazarla en cada ocasión que tenía. Aunque, en el fondo, también lo hacía por el placer de sentirla junto a él.

—Se vienen tiempos difíciles —concordó con él. La tristeza en su voz lo hizo apretarla más.

—Todo saldrá bien —susurró antes de besarla en el cuello—. Te lo prometo.

—No puedes prometer eso, Kenna. —Se giró hacia él para encararlo—. No sabes lo que va a pasar en el futuro.

—Pero sé lo que puedo hacer yo para que pase.

—No todo está en tus manos.

—Bajemos. Nos esperan para comer. —Cambió de tema porque no quería discutir con ella el último día.

Puede que Virginia tuviese razón, pero eso no le impediría luchar por volver a casa. Lo había estado haciendo cada día por sus hijos y ahora tenía una razón más para esforzarse. Eso no quería decir que no fuese realista, pero había elegido creer que podría, porque la otra opción sería darse por vencido antes siquiera de intentarlo.

Como siempre, Virginia acudió primero a la cocina para comprobar que todo iba según lo pautado, aunque cada vez podía delegar más porque la gente ya se había acostumbrado a hacer las cosas bien. Era increíble lo mucho que podía cambiar un lugar en poco tiempo con alguien competente al mando.

Kenneth no le había dicho nada a Virginia sobre el intento de Flora y de Edna de interrumpir la celebración de sus esponsales, pero se había planteado contarlo antes de marcharse. Necesitaba advertirla de los problemas que podía causarle la joven. Si hubiese tenido un lugar al que enviarlas a ambas, ya lo habría hecho, pero solo se tenían la una a la otra. Por eso, había dado instrucciones a los que se quedaban atrás de que las vigilasen. No permitiría que se acercasen a su familia.

Pasaron el resto del día ocupados cada uno en sus propias tareas y apenas se vieron después de la comida, así que Virginia estaba deseando regresar al castillo, después de haber pasado varias horas en el pueblo, visitando a las familias más desfavorecidas para entregarles víveres. La consideraba una labor importante y, hasta el momento, nadie se había ocupado de ella. A pesar de los malos tiempos, en el castillo siempre sobraba comida y donarla era mejor que tirarla. Al menos, la que todavía se encontrase en buen estado.

Sin embargo, no llegó a traspasar las murallas porque Flora la interceptó por el camino.

—¿Podemos hablar, Virginia? —preguntó la muchacha, con ojos cautos y manos nerviosas.

—¿Qué queréis? —Aunque no le había gustado la forma en que había tratado a Abi, no estaba tan cerrada como Kenneth a una reconciliación, si era lo que buscaba.

—Sé que lo que hice estuvo mal —empezó—, pero Ken… vuestro esposo no está siendo mucho mejor que yo.

—¿A qué os referís?

—¿No lo sabéis? Nos expulsó a mi abuela y a mí de la aldea —lo acusó—. Ahora vivimos en el límite del bosque porque no tenemos casa. Ni un techo sobre nuestras cabezas.

—Flora… dudo que Kenneth haya hecho eso. Es un buen hombre.

—Pero golpeé a su hija.

—Por muy molesto que estuviera por eso, el castigo que dices que os impuso es desproporcionado. Además, él me dijo que no haría nada. Que manteneros lejos del castillo era suficiente.

—Pues os mintió. Se ve que nos quería algo más lejos del castillo de lo que os dijo.

—Imposible, Flora. —Se mantuvo firme—. Él no haría algo así.

—Venid conmigo, si no me creéis. Os mostraré dónde vivimos ahora.

No la había visto en la boda, tampoco a Edna, lo que le había hecho pensar que Kenneth les había vetado la entrada sin consultárselo a ella. ¿Sería capaz de expulsarlas también? No lo creía, pero… la confianza con que Flora le había dicho aquello le causaba suficiente curiosidad como para comprobarlo por sí misma. Miró hacia el castillo una última vez y se decidió.

—De acuerdo, vamos —asintió. Ya le explicaría más tarde a Kenneth por qué se había retrasado.

Ni siquiera sospechó que pudiese ser un ardid de la joven para vengarse de ella hasta que dejaron la aldea atrás y se acercaron al bosque. Para cuando la duda hizo mella en ella, habían alcanzado un lugar tan aislado que nadie la escucharía si gritaba.

—Aquí no hay nada, Flora —la acusó.

—En eso os equivocáis —rio esta—. Solo que no veréis lo que esperabais.

—¿Qué?

—Que ha llegado el momento de que paguéis por haberme robado a Kenna.

—Yo no os lo robé, Flora. No fui yo la que lo alejó tratando mal a sus hijos.

—Pero vos os casasteis con él.

—Por orden de mi tío.

—Y ahora diréis que no lo esperabais —espetó con rabia.

—Lo cierto es que no, pero tampoco me disgusta. Kenneth es un buen padre y un mejor hombre. Mi tío supo elegir bien.

—Lástima que no os vaya a durar mucho la felicidad —dijo, con prepotencia, en el mismo instante en el que apareció un soldado de entre los árboles.

—¿Qué es esto? —Retrocedió preocupada—. ¿Qué pretendéis?

—-Solo nos ayudamos mutuamente. —La joven encogió los hombros—. Él os quiere a vos y yo quiero que desaparezcáis. Todos salimos ganando.

—Todos no —dijo, entonces, el hombre, antes de sujetar a Flora por la cabeza y pasarle un cuchillo a lo largo del cuello. La mirada de pánico de la joven rivalizó con el grito de Virginia al ver cómo la degollaba sin vacilar—. Entendedlo, Flora, no puedo dejar testigos —continuó mientras la dejaba caer al suelo—. Si alguien averiguase a dónde me la llevo…

Virginia huyó hacia el castillo, segura de que no llegaría muy lejos, a pesar de todo. El hombre era alto y su zancada más grande que la suya, no obstante, debía intentarlo. No conocía sus intenciones, pero no podían ser buenas si había matado a Flora. Por desgracia, en menos de tres pasos ya la había atrapado y le había cubierto la boca con un trapo para que no alertase a nadie.

—No, querida, tú no irás a ninguna parte. Puede que mi padre lo dejase pasar porque tampoco le interesaba mucho casar a uno de sus hombres contigo, pero yo no olvidaré jamás la humillación de que te escapases con los Campbell.

Virginia comprendió de golpe quién era. No lo había reconocido porque los días previos a su llegada a Tarbert eran un borrón en su mente, pero sus palabras la llevaron al momento en que había huido, antes de entrar en Innis Chonnel. Ni siquiera sabía que el hijo de John MacDougall iba con ellos.



A Kenneth le extrañó no encontrar a Virginia supervisando la cena, cuando regresó del establo. Habían estado organizándolo todo para partir al amanecer y habían acabado justo en ese momento.

—¡Papá! ¡Papá! —lo llamaron sus hijos—. ¿Sabes dónde está Ginnie? Tenía que bañarnos.

—Bueno —añadió David—, a mí no me importa que no me bañe.

—Hay que hacerlo —lo reprendió su melliza—. Para estar sanos.

—Pero yo lo odio.

—Pues no…

—Niños —los interrumpió su padre—. ¿Cuánto hace que esperáis a Ginnie?

David se encogió de hombros y miró a su hermana, por si ella le podía dar una respuesta.

—El agua ya está fría. —Fue lo único que pudo decir la niña.

Eso era bastante tiempo, en un día caluroso como el que habían tenido, y se preocupó. No era propio de Virginia eludir responsabilidades.

—De acuerdo. Yo la buscaré. Pedidle a Trina que mande calentar el agua de nuevo y que os ayude ella mientras no encuentro a Ginnie.

—Vale —respondió con entusiasmo Abi.

—Jo —se quejó David, pero siguió a su hermana cuando esta abandonó el salón.

Kenneth subió a su alcoba y no encontró nada fuera de lugar, ni ninguna pista de dónde podría haber ido Virginia. Luego se dirigió a

la cocina y Lorna le recordó que quería bajar al pueblo a entregar comida en persona.

—¿Se fue sola?

—No —contestó la cocinera—, pero el resto hace rato que regresó. Al parecer, ella se quedó en casa de Bonnie para ayudarla con los niños.

—Gracias.

Quizá se le había hecho tarde, nada más. Eso pensó mientras bajaba al pueblo a buscarla. Bonnie tenía seis hijos y no era fácil mantenerlos a todos a raya. Era posible que a Virginia se le pasase el baño de sus hijos por ayudarla. Sin embargo, al llegar a la casa de la mujer, descubrió que su esposa se había ido una hora antes. Y era ahí donde se le perdía la pista.

Edna lo interceptó cuando regresaba al castillo para organizar una búsqueda más exhaustiva. La notó nerviosa y eso hizo sonar las alarmas.

—Mi Flora no aparece.

—¿Qué?

—Salió de casa hace más de una hora y todavía no ha vuelto —se quejó.

—No tengo tiempo para esto ahora, Edna. Tengo algo que…

—Seguro que esa esposa vuestra le hizo algo.

Aquella acusación detuvo las protestas de Kenneth de golpe.

—¿De qué estáis hablando, Edna?

—Mi Flora dijo que se iba a reunir con ella. No quiso explicarme para qué, pero está claro que esa inglesa le ha hecho algo. No me importa que os hayáis casado con ella, tenéis que detenerla y…

—Virginia jamás le haría daño a nadie.

—Entonces, ¿dónde está mi nieta?

Kenneth prometió llegar al fondo de aquel misterio y regresó al castillo para buscar, ahora, no solo a una, sino a dos mujeres desaparecidas. Solo esperaba que Flora no le hubiese hecho nada a Virginia o sería expulsada para siempre del clan. Tuviese o no familia a la que acudir.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Virginia se ponía más nerviosa cuanto más se alejaban de Tarbert. Ewen, que así se llamaba el hijo de John, no le había dicho qué pretendía hacer con ella, y la imagen de Flora con el cuello abierto la torturaba a cada milla que avanzaban. Si iba a matarla, ¿por qué no lo hacía de una vez?

—¿A dónde me lleváis? —insistió por enésima vez. Hasta el momento, solo le había respondido cuando le preguntó su nombre.

—No por repetirlo más veces, os lo voy a decir.

—Tengo derecho a saber dónde pensáis arrebatarme la vida. —Cambió de estrategia, por si funcionaba mejor.

—No os voy a matar. —Rio—. Eso sería demasiado indulgente.

—¿Qué pensáis hacer conmigo, entonces? No creo que vuestro padre esté de acuerdo con esto, o no habríais venido solo. Así que no podréis llevarme a Innis Chonnel.

—Cuando vea que os he robado ante las narices de los Campbell, aplaudirá mi audacia.

Virginia había conseguido averiguar a dónde la llevaba y el joven ni lo había notado. Guardó silencio para que pensase que la había acobardado, algo que no estaba tan lejos de la verdad, pues vivía en constante tensión desde que la había secuestrado. Sobre todo, porque Kenneth no tendría forma de averiguar dónde estaba ni con quién.

—Nos detendremos aquí —anunció Ewen, de repente, sobresaltándola.

Hacía rato que había anochecido, pero el hombre había insistido en seguir adelante aunque apenas veían el camino. Virginia supuso que prefería salir de las tierras de los Campbell antes de pararse a pasar la noche. Aun así, no habían avanzado tanto, lo que le dio esperanzas. Vanas y estúpidas esperanzas, porque, aunque Kenneth hubiese descubierto que no estaba en el castillo, no sabría dónde buscarla. Pero necesitaba aferrarse a la idea de que tenía una oportunidad, o se derrumbaría.

—Te aconsejaría que durmieses —le dijo el hombre mientras la ataba a un árbol— porque partiremos al amanecer y llevaremos un ritmo rápido. Pretendo alcanzar nuestro destino en una sola jornada.

Virginia no sabía si aquello era posible o no, porque apenas recordaba cómo habían llegado a Tarbert. Había estado tan cansada que había dormido gran parte del camino. Aunque algo le decía que se necesitaban, al menos, dos días.

Intentó dormir, como le había sugerido, pero la corteza del tronco le raspaba la espalda a través de la ropa y no lograba encontrar una postura cómoda en un suelo lleno de ramas y guijarros que se le clavaban en la piel. Se removió varias veces, sin éxito, mientras el hombre ya roncaba, tumbado muy cerca de ella.

Aquella iba a ser una noche muy larga.



Encontrar el cuerpo sin vida de Flora no ayudó a los nervios de Kenneth, sino que los intensificó. Uno de los guardias les había dado la pista al decir que había visto a Flora y a Virginia dirigirse al bosque, antes de perderlas de vista.

—Mi niña —gritó Edna cuando le llevaron el cadáver—. Está muerta.

—Lo lamento —anunció Kenneth—. Esto…

—Vuestra esposa lo hizo —lo acusó ella, fuera de sí—. Ella mató a mi niña. Es una asesina y merece pagar por ello.

—No sabemos lo que pasó, Edna. Virginia no ha aparecido todavía y…

—¡Yo lo sé! —lo interrumpió, histérica—. Ella la mató y después huyó. Sabía que no era de fiar. Los ingleses nunca lo son. Pero nadie

me hizo caso.

—Edna, no podéis acusar a nadie sin pruebas. —Kenneth trató de razonar con ella, incluso a sabiendas de que, en el estado que se encontraba, no sería fácil. Necesitaba averiguar por qué Flora había querido verse a solas con Virginia. Que hubiese acabado muerta no era una buena señal. Sobre todo, porque su esposa no lo había hecho. Quizá dudase de muchas cosas, pero no de eso.

—¿Qué más pruebas queréis? —Señaló el bulto bajo la sábana—. Mi niña está muerta.

—¿Seguro que no os dijo por qué quería hablar con Virginia?

—Le dije que no lo hiciera. No merecía la pena porque la inglesa os tenía a todos comiendo de su mano.

—Virginia no es inglesa —le recordó—. Es la sobrina de Neil Campbell. Y no querréis que él se entere de que ha desaparecido y que es probable que vuestra nieta muerta haya tenido algo que ver.

El miedo asomó a los ojos de la anciana. Todos conocían la reputación de la mano derecha de Robert Bruce, la mano ejecutora del rey.

—¿Qué me importa de quién sea familia? Mi nieta está muerta. —Pero su voz ya no sonaba tan firme.

—Por favor, haced memoria, Edna. ¿Os dio Flora una razón para la reunión con Virginia? ¿Os dijo qué quería de ella?

—A mí no me dijo nada.

Kenneth vio la mentira en sus ojos.

—Edna. —Se acercó a ella para intimidarla con su tamaño—. Si no me decís la verdad, Flora no será la única víctima aquí.

—¿Me estáis amenazando?

—Os estoy advirtiendo de que la guerra llegará pronto a nuestras puertas y no me queda tiempo para lidiar con ancianas embusteras. Os meteré en una celda y me olvidaré de vos hasta que confeséis la verdad o se acabe la lucha. Eso puede suponer meses, Edna. ¿Soportaríais el frío y el hambre?

—¡Me estáis amenazando! —Alzó la voz—. Esa inglesa os tiene embrujado. Nunca antes habíais ido en contra de los vuestros. Ella…

—Nunca antes, uno de los míos había merecido un castigo —la interrumpió.

Edna permaneció en silencio por tanto tiempo que Kenneth pensó que no le diría lo que sabía. Y él se desesperaba con cada minuto que perdía sin buscar a Virginia.

—De acuerdo. —Decidió presionar un poco más—. Habéis tomado vuestra decisión. Espero que no os arrepintáis de…

—No podéis llevarme a una celda —lo detuvo la anciana—. Moriré.

—Así podréis reuniros con vuestra amada nieta. —Odiaba ser cruel, pero la vida de Virginia estaba en juego y aquella mujer sabía más de lo que decía. Debía sacárselo, aunque fuese bajo amenaza—. Lleváosla.

—La tienen los MacDougall —confesó con miedo cuando alguien la sostuvo por un brazo para sacarla de la casa—. Ellos se la han llevado.

—¿Qué? —Kenneth apartó al hombre para sujetarla él mismo—. ¿Qué habéis dicho?

—Los MacDougall vinieron a por la inglesa y Flora se la entregó —sollozó—. Le dije que no se metiera en eso, que era peligroso. Pero no me hizo caso y ahora está muerta. Mi niña está muerta y yo ya no tengo a nadie.

—Tampoco tenéis nada aquí para vos —sentenció Kenneth con frialdad—. Enterrad a vuestra nieta, recoged vuestras cosas y marchaos. No quiero volver a veros.

—Pero yo no hice nada —rogó.

—Estabais dispuesta a guardarle el secreto a Flora, poniendo la vida de mi esposa en riesgo. Es suficiente para mí.

Dicho aquello, abandonó la casa y regresó al castillo para iniciar la búsqueda. No había tiempo que perder si quería recuperarla antes de que le hicieran daño. Y se lo harían en cuanto descubriesen que se había casado con un Campbell.

Aunque Virginia lo había creído imposible, alcanzaron el puente de acceso al anochecer. Y sus nervios crecieron hasta el punto de que el corazón le palpitaba en el pecho con una fuerza que dolía.

Ewen se anunció en voz alta y las puertas se abrieron para ellos. Recorrieron al trote el camino que los llevaba a las puertas del castillo y, luego, Ewen la ayudó a bajar del caballo. Nadie los esperaba allí, así que el hombre la arrastró al interior para buscar a su padre y darle la noticia. Se veía orgulloso de su hazaña.

Al alcanzar el salón, John MacDougall hablaba con varios de sus hombres:

—Los rumores sitúan al ejército de Bruce en el Paso de Brander dentro de un mes y medio. Los emboscaremos allí. El lugar es estrecho y podremos cercarlos sin problema. Para cuando…

—Padre, mirad a quién os traigo —lo interrumpió Ewen, que no debió de comprender la importancia de aquella reunión. Virginia, en cambio, sí lo hizo y memorizó la información.

—¿Se puede saber qué diablos has hecho? —preguntó el hombre en cuanto la reconoció—. Ewen, te dije que lo olvidaras. Te has puesto en peligro por una mujer que ya no era problema nuestro.

—Padre, nos humilló a todos. Merecía un escarmiento —se defendió—. No podía dejarlo pasar.

—Un buen líder sabe qué batallas enfrentar y cuáles abandonar, hijo —lo reprendió con dureza frente a todos, lo que avergonzó a

Ewen.

Virginia sintió la mano del joven, mucho más apretada, sobre su brazo. Le hacía daño, pero prefirió callar para no llamar la atención sobre sí misma. Tal y como estaban los ánimos, no saldría nada bueno de allí. Como había dicho John, era importante saber qué batallas elegir.

—Enciérrala en una de las alcobas del piso superior y vuelve de inmediato —continuó el *laird*, sin mirarla a ella—. Mientras tú perdías el tiempo en rencillas inútiles, los adultos planeábamos una guerra. Tienes mucho que aprender. Y da gracias que eres mi primogénito o ahora mismo estarías recibiendo latigazos por haber abandonado tu puesto sin permiso.

Ewen la arrastró escaleras arriba, hasta una de las puertas del fondo, que abrió de una patada. Virginia tampoco protestó cuando la lanzó al interior de forma tan brusca que trastabilló. El joven estaba tan furioso que podría querer descargar su ira contra ella. Se alejó lo más que pudo en cuanto se vio libre.

—Mi padre cambiará de opinión —la amenazó— y tú lamentarás haberme hecho quedar en ridículo.

Quiso decirle que no había sido culpa suya, pero la puerta se cerró antes de que pudiese siquiera abrir la boca. Quizá había sido mejor así.

La poca luz que entraba en la estancia le permitió distinguir una cama en el centro y un gran arcón en el extremo opuesto a la salida.

No había más muebles. Parecía un cuarto desocupado, que ahora era una cárcel para ella.

Se acercó a la ventana, a sabiendas de que no vería más que sombras, pero le maravilló el reflejo de la luna en la superficie del lago. Era un lugar precioso. Y que se encontrase rodeado de agua lo convertía en un bastión protegido al que no se accedía con facilidad. No era un mal sitio para vivir; si no estuviese retenida allí en contra de su voluntad, claro.

Pensar en que su madre había crecido allí la hizo añorarla más que nunca. Tantas cosas habían cambiado para ella desde que la había perdido. En menos de dos años, se había quedado sin familia y había encontrado una nueva. O quizá una más vieja, porque era la gente de su madre, que ahora se había convertido en la suya. Lo había perdido todo, pero ahora había ganado incluso más. Cierto que había tenido que sufrir mucho por el camino, sin embargo, había merecido la pena. Al menos, hasta que Ewen la secuestró. Ahora, no estaba segura de cómo acabaría todo. Temía no poder regresar con los suyos. Se abrazó con fuerza para calmar la preocupación y el miedo que se habían apoderado de ella.

Sabía que necesitaba escapar, pero no sería fácil esa vez. Y menos, si estaban organizándose para ir a la guerra. Estarían nerviosos y más vigilantes que nunca. Lo de escabullirse no era una opción. Aun así, se acercó a la puerta e intentó abrir, solo para

comprobar que la habían encerrado. Su sorpresa fue grande cuando la madera cedió.

—¿Pensabais ir a alguna parte?

La casualidad había hecho que John hubiese ido a verla, justo cuando ella había intentado salir de allí. Vanas esperanzas las de Virginia de que Ewen se hubiese olvidado de girar la llave por el enfado.

—No podéis culparme por intentarlo. —Se retiró al interior de la alcoba.

El hombre la siguió y la vela que llevaba en la mano iluminó parte del recinto.

—Tendré que enseñarle modales a mi hijo —suspiró, mientras cerraba tras él y, luego, prendía las lámparas del cuarto, una a una—. Primero os secuestra y después os encierra a oscuras.

—Estaba convencido de que aplaudiríais su iniciativa —repuso ella—. Le ha decepcionado comprobar que no ha sido así.

—Más me ha decepcionado él a mí. Llevo varios días enviando hombres a buscarlo. Creía que esos malditos Campbell lo habían atrapado.

—¿Por qué habrían de hacer algo así?

—Para presionarme, desde luego. —La miró—. No sé si os habéis percatado, pero estamos a las puertas de una guerra en la que cualquier ventaja, por pequeña que sea, podría inclinar la balanza hacia un bando u otro.

—¿Creéis que los Campbell usarían a vuestro hijo para haceros claudicar?

—No les funcionaría —sentenció—. Es mi primogénito, pero tengo más hijos que ocuparían su lugar sin problema. Y con mayor eficacia.

—¿Seríais capaz de sacrificar a vuestro hijo?

—¿Antes que perder contra los Campbell? Desde luego.

—Eso es cruel —se escandalizó.

—La guerra es cruel, muchacha. —Permaneció en silencio un momento con la mirada fija en ella hasta que la incomodó—. Lo que debo decidir es qué haré con vos ahora.

Después de que admitiese que dejaría morir a su hijo, temía lo que pudiera hacerle a ella si se enteraba de que estaba casada con un Campbell. Se quitó, con disimulo, el anillo que Kenneth le había puesto en el dedo el día de la boda y lo escondió en el puño cerrado. Luego, caminó hacia la ventana, pasando junto a la cama, donde lo lanzó en medio de los almohadones. Rezó para que el hombre no lo hubiese visto.

—Este lugar es impresionante —dijo, una vez en la ventana.

—¿Estáis insinuando que queréis quedaros aquí?

—¿Habría algo de malo en eso?

—No creo que los Campbell os tratasen mal. Os veo limpia y alimentada. Y, si mi hijo pudo secuestraros, sería porque os movíais con libertad por Tarbert.

—No sé si os lo ha contado vuestro hijo, pero tuvo que recurrir a una de ellos para llegar a mí. —Intuía que John quería sacarle información—. Alguien a quien después cortó el cuello.

—Al menos, no lo hace todo mal. —Sonaba orgulloso—. Nunca hay que dejar testigos.

—Y yo nunca entenderé la crueldad de los escoceses —repuso, solo para que pensase que tampoco los Campbell eran de su agrado.

—Tendréis que acostumbraros. Si es que vivís lo suficiente como para ver un nuevo día.

—¿Es una amenaza? —La voz le tembló y se odió por ello.

—Eso depende de lo que me digáis sobre los Campbell.

—Supongo que podéis matarme ya, porque no sé nada —sentenció.

John se acercó a ella y no pudo evitar retroceder hasta que su espalda golpeó la pared. El corazón le latía en la garganta y le costaba respirar. Los recuerdos del conde, que había logrado encerrar en lo más hondo del subconsciente, regresaron con fuerza a ella, y comenzó a temblar de miedo.

—No sé nada —susurró—. Os lo juro.

—Eso ya lo veremos. No creáis que no vi el anillo en vuestro dedo cuando mi hijo os llevó al salón. Ese mismo anillo del que ahora os habéis desecho. —Se situó frente a ella—. ¿Con quién os han casado?

—Con nadie. Yo no… no estoy… —tartamudeó.

—No me hagáis perder el tiempo. —La sujetó por ambos brazos—. Decidme con quién os han casado.

—Basta. —El pánico se apoderó de ella—. Por favor. Dejadme.

—Decídmelo —insistió mientras la zarandeaba.

—Basta —gritó más alto, luchando ahora por liberarse—. No. No me toquéis. Soltadme. —Manoteó el aire, desesperada, sin notar que John la había liberado—. Dejadme. Basta. Por favor. No me toquéis.

Virginia se deslizó hasta el suelo, donde se abrazó las piernas y lloró, con el rostro oculto, hecha un ovillo. No podía parar de temblar.

—Pero, ¿qué te han hecho, muchacha?

CAPÍTULO DIECISIETE



Kenneth se movió entre los árboles, sin perder de vista a sus compañeros. Desde que espiaban a los MacDougall, nunca se habían aventurado en una incursión al castillo, pero, ahora que habían constatado que Virginia estaba allí encerrada, no podían quedarse de brazos cruzados.

No es que no hubiesen planeado recuperar Innis Chonnel antes, pues ese era su objetivo mientras los espiaban en la distancia. Habían reunido información suficiente sobre sus rutinas diarias como para poder introducir a algunos de los suyos en la isla sin que sus enemigos los descubriesen. La idea era infiltrarse por el día y abrir las puertas cuando anocheciera. Era la única forma de acceder.

Pero el rey había pretendido atacar Innis Chonnel y Dunstaffnage al mismo tiempo, por eso, no habían hecho ningún movimiento, más allá de vigilar. Sin embargo, ahora que los MacDougall se habían llevado a Virginia, Kenneth no estaba dispuesto a esperar casi dos meses para rescatarla. Para ese

entonces, bien podrían haberle hecho algo. Por el momento, parecía que se las había ingeniado para que la dejasen moverse con libertad por el recinto. Se lo había mostrado ella misma dos días antes, al asomarse a las almenas y mirar al horizonte un buen rato, como si pretendiese que la viesen ellos. Pero eso podía cambiar muy rápido si descubrían que estaba casada con él. John y él habían tenido sus encontronazos en el pasado y la relación era de odio mutuo. Temía que la usase para vengarse de él, así que debían actuar con rapidez.

Neil tampoco quería arriesgar a su sobrina. En cuanto supo, por el mensajero que le envió Kenneth, que la habían secuestrado, movilizó a sus hombres para ayudarlo en el rescate, incluso sin el permiso del rey, que le había dicho que eso pondría en peligro la campaña militar que tenían entre manos. Neil lo ignoró y partió de inmediato para salvar a Virginia.

Kenneth, por su parte, en cuanto supo que contaba con él, empezó a preparar el terreno para que su llegada, que no pasaría desapercibida, coincidiese con la apertura de las puertas del castillo. Sería imposible esconder en el bosque a tantos hombres.

Escuchó el canto de un pájaro y se detuvo. Era la señal. Ya estaban todos en posición. Aquel era el día. Por fin. Después de una espera que se le antojó eterna, aunque solo hubiesen pasado cinco días desde el secuestro de su esposa.

No tardó ni dos minutos en aparecer el carro que llegaba con las provisiones, cada día a la misma hora. En aquella ocasión, el

comerciante no era el mismo, pues algunos hombres de Kenneth lo habían interceptado varias millas atrás y, ahora, lo guiaban hacia el castillo. Dos de ellos se habían escondido en los bajos del carro, tal como habían dispuesto. Ellos serían los que abriesen las puertas por la noche, después de deshacerse de los guardias.

A Kenneth le hubiese gustado entrar el primero, pero su rostro era conocido por los MacDougall y bajo el carro no cabía: era demasiado alto. Así que no tuvo más opción que quedarse fuera y rezar para que todo saliese bien. Si descubrían el engaño, todo habría terminado antes de empezar siquiera.

Desde su posición, podía ver las puertas, que se abrieron con la llegada del mercader. Dos soldados salieron a inspeccionar la mercancía. Kenneth no podía oír lo que decían, pero podía imaginar que lo interrogarían respecto al hombre que siempre les llevaba los víveres. Y, mientras uno permanecía con el Campbell, el otro se dirigió al carro para introducir la espada entre los sacos. Por ese motivo, sus hombres se ocultaban debajo. Cuando los dejaron pasar, Kenneth soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. Por el momento, todo marchaba según el plan.

—Mi cuñado estaba enfermo y me pidió que me ocupase yo —le dijo Ian con seguridad, mientras el otro soldado pinchaba la mercancía con la espada—. No estará muy feliz cuando sepa que le habéis estropeado los sacos. Ahora ya no le servirán para el grano porque se escapará por los agujeros.

Escupió en el suelo, frente a él, y el soldado retrocedió un paso, con asco. Era lo que pretendía, por supuesto; mientras se fijase en él, no lo haría en el carro.

—Cuando se recupere, pedirá una compensación —continuó hablando—. Podéis decírselo ya a vuestro señor, porque mi cuñado no lo dejará pasar.

—Tenemos sacos de sobra en el castillo —respondió el guardia, hastiado—. Llévate los que quieras.

—Todo en orden —anunció el otro.

—De acuerdo, adentro.

Ian subió al carro y arreó a los caballos para entrar en el castillo. Todavía les quedaba la parte más difícil: que sus hombres pudiesen escabullirse sin ser vistos. Y, para eso, situó el carro frente al almacén, con la parte trasera casi dentro del mismo.

—Ten cuidado —le gritó uno de los guerreros—. La entrada no es tan ancha.

—Te recuerdo que tu compañero ha agujereado los sacos. Si los cargo desde más lejos, la mitad del grano se perderá por el camino. ¿Se lo explicarás tú a tu *laird*?

—Date prisa, no tengo todo el día.

—Yo sí que no lo tengo. Deja de decirme lo que tengo que hacer.

Con aquella réplica, Ian consiguió lo que buscaba, que el soldado le diese la espalda. Le dio una patada a la rueda, antes de coger un saco, y sus compañeros entraron en el almacén sin hacer ruido. Ian se aseguró de que la puerta quedase destrabada, antes de marcharse, para que pudiesen salir por la noche. Antes, se había asegurado de que nadie tuviese que entrar allí en todo el día, preguntando en la cocina si necesitaban algo para ese día.

—Tu cuñado debería aprender de ti. —Le sonrió la cocinera, agradecida—. Ese hombre es un ogro. No se puede razonar con él.

La mujer tenía razón. El plan original había sido sobornar al mercader para que les dejase acompañarlo, pero el hombre se había negado a hacerlo y habían tenido que amordazarlo e ir sin él.

—Lo sé, pero ya está viejo para aprender modales —bromeó con ella.

—Dile que te deje venir más veces. —Se inclinó hacia él—. Y puede que yo te recompense la próxima vez.

—¿Por qué no hoy? —Le guiñó un ojo.

—Pícaro —rio—. Sal de mi cocina, antes de que me lleves a la ruina moral.

Ian regresó al carro y, antes de marcharse, comprobó que la puerta seguía entornada. Ahora solo tendrían que esperar a la noche

para entrar y recuperar el castillo de sus antepasados.



Ewen se paseaba por la muralla, con la mandíbula apretada y rumiando por lo bajo. Su padre no se había conformado con reprenderlo delante de sus mejores guerreros, sino que, además, lo había asignado a las guardias nocturnas hasta que partieran rumbo al paso de Brander en un mes, lo que había provocado las burlas de sus compañeros y sus hermanos.

Y, para colmo, la inglesa que los había humillado al huir con los Campbell se movía ahora con libertad por el castillo. Unas cuantas lágrimas y se había ganado el favor del *laird*. Su padre ni siquiera se había molestado en comprobar si lo que le había contado la mujer era cierto o no. En cuanto ella le dijo que la habían obligado a casarse y que la habían maltratado desde entonces, la creyó sin más.

—Tú no viste el pánico en su mirada, hijo —le había dicho su padre cuando protestó por la decisión—. Eso no se puede fingir. Cuando tengas mis años y mi experiencia, sabrás de lo que hablo.

Siempre alegaba que era demasiado joven para entender y eso lo frustraba y enfadaba a partes iguales. Ya no era un crío, pero su

padre todavía lo trataba como tal. Y cuanto más se empeñaba él en demostrarle lo contrario, tomando la iniciativa cuando lo consideraba necesario, más lo coartaba su progenitor.

Y, a pesar de todo, Ewen se había empeñado en demostrarle que la inglesa mentía, así que la acorraló ese mismo día en el salón para interrogarla por su cuenta. Quizá debió haber elegido un lugar más privado porque, antes de que le pudiese hacer la primera pregunta, su padre ya estaba allí para reprenderlo. Otra ofensa que no pensaba perdonarle.

—La muchacha ya ha sufrido demasiado, Ewen —le había dicho—. Déjala en paz o te daré esos azotes de los que te libraste por marcharte sin permiso.

La había odiado por ello. Incluso si ella no había exigido aquellos latigazos. Le bastaba con que su padre los hubiese propuesto por ella.

—¿Quién va? —Se giró, espada en ristre, al escuchar un golpe seco tras él.

—No te alteres, amigo —rio uno de sus compañeros—. Vengo a relevarte.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tu padre quiere hablar contigo. —Se encogió de hombros.

La esperanza de que se le hubiese pasado el enfado y le perdonase el castigo lo hizo correr hacia el castillo. También le hizo

obviar la sombra que se movió hacia su amigo en cuanto intercambiaron lugares. Para cuando alcanzó el salón, los guardias de la puerta estaban muertos. La oportuna petición de su padre le había salvado la vida y solo lo comprendería más tarde, cuando la lucha hubiera empezado ya en el patio.

Y no tardó en hacerlo, pues los hombres de Kenneth levantaron la barrera tras deshacerse del último guardia de la muralla. El ruido alertó a los soldados que vigilaban el perímetro, pero, cuando alcanzaron las puertas, los Campbell ya entraban a tropel por ellas y no pudieron repelerlos. Eran demasiados, pues los guerreros de Neil se habían unido a los de Kenneth escasos minutos antes de que la entrada quedase despejada. Juntos, eran una fuerza imparable con el factor sorpresa de su lado.

En cuanto Kenneth divisó las puertas del castillo, reunió a un reducido grupo de soltados y los guio al interior a puño y espada. Aquel era un edificio que todos conocían a la perfección, pues habían vivido allí hasta que los MacDougall se lo habían robado.

—Subamos —ordenó Kenneth—. Hay que encontrar a Virginia y sacarla de aquí de inmediato. Es lo más importante ahora.

Una vez en el piso superior y se dividieron para revisar cada puerta con más eficacia y rapidez.

—Virginia. —Ignorando el peligro que suponía gritar en un lugar donde te podías topar con cualquiera, Kenneth la llamó—. Ginnie. Virginia.

Virginia, que se había escondido en un armario después de asomarse por la ventana al escuchar el alboroto, creyó escuchar su nombre. Aun así, no se atrevió a salir. Al menos, hasta que no oyó más voces coreándolo.

Para cuando se atrevió a salir a la alcoba, la puerta de esta se abrió con tal fuerza que golpeó la pared. Virginia gritó por instinto, hasta que descubrió quién había entrado.

—Kenna —sollozó al verlo.

—Ginnie. —Se movió con una rapidez pasmosa y, antes de que ella pudiese registrar sus movimientos, ya la estaba abrazando y besando—. Ginnie, estaba tan preocupado por ti.

—Kenna. —Temblaba, pero no sabía si de alivio o de emoción. Quizá eran las dos juntas—. No me puedo creer que hayas venido. Este lugar es…

—Siempre iré a por ti, Ginnie, vayas a donde vayas —sentenció él, antes de besarla de nuevo—. Juré protegerte, ¿recuerdas? No permitiré que nadie te haga daño nunca más.

—Kenna —lo llamó uno de sus compañeros desde la puerta—. Tenemos que salir de aquí.

—Sí, vamos.

La tomó de la mano y abandonaron la alcoba, franqueados por los hombres que lo habían acompañado en aquella incursión. Y, aunque esperaban encontrar resistencia, se toparon con un castillo desierto y un patio lleno de Campbell.

—¿Qué ha pasado? —Kenneth se acercó a Neil para indagar.

—Han huido. El muy cobarde de John se ha escapado y sus hombres lo han seguido —bramó Neil, enfadado—. Esperaba poder capturarlo aquí y evitarnos la lucha en Dunstaffnage, pero no ha habido suerte. —Entonces, vio a su sobrina detrás de Kenneth—. Ginnie, ¿estáis bien? ¿Os han hecho daño?

—Estoy bien. Por suerte, creyeron que los Campbell se habían portado mal conmigo y… bueno, los enemigos de tus enemigos son tus amigos. —Se encogió de hombros.

—Sois una mujer muy afortunada.

Neil la abrazó con fuerza y, por primera vez, ella devolvió el gesto sin miedo al contacto físico. Su mente empezaba a distinguir entre peligro y cariño. Tal vez, a pesar de todo, sí que era afortunada.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Las calles estaban vacías a aquella hora de la noche, lo que le facilitaría el trabajo. Apenas un par de días antes, su rey le había hecho llegar una nota con un encargo especial. Al conocer la naturaleza del mismo, la rabia había invadido su cuerpo y le había costado un tiempo tranquilizarse.

Conocía a su objetivo. Los rumores sobre su carácter y sus gustos depravados corrían de boca en boca, aunque nadie se atrevía a criticarlo en voz alta. Era uno de los favoritos del rey Eduardo. No le costó mucho averiguar sus costumbres y elegir un lugar discreto donde cumplir con la tarea.

Escuchó pasos a lo lejos y se dirigió hacia ellos. La capucha ocultaba su rostro y la capa, el puñal en su mano derecha. Poco después, una figura imponente se materializó entre la niebla que empezaba a formarse en la ciudad. Nunca le había gustado Londres, pero la promesa hecha a su madre le impedía marcharse. Al menos, mientras le fuese útil a su rey.

—Disculpadme —dijo, después de forzar el choque entre ellos. Necesitaba comprobar que no se había equivocado de hombre—. Lo lamento. Qué torpe soy.

—Deberíais mirar por dónde… —Su voz se fue apagando, cuando la capucha se deslizó hacia atrás—. ¿Quién sois? ¿Os conozco? Vuestra cara me suena. ¿Nos hemos visto en algún lugar antes?

—Yo no soy relevante aquí, lord Ackerman —No respondió a ninguna de sus preguntas.

—¿Quién sois? Dadme un nombre —exigió.

—Mi nombre no importa, sino el mensaje que tengo para vos.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—De Virginia Campbell. —Mientras pronunciaba aquel nombre, le clavó el puñal en el pecho—. Quiere que sepáis que es feliz ahora. —Retorció el arma—. Que os ha olvidado. —Otra vuelta—. Y que os desea que ardáis en el infierno.

Cuando retiró la daga, la sangre salió a borbotones. Corvin se llevó la mano al lugar para intentar detener el flujo, pero no había nada que hacer. Se moriría en cuestión de segundos.

—¿Quién diablos eres? —gritó en agonía.

—Mi nombre es Greer —se presentó, al fin—. Y tú eres un maldito cerdo que no hará daño a ninguna otra mujer.

—No salió tan mal, después de todo —admitió Neil, cuando se le pasó el enfado por no haber podido apresar a John MacDougall—. Hemos recuperado Innis Chonnel, y Dunstaffnage caerá pronto, ahora que podemos concentrar las tropas en un único conflicto. Bruce estará contento cuando lo informe de nuestro éxito aquí.

Neil había decidido prescindir de algunos hombres para que asegurasen el castillo cuando lo abandonasen al amanecer. Él debía volver a su posición, donde esperaría al rey, y Kenneth tenía obligaciones en Tarbert antes de que la guerra comenzase.

—¿No creéis que John intentará recuperarlo? Tal vez ha ido a Dunstaffnage para reagruparse y pedir refuerzos. —Kenneth no compartía su confianza ni su alegría—. Después de todo, aquí solo tenía un par de guarniciones. El grueso de su ejército está en Argyll.

El personal del castillo había huido también, pero la cena ya estaba servida cuando se inició la pelea, así que se habían sentado a la mesa para aprovecharla.

—Y precisamente por eso, se quedará allí. No movilizará a su gente por un castillo que no le proporcionará ninguna ventaja en la guerra que se avecina —lo desestimó con un gesto de la mano—.

Para lo único que le servía era para dividir nuestras fuerzas, pero intentar recuperarlo ahora podría costarle más de lo que ganaría. Se quedará en Dunstaffnage, confiando en que, desde allí, se defenderá de cualquier ejército que enviemos. Pero se llevará una sorpresa cuando descubra que Bruce también formará parte del sitio. En poco más de un mes, John no podrá detenernos.

—Él ya sabe que el rey viene hacia aquí —intervino Virginia, al comprender que lo que había escuchado era importante para su tío y para Kenneth.

—¿Qué? —Ambos hombres la miraron al mismo tiempo.

—La noche en que Ewen y yo llegamos al castillo, John estaba reunido en este mismo salón con varios hombres —les explicó— y hablaban de emboscar al rey en… el paso de Brander —recordó—. Decían que lo cercarían allí porque es muy estrecho o algo así.

—¿Estás segura de eso, *mo bhean*? —pregunto Kenneth, que estiró la mano para tomar la suya.

—Sí. Ese es el lugar del que hablaban.

—¿Qué más dijeron? —indagó su tío. No se le había pasado por algo la forma en que la había llamado Kenneth, ni las manos que permanecían unidas. Le gustó aquello. Quería la felicidad para su sobrina. Y si era con un escocés, mucho mejor.

—Ewen los interrumpió —negó—. Es lo único que pude escuchar.

—Y ya es bastante, querida. —Asintió Neil—. Ahora que sabemos sus planes, podemos frustrarlos. Debo hablar de inmediato con Bruce para buscar una ruta alternativa.

—O podemos emboscarlos nosotros a ellos —sugirió Kenneth—. Enviamos a un grupo de arqueros a Ben Cruachan y, cuando los MacDougall ataquen, los atraparemos nosotros a ellos. Por el frente con el ejército de Bruce y con vuestros hombres, y por la retaguardia, con los arqueros.

—James Douglas tiene los mejores arqueros entre sus filas. —A Neil le gustó la idea—. Podemos enviarlo a él.

—Con suerte, si vencemos a John en el paso, sus hijos cederán Dunstaffnage sin pelear —añadió Kenneth.

—Eso sería lo ideal. Pero debemos prepararnos para lo peor.

—Si me disculpáis, me iré a dormir. —Virginia se puso en pie—. Yo no puedo aportar nada más a la conversación y estoy cansada.

—Todos deberíamos dormir. —Neil la imitó—. Al amanecer me espera un largo viaje y muchas dispensas que enviar. —Se acercó a Virginia y la abrazó para susurrarle al oído—. Me alegra ver que eres feliz, pequeña. —Luego se separó y habló en voz alta—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—Gracias, tío. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y Kenneth le rodeó los hombros para consolarla.

—¡Ah! Otra cosa. —Se detuvo cuando ya se disponía a salir—. Con todo esto, se me olvidó que tengo algo para ti, sobrina.

—¿Para mí?

—Sí. —La tomó de las manos—. Solo quería decirte que ya no debes tener miedo de ese malnacido de lord Ackerman. —Virginia abrió mucho los ojos al escuchar el nombre, pues nunca se lo había dicho a nadie, por más que hubiesen insistido en saberlo—. Bruce se ha encargado de él, a petición mía.

—Pero… pero…

—¿Que cómo lo supe? —La miró con cariño—. Fue fácil atar cabos después de que le dijeras a Kenna que Jocelyn te había llevado con los MacDougall. Bueno, está casada con el hombre de peor fama de todo Londres. Estaba casada —se corrigió—. Ahora es viuda.

—No… no sé qué decir.

—Tu seguridad y tu felicidad son la única recompensa que quiero, *nighinn*. No tienes que decir nada, solo olvidarte de ese terrible pasado. —La abrazó.

—Gracias, tío.

—Ven conmigo —le pidió Kenneth en cuanto se quedaron solos.

Virginia se dejó llevar por él, después de limpiarse las lágrimas, y acabaron en una alcoba más grande que en la que había permanecido ella aquellos días.

—Este era el cuarto de tu madre —le indicó Kenneth—. Está muy cambiado, pero…

Virginia lo recorrió, en silencio, tratando de imaginarse a su madre en aquel lugar, tal vez, con su misma edad, suspirando ya por su padre. Planeando fugarse con él y renunciar a su familia por amor.

—Mi tío y tú estáis empeñados en hacerme llorar hoy.

—Ojalá haber sido yo el que te entregase el corazón de ese desalmado. —La abrazó con fuerza—. Pero me alegro de que Neil le haya dado su merecido.

—Debería sentirme mal porque hayan arrebatado una vida por mí —susurró contra su pecho—, pero me alegro de que haya pasado, porque ya no podrá hacer daño a más mujeres.

—Nunca te sientas mal porque alguien haya hecho justicia. —Le sujetó el rostro con ambas manos y la besó—. Las personas malas deben pagar por sus crímenes. De una forma o de otra.

—No hablemos más de eso, por favor —le pidió.

—Entonces, no hablemos de nada. —Kenneth le sonrió antes de besarla de nuevo. Y aquel beso dio lugar a otro, y después a otro más.

Kenneth se dirigió hacia la cama sin liberarla de su abrazo y la recostó en el colchón. No necesitaron más palabras, solo sentirse.

Aquella noche, después de tantas otras en las que había creído que podía perderla para siempre, Kenneth le hizo el amor con calma, como si el mundo se detuviese para ellos y nada más importase que

el momento que estaban viviendo. Y, al derramarse en su interior, las palabras brotaron de sus labios sin que pudiese detenerlas:

—Te amo, *mo bhean*, *mo ghràidh*, *mo bheatha*[14]. Si para poder tenerte a mi lado, debía pasar por todo lo que he vivido, lo aceptaría mil veces más, siempre que tú fueras mi recompensa.

—¡Oh, Kenna! —Las lágrimas regresaron a sus ojos—. Yo también te amo. Gracias por recomponerme el corazón. Contigo, mis cicatrices se convierten en nada. Tú eres la cura de mi alma.

—Te amo, Ginnie Campbell.

EPÍLOGO

Datos reales

Dunstaffnage cayó sin oposición cuando John huyó a Inglaterra, después de que la emboscada en el paso de Brander se volviese contra él. A pesar de sus fracasos, el rey inglés le concedió un título y John, a cambio, permaneció al servicio de la corona, al mando de la flota inglesa. Nunca regresó a Escocia.

Innis Chonnel quedó a cargo de Colin, el primogénito de Neil Campbell, por orden de Robert Bruce. El castillo se convirtió en uno de los primeros bastiones del clan Campbell.

Virginia salió al patio, donde David entrenaba con una espada de madera con su hermano Liam, que se había reunido con ella un

año después que su padre la hubiese vendido.

El muchacho, de tan solo catorce años, le había explicado cómo la buscó por todo Londres en cuanto se enteró de que su padre no la había mandado a trabajar a una casa, sino que la había vendido al conde de Warwick. Le había llevado mucho tiempo encontrar las pistas sobre su paradero porque, a su edad, nadie lo tomaba en serio. Y, tras el asesinato del conde, resultó todavía más difícil. Pero no había dejado de intentarlo, hasta que averiguó que la viuda era escocesa. Sin estar seguro de nada, se aventuró al norte y, después meses, dio con ella al fin.

El reencuentro había resultado muy emotivo. Virginia apenas creía tenerlo a su lado y le había costado varios días asimilar que su hermano había arriesgado su vida al viajar solo, para encontrarla.

Abi los animaba, sentada a la sombra del castillo, con Alan en su regazo. El niño, de apenas cuatro años, intentaba escapar de su hermana mayor para reunirse con David y Liam. Al parecer, le resultaba más divertido lo que estaban haciendo estos.

—*Mamaidh*. —Abi llamó a Virginia en cuanto la vio—. Alan estaba inquieto hoy después de comer. Ni siquiera quiso dormir, así que lo traje afuera para que te dejase descansar.

—Gracias, cariño. —Se acercó a ella, con Greer en brazos, que se agitó al ver a su hermana mayor.

Virginia había conocido a Greer poco después de que Dunstaffnage acabase en manos de los Campbell. Habían hablado

durante horas, como si se conocieran de toda la vida, y Virginia, al final, le había agradecido que evitase que el conde hiciera daño a más mujeres. Incluso si su asesinato había sido una orden directa de Bruce.

—En este caso, yo impartí la justicia —le había dicho—, pero sé que acabaría recibiendo su merecido tarde o temprano. Los malos siempre pagan, en esta vida o en la otra.

Habían mantenido el contacto y, cuando Virginia dio a luz por segunda vez, decidió honrar a Greer, poniéndole su nombre al bebé.

—Os habéis reunido todos en el patio —dijo Kenneth, que rodeó la cintura de su esposa con un brazo y le dio un beso en los labios—. Me preguntaba dónde estaríais.

—A David es fácil encontrarlo —bromeó Virginia—, sobre todo, si Liam está disponible para él. Alan no se aleja mucho de ellos, salvo que te lo lleves en volandas a otra parte.

—Y Abi siempre vigila a Alan —acabó Kenneth por ella—. Y esta preciosidad de aquí no se despega de su madre. —Le acarició la mejilla a Greer.

—Bueno, tiene ocho meses —rio Virginia—. Espera a que aprenda a caminar y veremos si quiere estar conmigo o me abandona como el resto de nuestros hijos.

—Siempre podemos hacer otro —le susurró al oído para que los niños no lo escuchasen.

—Creo que cuatro son suficientes, gracias.

—Aburrida. —Le besó el hombro.

—Pero podemos practicar sin consecuencias —le sugirió ella con picardía.

—No se diga más. —Cogió al bebé de los brazos de su madre y se lo entregó a Abi—. Deja libre a tu hermano, Abi, que corra un poco para que se canse. Vigila a Greer. Tu madre y yo tenemos algo importante que hacer.

—Pero no me refería a ahora. —Virginia no podía dejar de reír cuando su esposo la cargó en el hombro y se la llevó al interior del castillo.

—Las oportunidades hay que aprovecharlas cuando se presentan, *mo bhean*.

—Estás loco.

—Cierto. —La dejó en el suelo—. Loco por ti, Ginnie Campbell. Te amo.

—Yo también te amo, Kenna.

SOBRE LA AUTORA



Sonia López Souto nació en Galicia en enero de 1979. Madre de una niña, ama leer y ama escribir. No concibe lo uno sin lo otro.

Su pasión por la lectura nació a los doce años, cuando su madre le regaló el primer libro para leer por placer y no por obligación. Esa pasión fue la impulsora de que comenzase a escribir a la edad de quince años.

Casi todas sus obras están ambientadas en Escocia, un lugar que la enamoró por sus increíbles paisajes y su historia cargada de luchas, donde el orgullo y la dignidad de los escoceses prevalecen sobre cualquier otra cosa.

Roba tiempo al sueño para crear historias que hagan soñar a sus lectores. Romántica obstinada, deja fiel reflejo de ello en cada una de sus obras.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<amazon.com/author/sonialopezsouto>>

<<https://www.facebook.com/groups/SoniaLopezSouto>>

<<https://www.facebook.com/SoniaLopezSouto>>
<<https://www.instagram.com/SoniaLopezSouto>>

---

[1] Mi amor.
[2] Mi niña.
[3] Hermosa.
[4] Amiga.
[5] Extranjera.
[6] Mariquita.
[7] Bella.
[8] Mami.
[9] Maldita sea.
[10] Chica.
[11] Sobrina.
[12] Esposa mía.
[13] Mi amor.
[14] Mi vida.